

john strachey

naturaleza
de
las
crisis



México, D. F., 1973

D. R. © 1973, sobre la presente edición,
por Ediciones El Caballito, Av. Juárez, 64,
México 1, D. F., según autorización concedida
por el Instituto Cubano del Libro

La presente edición se imprimió
con autorización especial del
Fondo de Cultura Económica.

Vd 0153396
HB71
586
(Q) 124478



IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

naturaleza
de
las
crisis

~~CMP5 32~~

~~AM-37922~~

publicaciones
económicas
LA HABANA



índice

Pág.

Prefacio/11

Primera parte

Teorías burguesas de las crisis/14

Capítulo I

Alcance de la investigación/15

Sumario del Capítulo I/23

Capítulo II

¿Poco dinero? El Mayor Douglas/24

Sumario del Capítulo II/41

Capítulo III

¿Poco dinero? J. A. Hobson y el Profesor Irving Fisher/42

Sumario del Capítulo III/57

Capítulo IV

¿Demasiado dinero? El doctor Hayek/58

Sumario del Capítulo IV/70

Capítulo V

¿Demasiado dinero? (Continuación)/71

Sumario del Capítulo V/82

Capítulo VI

Dos formas de restablecer las ganancias/84

Sumario del Capítulo VI/100

Capítulo VII	
El dilema entre los beneficios y la abundancia/102	
Sumario del Capítulo VII/119	
Segunda parte	
De la economía política a la ciencia económica/121	
Capítulo VIII	
Costo y valor/122	
Sumario del Capítulo VIII/131	
Capítulo IX	
El apogeo de la ciencia económica burguesa/133	
Sumario del Capítulo IX/151	
Capítulo X	
La ciencia impotente/153	
Sumario del Capítulo X/168	
Tercera parte	
La teoría del valor-trabajo/170	
Capítulo XI	
La función de una teoría del valor/171	
Sumario del Capítulo XI/186	
Capítulo XII	
La función de una teoría del valor (continuación)/188	
Sumario del Capítulo XII/196	
Capítulo XIII	
Las categorías marxistas/191	
Sumario del Capítulo XIII/210	
Capítulo XIV	
La plusvalía y la ganancia/211	
Sumario del Capítulo XIV/218	
Capítulo XV	
«La gran contradicción»/220	
Sumario del Capítulo XV/237	

Cuarta parte	
Teoría marxista de las crisis capitalistas/240	
Capítulo XVI	
La ley de las dos caras/241	
Sumario del Capítulo XVI/258	
Capítulo XVII	
Causas antagónicas/260	
Sumario del Capítulo XVII/268	
Capítulo XVIII	
Inevitabilidad de las crisis. Como viene la recuperación.	
Lo que significa la sobreproducción/270	
Sumario del Capítulo XVIII/289	
Capítulo XIX	
Reformulación del dilema entre los beneficios y la abundancia/291	
Sumario del Capítulo XIX/304	
Capítulo XX	
El secreto del dinero/306	
Sumario del Capítulo XX/319	
Quinta parte	
Aplicación de la teoría/321	
Capítulo XXI	
La crisis actual/322	
Índice de consumo/329	
Sumario del Capítulo XXI/337	
Capítulo XXII	
El fascismo: La social democracia y las crisis capitalistas/338	
Sumario del Capítulo XXII/354	
Capítulo XXIII	
La función de la teoría y las causas de la guerra/357	
Sumario del Capítulo XXIII/371	
Capítulo XXIV	
Los dos futuros/373	
Sumario del Capítulo XXIV/385	

PREFACIO

El valor de las obras de los economistas no dedicados profesionalmente a la economía es, en verdad, muy dudoso. Con bastante frecuencia, sus autores no han tenido la precaución de informarse de los principales conocimientos económicos antes de exponer sus propios puntos de vista. El resultado ha sido un gran despilfarro de esfuerzos: o han descubierto verdades ya conocidas, aunque ignoradas por ellos, o han cometido errores que, aunque excusables, ya han sido expuestos en el curso de las controversias económicas de los últimos ciento cincuenta años.

El hecho se explica fácilmente: el estado actual de la ciencia y la situación del mundo de hoy día, obligan a casi toda la gente que piensa, a examinar por sí mismos las cuestiones económicas ya que la ciencia está dividida en dos escuelas antagónicas: la burguesa y la marxista. Pero la situación del mundo es todavía peor que la de la ciencia. Es esta situación la que nos impulsa a tratar de descubrir las causas y los remedios de nuestros grandes males. Basta lanzar una mirada a nuestro alrededor para darnos cuenta que los hombres usan el poder y el conocimiento apenas conquistado para destruir nuestra civilización, y a nosotros con ella. Además, la cuestión de la destrucción o el progreso de la civilización humana, no es, para nuestra generación, una cuestión académica o intelectual. Implica nuestra destrucción o nuestro progreso. Significa para nosotros, personalmente, la vida o la muerte. La paz o la guerra. La abundancia y la seguridad o la miseria más insoportable. Y en todos estos problemas la vida de cada uno de nosotros está de por medio.

Pero ¿qué hacer? Para responder a esta pregunta es indispensable el concurso de la ciencia de la economía política. Si intentamos actuar sin ese estudio, nuestra acción no podrá dejar de apoyarse en alguna teoría económica: tendríamos que apoyarnos en una teoría económica superficial, inconsistente e indudablemente falaz, pues sólo aquella ciencia puede explicarnos las relaciones definidas que existen entre nuestras acciones, ya sean colectivas o individuales, y sus consecuencias sociales. Por tanto, nuestra acción quedará sujeta a las poderosas influencias de nuestras opiniones económicas. Estas son las razones por las que la hora presente nos obliga a estudiar la economía política y las que me han decidido a intentar en este libro arreglar algunas cuestiones pendientes con dicha ciencia.

Intentaremos en estas páginas establecer una comparación entre las principales explicaciones que se han dado del fenómeno de las crisis económicas; enumeraremos después diversas razones para rechazar todas esas explicaciones, excepto una, y, finalmente, ofreceremos ciertas observaciones sobre la significación práctica de ésta última.

Podría objetarse que para discutir estos problemas se requieren largos años de profunda preparación. Se dice que el gran profesor Taussig dedicó la mayor parte de su tranquila y laboriosa existencia, al estudio de los efectos de las tarifas sobre el comercio internacional, y que, después de varios años de trabajo, llegó a la conclusión de que sus efectos habían sido exagerados. Semejante ejemplo es admirable; pero ¿puede seguirlo el estudiante de economía política contemporánea? Ello sólo sería recomendable si se dispusiera de tiempo suficiente y se actuara en otro mundo. Desgraciadamente el estudiante de hoy día está obligado, para evitar que lo arrollen, a ir de prisa.

A su alrededor escucha el clamor de los preparativos para esos nuevos conflictos armados que, si permanecemos ciegos a su causa y remedio por mucho tiempo, acabarán por hacer explotar esa economía que estudiamos. Tal es la disculpa por todo lo que en estas páginas está incompleto y mal acabado. Este libro no aspira a ser un trabajo de economía general. Está dedicado exclusivamente al problema central de nuestros días: al problema de la naturaleza de las crisis capitalistas. Determinadas cuestiones económicas más generales se discuten en algunos pasajes; pero sólo en la medida en que la adopción de una u otra teoría es inevitable para un ataque posterior de nuestro problema especial.

Este libro sólo se justificará en la medida en que auxilie al lector a lograr conclusiones respecto a la naturaleza de las crisis capitalistas. Millones de hombres y mujeres se sienten impulsados a descubrir,

por sí mismos, la verdad acerca de la situación del mundo, pues comprenden que sólo después de equiparse con cierto bagaje de conocimientos pueden elegir su camino; saben que sólo a la luz de la ciencia pueden luchar efectivamente por la seguridad, por la paz y por la civilización. Deseo que este libro les sea útil.

Debo expresar aquí mis más sinceras gracias para Maurice Dobb y para mi esposa, quienes leyeron el manuscrito y me hicieron inestimables sugerencias y correcciones. No debe suponerse, sin embargo, que ninguno de ellos respalda necesariamente los argumentos u opiniones expresados en estas páginas.

primera parte

teorías burguesas de las crisis

CAPITULO I

Alcance
de la
investigación

Durante los últimos cinco años, el mundo capitalista ha venido atravesando las fases sucesivas de la crisis económica más severa de todas las que ha padecido hasta la fecha.

«La depresión ha eclipsado, tanto por su magnitud como por su intensidad, todos los movimientos anteriores de naturaleza similar», escribe el profesor Robbins,¹ catedrático de economía en la Universidad de Londres. «No existe precedente de una depresión tan acentuada, declaran los técnicos de la Liga de las Naciones». «Las series estadísticas a partir de 1860, no revelan la existencia de otro período en el que la reducción del volumen de la producción de materias primas o artículos manufacturados haya sido tan precipitada o tan severa».²

Las crisis no son, en verdad, cosa nueva para el capitalismo. La Gran Bretaña, que fue el primer país que estableció un sistema capitalista de producción, con su consecuente sistema de distribución de casi todos los productos por medio del cambio en que interviene el dinero, ha padecido una docena de ellas. Y los efectos de estos terremotos económicos se han dejado sentir tan pronto como el sistema capitalista ha quedado establecido firmemente en cualquier otro país. Las crisis, aunque diferentes por su intensidad, su amplitud y su carácter,

¹ *The Great Depression* (Macmillan, 1934). (N. del A.).

² *Revista de la Situación Económica Mundial de la Liga de las Naciones*, 1932-3. (N. del A.).

se han venido sucediendo con intervalos de diez años aproximadamente. Algunas han sido breves y locales, otras, particularmente la que se inició en 1929, han sido perturbaciones sísmicas que han sacudido la economía mundial desde sus cimientos.

En 1934 todos nos hemos familiarizado ya con los efectos desastrosos de esta gran perturbación. Hemos visto cómo se destruyeron los cimientos y puntales del capitalismo, y cómo caía en un período de profundo decaimiento económico un mundo que, en 1929, creía firmemente haber entrado en una era de progreso social y expansión económica igual, por lo menos, a la de la segunda mitad del siglo XIX.³ Después de la Guerra Mundial, y gracias a considerables y dolorosos esfuerzos, pudo restablecerse un talón monetario y un sistema de crédito internacionales, así como una amplia libertad para el intercambio mundial de mercancías; pero ahora, todo ello es un montón de ruinas. Hemos visto especialmente cómo se abatió el más fuerte, el más rico y, aparentemente, el más seguro de los capitalismos de todos los tiempos, el de los Estados Unidos de América del período de 1922-1929; su productividad se redujo a un nivel tan extraordinariamente bajo, su sistema de cambio se vio paralizado a tal grado y aún interrumpido del todo por unos cuantos días, en marzo de 1933, que sus habitantes no pudieron obtener ningún medio de pago que les permitiera realizar sus transacciones.

En Alemania, el segundo de los grandes países capitalistas, y el más avanzado, las consecuencias de la crisis han sido aún más profundas. Aunque la crisis nunca alcanzó allí el grado de intensidad casi increíble que alcanzó en América, en cambio ha sido, y continúa siendo, más prolongada y más general. La significación económica de la toma del poder por los fascistas, siendo en sí misma una consecuencia innegable de la crisis, es muy considerable. La aparición de una Alemania fascista, con su agudo nacionalismo y la destrucción del mercado mundial como su consecuencia adicional, el desarrollo intensificado de los armamentos y los preparativos para la guerra en todo el mundo, tienen, a su vez, graves consecuencias económicas, pues estos acontecimientos alejan toda posibilidad de una vuelta al mundo relativamente pacífico, internacionalmente organizado y de libre cambio de 1929.⁴

³ «El mundo contemporáneo está frente a la era de expansión económica más grande de la historia». Palabras del Presidente Hoover. 27 de julio de 1928. (N. del A.)

⁴ El período de 1922 a 1929 considera ahora generalmente como una especie de edad de oro «anterior a la crisis». Si tomamos como término

La utilidad de una discusión que puede arrojar luz sobre la naturaleza de las crisis capitalistas es, pues, indudable, aunque la posibilidad de conocer la naturaleza de este fenómeno extraordinario es, por ahora, muy problemática, si se tiene en cuenta que no existe un acuerdo universal respecto a su carácter, causa y remedios. El mundo capitalista nunca ha podido descubrir por qué su vida económica se perturba periódicamente. Los propios términos que se usan comúnmente para describir estos acontecimientos, nos revelan que se les considera de naturaleza misteriosa e incontrolable. Habitualmente se les considera como «cataclismos económicos» (como en este país) o como «vientos huracanados» u otros fenómenos semejantes de la naturaleza. Con ello el hombre revela su impotencia para entenderlos o para prevenirlos. Para los habitantes de nuestras comunidades industriales altamente desarrolladas, para los europeos y para los americanos, las crisis capitalistas son, en verdad, lo que la tempestad y el terremoto son para el salvaje. La crisis arrasa nuestros hogares, nos arrebató el pan, desgarró nuestras esperanzas, nos aniquila, nos azota y nos hunde a centenares en la miseria, en la misma forma que las fuerzas de la naturaleza aniquilan, azotan y hunden en la miseria al salvaje. De allí que nuestra actitud frente a la crisis no pueda diferir de la actitud del salvaje frente a las fuerzas ciegas de la naturaleza. ¿Cómo podría diferir? Cuando la fuerza destructora es desconocida e incontrolable, cuando no sabemos qué hacer para prevenir su embestida o cómo combatirla cuando se abate sobre nosotros, si no sabemos, en fin, si volverá una vez que se ha retirado, ¿qué otra actitud es posible sino la superstición, la propiciación y la resignación?

El salvaje, es verdad, tiene sus expertos, sus hechiceros, los que con cánticos o alaridos, con sacrificios o encantamientos, tratan de propiciarse la fuerza devastadora. El mundo capitalista también tiene sus expertos, sus economistas. Sin embargo, el fenómeno de la crisis queda fuera del alcance de su ciencia, hecho no reconocido ampliamente, a pesar de que no es difícil citar las admisiones explícitas

de comparación la situación actual del mundo capitalista, ese eufemismo se justifica. No obstante, debe recordarse que durante aquellos años, por lo menos en Inglaterra, y en la mayor parte de Europa también, considerábamos que nos había tocado vivir una época muy dura y en condiciones de una inseguridad desesperante, debido a una depresión sin paralelo. En esa época, nuestro punto de referencia era la perdida edad de oro «anterior a la guerra». Estas curiosidades psicológicas nos revelan cómo hemos venido perdiendo nuestras esperanzas y cómo se ha venido reduciendo nuestro nivel de vida. (N. del A.)

de los teóricos del capitalismo, reconociendo que su ciencia no ofrece ninguna explicación de la existencia de aquéllas. Esos teóricos han ido constituyendo una ciencia económica que parece explicar el funcionamiento exacto del sistema capitalista y que — incidentalmente — lo justifica en todos sus aspectos. Por desgracia, hay una dificultad: periódicamente, el sistema se niega a funcionar. Su ciencia demuestra concluyentemente cómo el capitalismo se adapta, suave, automática y perfectamente al estira y encoje, siempre cambiante, de la oferta y la demanda; cómo aumenta hasta el máximo las «satisfacciones netas» que obtiene toda población en una forma que no es posible bajo ningún otro sistema; cómo usa todos los factores de la producción, y cómo los usa constantemente de la mejor manera posible para obtener el máximo de satisfacciones para todos. La ciencia económica capitalista afirma que es imposible que el proceso de producción se interrumpa, que es imposible todo período de dislocación o de despilfarro, que es imposible, en una palabra, la existencia de la crisis.

No obstante, — convienen los expertos del capitalismo — hay un «residuo inexplicable» de hechos que está más allá del alcance de su ciencia. Este «residuo inexplicable» consiste, precisamente, en el hecho de que, a pesar del análisis de aquéllos, la crisis se presenta. El profesor Robbins, en su libro *The Nature and Significance of Economic Science*, hace referencia a esto en términos precisos.

«El mejor ejemplo del residuo inexplicable nos lo proporcionan aquellas fluctuaciones económicas que se conocen con el nombre de ciclo económico. La teoría pura del equilibrio, como es bien sabido, no da ninguna explicación del fenómeno del auge y de la depresión. Explica cómo el sistema económico se ajusta a los cambios externos, ya de la demanda, ya de la oferta. Explica las fluctuaciones que, por su naturaleza, son susceptibles de adaptaciones ordenadas; pero no explica la existencia, dentro del sistema económico, de las tendencias que conducen a cambios desproporcionados. No explica las discrepancias entre la oferta y la demanda totales, en el sentido en que estos términos se usan en la célebre ley de los mercados. No obstante, la existencia de esas discrepancias es innegable y todo intento para interpretar la realidad exclusivamente en términos de esa teoría debe dejar, necesariamente, un residuo de fenómenos que no pueden quedar sujetos a sus generalizaciones».

Este pasaje debería ser suficiente para demostrar la inaplicabilidad de los principios fundamentales de la teoría económica capitalista a nuestra investigación. Esto no quiere decir, sin embargo, que

algunos economistas burgueses no se hayan visto orillados a considerar el fenómeno de las crisis. Cada vez es más y más difícil ignorar la existencia de aquellas «fluctuaciones de la actividad económica» que en la actualidad sacuden a todo el mundo. Los economistas que sin el menor escrúpulo se niegan a admitir su existencia, se exponen al ridículo. De ahí que varias escuelas se hayan aventurado a salir de las generalizaciones fundamentales de su ciencia y hayan intentado darnos una explicación. En particular, la escuela a la que el profesor Robbins pertenece, en los últimos años, ha prestado atención al asunto. Nos proponemos examinar en capítulos posteriores, el análisis que esta escuela hace de la crisis, el de otros economistas profesionales que han examinado la cuestión, así como el de varios tipos de economistas heterodoxos o *amateurs*, pero capitalistas, que han propuesto algunas explicaciones.⁵

La incapacidad de la ciencia económica capitalista como tal para considerar la existencia de las crisis, y el consiguiente embarazo de los economistas burgueses al discutirlos, no resta interés a la cuestión. En particular, es muy urgente para nosotros llegar a formar nuestra opinión acerca de si las crisis son accidentales o inherentes al sistema capitalista. Esta es la cuestión principal, pues de su solución depende, necesariamente, nuestra actitud frente a la sociedad actual. Si llegamos a la conclusión de que las crisis son accidentales, trataremos de eliminarlas gradualmente mediante reformas adecuadas, pues, ¿quién sería el insensato que recomendará la destrucción del sistema

⁵ Es conveniente precisar desde el principio el significado con que usamos en esta página el término economista burgués. La existencia de la categoría Economía Capitalista, como opuesta a la de Economía Marxista que profesamos, será rechazada por algunos. Así por ejemplo, el profesor Robbins hace notar en su prefacio a la *Teoría Monetaria y el Ciclo Económico* del Dr. Hayek, «que sólo existen dos clases de economía: la buena y la mala». Sin embargo, si se reflexiona un poco, dudo que el mismo profesor Robbins se atreva a negar la existencia de dos tradiciones perfectamente distintas del pensamiento económico: la una brotando de los economistas post-ricardianos del último siglo y la otra de Marx y Engels, por más equivocada, confusa y perniciosa que considere la última y por más imparcial y científica que considere la primera. Por consiguiente los que iniciamos nuestra investigación sin esos prejuicios, debemos reconocer la existencia de estas dos tradiciones del pensamiento económico. Para ello necesitamos encontrar términos adecuados con los que designar a los diferentes economistas, según pertenezcan a una u otra escuela. Por tanto, llamaremos burgueses a todos aquellos economistas, profesionales y aficionados, ortodoxos o heterodoxos que, perteneciendo a la primera escuela, acepten, consciente o inconscientemente, el sistema capitalista de propiedad privada de los medios de producción, su funcionamiento para la obtención de lucro y la distribución de los productos mediante el cambio, como los datos inmutables de sus investigaciones. (N. del A.).

mismo si esas catástrofes fueran remediables? Si fuera posible reformar el capitalismo de tal modo que se asegurara una época de progreso pacífico y constante, aunque gradual, sólo aquéllos que critican el sistema desde un punto de vista ético, tratarían de abolirlo, y aun éstos, sin duda, procurarían abolirlo a través de una serie de reformas sucesivas.

Ciertamente, si fuera posible reformar el capitalismo de tal modo que la civilización se mantuviera a un nivel semejante al de los últimos cincuenta años; si fuera posible evitar las crisis, cada vez más graves, con sus tremendas consecuencias políticas y militares, el capitalismo, así reformado y estabilizado — no obstante todo el odio que pudiera inspirarnos este sistema — podría continuar viviendo, probablemente, de una manera indefinida. Si por el contrario, el capitalismo llega a ser en el futuro visiblemente incapaz, no sólo de asegurarnos una base de progreso social, sino aun de mantener nuestro reciente nivel cultural; si llega a ser visible que el capitalismo necesariamente tendrá que hundirnos en una nueva serie de crisis cada vez más graves, y que lo único que estas crisis pueden acarrear es la guerra civil o internacional, entonces, no sólo aquéllos que siempre han tenido fundados motivos para detestar el capitalismo, sino todos los hombres razonables se sentirán empujados a trabajar por la desaparición del sistema social existente.

Sólo llegando a tener un conocimiento exacto de la naturaleza del capitalismo y de sus crisis, podremos dar una respuesta a esta cuestión fundamental. A menos que logremos descubrir la ley conforme a la cual el sistema capitalista funciona, la ley que nos permite predecir el destino general del sistema, continuaremos a merced de nuestros propios deseos realizados a medias o a merced de los diarios indicios de recuperación o de depresión económicas. Así por ejemplo, en el momento de estar escribiendo (otoño de 1934), en algunos lugares del mundo capitalista existen visibles signos de recuperación económica. Después de cinco años de depresión sin precedente, el ciclo económico ha entrado en su fase ascendente. Como antes, aunque ahora más señaladamente que nunca, los beneficios de la recuperación, para la gran mayoría, son sólo un ligero alivio de la extrema pobreza; pero para la minoría capitalista esos beneficios son considerables.⁶ La reacción de varios de los teóricos del sistema

⁶ Las ganancias en Inglaterra y América están aumentando visiblemente una vez más. En Inglaterra, el índice de actividad de los negocios de *The Economist*, ha vuelto, en el otoño de 1934, a su nivel de auge de 1929. (Fue de 107 en 1929 y de 107 en agosto y septiembre de 1934).

frente a este hecho es poco consistente, pues con ello demuestran aun a los observadores menos perspicaces, que las diversas predicciones, los sucesivos períodos de optimismo y pesimismo, de júbilo y de pánico, de la mayor parte de los pensadores burgueses, no son sino los reflejos inmediatos e ingenuos de las sucesivas fases del ciclo económico, pues los indicios de que la fase más aguda de la crisis actual ha sido transpuesta por fin, se exhiben profusamente como la prueba de que las crisis mismas han sido eliminadas. El capitalismo está ahora; se nos dice, en el camino de la recuperación permanente, y hablar hoy día de bancarrota o de guerras y revoluciones inminentes es, por fortuna, un anacronismo: una época de paz y abundancia se abre ante nosotros.

¿Qué decir de estos científicos que patrocinan esos «buenos deseos»? Hasta ahora, el ciclo de auge, crisis, depresión, recuperación, auge, crisis, ha pasado una docena de veces por todas sus fases, y a medida que cada crisis se transforma en depresión y ésta, a su vez, comienza a suavizarse con los síntomas de recuperación, los profetas superficiales del capitalismo nos aseguran que, por fin, pero ahora para siempre, todo irá bien. ¿Lo creerán todavía? Para nosotros es imposible.

Otra escuela de pensadores capitalistas más prudente sostiene algunas veces un punto de vista diverso. No niega que la crisis y la depresión vuelven después de la fase ascendente del ciclo, como han vuelto siempre; lo que niegan es la naturaleza catastrófica que se atribuye a las crisis. La civilización capitalista, nos dicen, ha sobrevivido a varias crisis graves; el camino circular del ciclo económico lo tenemos

Los datos de *The Economist*, relativos al tipo de ganancia obtenido por la industria británica, después de haber caído durante once trimestres sucesivos, demuestran que permanecen casi constante durante dos, aumentando después no menos de un 30% en el cuarto trimestre de 1933, un 5% en el primero, un 18.2% en el segundo y un 27% en el tercer trimestre de 1934. (Debe observarse, sin embargo, que este aumento no es acumulativo. La comparación, en cada caso, se hace con el correspondiente trimestre del año anterior). En América, el programa de recuperación de Roosevelt, empleando medios novedosos y violentos, ha logrado también un aumento en el nivel de producción y ha conseguido, principalmente gracias a fuertes devaluaciones de la moneda, el resurgimiento de altas ganancias para muchas empresas. El índice de las ganancias se elevó de -6.9% en el primer trimestre de 1933 a +32.2% en el segundo trimestre de 1934. Se menciona, además, a la compañía «Standard Statistics de Nueva York», que demuestra que el total neto de ganancias de 402 compañías representativas, se elevó de \$47.380.000 a \$335.870.000 entre la primera mitad de 1933 y la primera mitad de 1934. (Informe sobre *New Deal* de Donald A. Richberg, que apareció el 27 de agosto de 1934). (N. del A.).

muy bien recorrido y, sin duda, ahora lo estamos recorriendo una vez más; pero esto no nos autoriza a hablar con alarma de la destrucción de la cultura, de una nueva era de guerras y revoluciones o de otros peligros análogos. Estos expertos revelan, en verdad, más prudencia; pero, al mismo tiempo, revelan una falta de contacto con la realidad, muy académica y conveniente, pues ¿dónde hallar a un estadista burgués, a un banquero o a un gran empresario que se atreva a negar que el colapso de la presente recuperación y la embestida de una nueva crisis equivaldrían al tiro de gracia a toda esperanza que aún pueda albergarse para estabilizar el sistema? Y en estos importantes sectores no hay escepticismo acerca de la inevitabilidad, en tales circunstancias, de una nueva serie de guerras y revoluciones.

Es posible hacer un examen muy diferente de la gran importancia que se atribuye a la cuestión de las crisis periódicas del capitalismo. Puede afirmarse que las fluctuaciones de la actividad económica no son el carácter esencial del capitalismo. Puede afirmarse que la característica esencial de la situación contemporánea consiste en la contradicción entre las relaciones sociales y la potencialidad de la producción, simultáneamente creadas por el capitalismo, y que ha conducido al sistema a un estado de crisis cada vez más grave, ahora general. De ahí que sea un error concentrar la atención en las oscilaciones del sistema: en lo único que debe insistirse es en el callejón sin salida a que ha sido arrastrado, pues el capitalismo ha vivido a partir del 1914, en un estado permanente de crisis. Esta crisis general y permanente, de la cual la guerra no fue sino su fase inicial, es algo, se afirma, completamente distinto de las muy conocidas crisis periódicas, y aunque éstas no han desaparecido, su importancia ha sido colocada en segundo plano por la crisis general y constante de los últimos veinte años.

La existencia de un estado general y constante de crisis que afecta a todo el sistema capitalista es innegable. Los más ilustres economistas burgueses reconocen el carácter permanente de la crisis actual. «Vivimos — escribe el profesor Robbins — no en el cuarto, sino en el décimonoveno año de la crisis mundial»⁷ Nos dice que desde 1860 a 1913 la producción mundial aumentó «con notable regularidad... Si prolongáramos el ritmo de 1860 a 1913 hasta 1932, se obtendría la extraña conclusión de que el índice de la producción mundial, dentro de la hipótesis de que nada hubiera ocurrido para

alterar su ritmo ascensional en los cincuenta años precedentes, sería el doble de lo que actualmente es». En otras palabras, 1914 es algo así como una gran línea divisoria: hasta ese año la producción capitalista, aunque interrumpida a intervalos por crisis periódicas, aumentó constantemente. A partir de 1913 el ritmo se rompe, se hace irregular y a pesar de los auges pasajeros, el nivel de producción es realmente más bajo al final del período que al principio. Para una exposición más amplia de éste y otros asuntos de carácter similar, el lector, debiera consultar los tres primeros capítulos de *Fascism and Social Revolution*, de R. P. Dutt.

Sería erróneo, sin embargo, separar el estudio de esta crisis general del estudio de las crisis cíclicas, pues éstas son el principal fenómeno económico en el que la crisis general y permanente se manifiesta. Por otra parte, el hecho de que el capitalismo decline irregularmente, a través de convulsiones seguidas de una recuperación transitoria, es de la más alta significación práctica y política. De ahí que sea necesario y legítimo discutir este proceso oscilatorio, siempre que se tenga presente la perspectiva de un estado general de crisis cada vez más profundo.

SUMARIO DEL CAPÍTULO I

Severidad sin precedente de la crisis que comenzó en 1929. El mundo capitalista reconoce su ignorancia de la naturaleza de las crisis. Incapacidad de la ciencia económica burguesa como tal para explicar la existencia de las crisis. Urgencia de un conocimiento exacto de la naturaleza de las crisis. Nuestra actitud frente a la sociedad necesariamente depende de lo que pensemos acerca de si las crisis son accidentales o inherentes al capitalismo. Imposibilidad de estimar la permanencia de la recuperación relativa de las crisis periódicas y de la crisis, ahora general, del capitalismo.

⁷ La Revista de la Situación Económica Mundial de 1922-23, página 1. (N. del A.).

CAPITULO II

¿Poco
dinero?
El mayor
Douglas

Nuestra primera tarea consiste en examinar los puntos de vista de las diversas escuelas cuya característica común es la afirmación de que las crisis son accidentales y no inherentes al sistema capitalista. Sólo en el caso de que esas teorías resulten contradictorias consigo mismas o inadecuadas para la explicación de los hechos observados, nos veremos obligados a recurrir a la hipótesis de la inevitabilidad de las crisis capitalistas.

En la primera parte examinaremos las teorías sustentadas por varias escuelas de economistas heterodoxos o «aficionados» y enumeraremos las objeciones que a esas teorías presentan los economistas profesionales del capitalismo. Enseguida trataremos de exponer y discutir las dos teorías de las crisis que nos ofrecen las dos principales escuelas de economistas profesionales que se han ocupado de la cuestión. Por último, trataremos de resumir la discusión acerca de la verdadera naturaleza del sistema y de sus perturbaciones, teniendo en cuenta los resultados de la misma.

Como veremos, las teorías populares o heterodoxas no se ajustan a los hechos observados, y todas ellas contienen errores de razonamiento. Esas deficiencias y errores permitirán a los economistas profesionales refutarlas sin dificultad alguna; pero a pesar de ello, nos daremos cuenta de que no ha sido inútil examinarlas; esas teorías populares e instintivas, lo mismo que sus refutaciones, constituyen la mejor introducción a nuestro trabajo. Además, si los «aficionados»

no pueden contestar satisfactoriamente nuestras preguntas, por lo menos tienen el mérito, frente a la disimulada complacencia de muchos de los economistas burgueses ortodoxos, de llamar insistentemente la atención sobre los extraordinarios fenómenos de las crisis capitalistas.

La explicación heterodoxa más popular y más ampliamente sostenida es una forma de lo que se llama teoría del crédito social. No debe extrañarnos la popularidad de esta explicación, pues expresada en sus términos más generales es extraordinariamente sugestiva. Todas las escuelas — y hay varias — del crédito social (y en esto consiste su gran mérito) señalan con insistencia la extraordinaria paradoja del mundo contemporáneo. Hacen notar el hecho de que en la actualidad tenemos la capacidad técnica necesaria para producir y distribuir, por lo menos, una cantidad de bienes bastante para asegurar a cada uno de nosotros una vida decente. No obstante, sólo producimos y distribuimos una cantidad de bienes que logran, ese propósito para un sector muy reducido de la población mundial. Tal es la famosa paradoja de la miseria en medio de la abundancia, paradoja ya muy trillada y con la que hemos llegado a familiarizarnos. Escritores y oradores de las más diversas escuelas nos han hablado de ella hasta el cansancio, señalando sus caracteres tragicómicos. Todos han señalado los casos más sobresalientes, como por ejemplo, la quema de los campos de trigo mientras millones de seres humanos carecen de pan; la destrucción cuidadosamente organizada de la cosecha de algodón americano mientras millones de americanos carecen de camisetas; la muy bien controlada destrucción de miles de toneladas de café del Brasil; el hecho de que recientemente se hayan tirado millones de naranjas al río Mersey pretextando que el mercado de Liverpool estaba saturado, mientras que miles de personas del propio Liverpool estaban hambrientas; la frecuente destrucción de toneladas de pescado por los mismos métodos y otros cien ejemplos más que pudieran citarse.

¿Cómo pueden suceder tales cosas?, nos preguntamos. La respuesta de los teóricos del crédito social es bien sencilla. La causa de la miseria en que viven millones de gentes no es que no puedan producir los artículos que necesitan, sino el hecho de que no pueden obtener el dinero indispensable para comprar esos artículos. Si pues nos consta que no es la producción la que *ha fallado* (ya que nos apresuramos a destruir lo producido), necesariamente tenemos que concluir que lo que ha fallado es el consumo. Debe existir una «falla» del sistema económico actual que impide la distribución de

dinero bastante para comprar los artículos que puede, indudablemente, producir. Los teóricos del crédito social ofrecen un análisis de esta pretendida «falla» y un remedio para subsanarla basado en ese mismo análisis. Existen varias subdivisiones de esta escuela; sin embargo, tomaremos como representativa su principal variante contemporánea: la teoría del crédito social en la forma expuesta por el Mayor Douglas y sus partidarios, pues su teoría, con ligeras modificaciones, constituye la base de todas las opiniones de los «mercolicos del dinero» (*currency cranks*) de hoy día, como se les llama descortésmente.⁸

El Mayor Douglas se enfrenta al gran problema que acabamos de plantear: ¿cómo puede explicarse que mientras millones de seres humanos viven en la miseria, se destruyan febrilmente algunas de las mercancías ya producidas y nos abstengamos voluntariamente de producir otras?

Es innegable, por otra parte, que, cualquiera que pueda ser la última causa, la razón inmediata de este hecho es que la gran mayoría no tiene suficiente dinero para comprar aquellas mercancías. El Mayor Douglas concluye que el remedio consiste en dar a esa gran mayoría un poco más de dinero. Para ser más precisos, sin embargo, diremos que Douglas preferiría dar ese dinero suplementario a las personas que venden las mercancías: a los productores y comerciantes de todas clases. En esta forma todos podrían reducir sus precios, lo que, naturalmente, y a condición de que se les dé dinero en cantidades suficientes, permitiría a los consumidores comprar todos los artículos que se producen, aunque sólo dispusieran de la cantidad de dinero con que ahora cuentan, pues cuando decimos que el público no tiene bastante dinero para comprar las mercancías que puede producir, queremos decir que no lo tiene para comprarlas a sus precios actuales. Si los precios fueran reducidos suficientemente, los consumidores podrían obtener todos los artículos deseados sin necesidad de contar con más dinero.

¿A qué se debe, pues, que los precios se mantengan a un nivel tan

alto como el actual, visiblemente prohibitivo? ¿Acaso no se debe a que los precios a que tienen que venderse los artículos deben por lo menos, cubrir su costo de producción? Los productores no pueden vender sus mercancías a menos de lo que les ha costado producirlas más una ganancia suficiente que les sirva de estímulo para continuar sus negocios. De ahí que para el Mayor Douglas, el predicamento en el que se halla el sistema consiste, cuando se le expresa con mayor exactitud, en el hecho de que el público no tiene suficiente dinero para comprar todas las mercancías que podríamos producir, a precios suficientemente altos para cubrir sus costos de producción.

Pero, ¿qué son los costos de producción? Son las cantidades que los productores y vendedores de mercancías tienen que pagar a otras personas por los trabajos que desempeñan en las diversas tareas que implica la producción y la venta, más las cantidades pagadas por esos productores a las personas que les han prestado su capital o sus propiedades (interés y renta) para los propósitos de la producción. En esta forma, lo que para los productores es un costo, para otras personas es un ingreso. ¿Cómo puede explicarse entonces, se pregunta el Mayor Douglas, que los ingresos que cada uno obtiene en razón de sus servicios en el proceso de producción o por haber prestado algo a los productores, no sean suficientes para comprar los productos a su precio de costo? Porque no hay que olvidar que esos ingresos constituyen el precio de costo de los productos y podría haberse pensado, sin temor a equivocarse, que los costos deberían ser iguales a los ingresos y unos y otros iguales a los precios. Si esto fuera así, todo, por supuesto, iría bien, ya que entonces todos los artículos producidos podrían venderse a su precio de costo. ¿Cómo puede explicarse, se pregunta el Mayor Douglas, que esto no sea así? Porque, en realidad — nos dice — esto no es así; si lo fuera, nunca habría crisis, ni depresión, ni desocupación.

El Mayor Douglas cree haber encontrado la razón; cree haber descubierto una enorme falla del sistema económico que impide distribuir entre los consumidores — vía costos — el dinero suficiente para comprar, a su precio de costo, todas las mercancías producidas. He aquí el párrafo de su libro *Credit Power and Democracy* en el que señala cuál es la falla, recurriendo a su famosa fórmula «A+B».

«Una fábrica, o cualesquiera otra organización productiva, tiene, además de su función económica de producción de bienes, un aspecto financiero; puede considerársele, por una parte, como un medio para la distribución de poder de compra entre los individuos a través de

⁸ Al referirnos a las diversas escuelas del pensamiento económico es conveniente el gir determinados escritores que personifiquen todo un punto de vista. Con este objeto elijiremos al Mayor Douglas, a Hobson, al profesor Irving Fisher, al profesor Robbins, al Dr. Hayek y a otros. Este método puede dar la impresión de que se atribuye una importancia indebida a los puntos de vista de determinados individuos. En efecto, la elección de un exponente determinado, será, en algunos casos, más o menos arbitraria. Confío, sin embargo, que el lector encontrará, al terminar esta sección, que no sólo se le ha proporcionado una revisión de las teorías de algunas de las autoridades contemporáneas, sino que ha sido llevado de la periferia al centro del tema. (N. del A.).

los salarios, sueldos y dividendos; por otra, como una organización elaboradora de precios, es decir, de valores financieros. Desde este punto de vista, sus pagos pueden dividirse en dos grupos:

Grupo A. — Todos los pagos hechos a los individuos (salarios, sueldos y dividendos).

Grupo B. — Todos los pagos hechos a otras organizaciones (materias primas, cargos bancarios y otros costos externos).

«Ahora bien, el poder de compra que se distribuye entre los individuos está representado por A; pero como todos los pagos son parte constitutiva de los precios, éstos no pueden ser menos de $A+B$. La producción de cualquier fábrica puede ser considerada como algo que el público debe comprar, aunque a menudo los productos sean intermediarios sin uso alguno para los individuos, sino para un productor subsecuente; pero como A no puede comprar $A+B$, una porción de lo producido, por lo menos equivalente a B, debe ser distribuida en una forma de poder de compra no comprendida en los renglones agrupados bajo el rublo A».

El lector podrá ver que lo que el Mayor Douglas afirma es que los productores no distribuyen, ni pueden distribuir, entre los consumidores individuales todo el dinero que gastan en el proceso de producción. Si lo distribuyeran, o pudieran distribuirlo, todo iría bien; pero desgraciadamente tienen que hacer también otra clase de pagos; pagos que no se distribuyen entre los consumidores individuales y que consisten en el precio de las materias primas que tienen que adquirir, en los cargos bancarios, y en «otros costos externos», como dice Douglas. Ahora bien, los productores tienen que fijar a sus artículos un precio que comprenda ambas clases de pagos; sin embargo, sólo una clase de éstos constituyen los ingresos de los consumidores individuales. Y estos ingresos son, como lo supone tácitamente el Mayor Douglas, el único dinero disponible para comprar mercancías. De ahí que, por simple razón aritmética, los desafortunados consumidores, es decir, todos nosotros, nunca puedan tener suficiente dinero para comprar todas las mercancías producidas, a precios que cubran la totalidad de los pagos efectuados durante el proceso de la producción, que cubran, en otras palabras, sus costos de producción.

¿Qué dicen acerca de esto los economistas profesionales? Temo que mucho. La fórmula $A+B$ del Mayor Douglas es susceptible de ser impugnada en formas muy diferentes, y vale la pena examinar algunas de ellas, pues las cuestiones que se suscitan nos servirán en las fases posteriores de nuestra argumentación.

Admitamos desde luego que el Mayor Douglas prueba concluyentemente que nosotros, consumidores individuales, no obtenemos suficiente dinero para comprar *todas* las mercancías producidas a precios que cubran sus costos. Con esto habremos admitido todas sus afirmaciones. Pero detengámonos a considerar, por un momento, en qué consisten todas esas mercancías. Generalmente se cree que todas las mercancías consisten en cosas que necesitamos, como pan, abrigos, camisas, chamarras, muebles, automóviles, libros, es decir, aquellas cosas que los economistas llaman «bienes de consumo»; pero no todas las mercancías producidas y ofrecidas en venta en un momento dado son de esta clase. Junto a ésta se ofrece también a la venta otra clase de cosas como tornos, martillo de vapor, barras de acero, locomotoras, algodón en rama, lana, semillas, caucho, fibras de asbesto, mineral de hierro, en una palabra, todo lo que los economistas llaman «bienes de producción».

De aquí que la cuestión que debe plantearse es la de si sería una buena cosa que los consumidores individuales tuvieran suficiente dinero para comprar todas las mercancías que se producen: todos los bienes de producción y todos los bienes de consumo. Esto da origen a otra cuestión: ¿qué harían los consumidores con los bienes de producción una vez en posesión de ellos? Rápidamente se nos viene a la mente la idea de una doméstica volviendo de su compra matutina, con su cesto lleno no sólo de los comestibles ordinarios, sino también, de un torno, un poco de algodón en rama, un poco de trigo, un lingote de hierro y una locomotora. Ahora bien, es un complemento exacto, como el Mayor Douglas afirma, que las domésticas — que pueden representar a todos los consumidores del país — no han recibido suficiente dinero para comprar todas las mercancías: todos los bienes de producción y todos los bienes de consumo. Pero comprobando esto ¿demuestra el Mayor Douglas que el sistema económico actual no funciona correctamente? Acabamos de ver que no.

Lo cierto es que nosotros, consumidores individuales, no tenemos necesidad de que se nos distribuya suficiente dinero para comprar todos los bienes producidos. Lo único que necesitamos es suficiente dinero para comprar todos los bienes de *consumo* que se producen. (Queda por ver si tenemos bastante dinero para hacer eso). Vemos, pues, que la cuestión cambia completamente de aspecto una vez que se ha establecido la distinción entre bienes de producción y bienes de consumo, particularmente cuando nos enteramos de que en países altamente industrializados, como Inglaterra y América, se

calcula que no menos de las nueve décimas partes⁹ de todos los bienes producidos y ofrecidos en venta, en un momento dado, son bienes de producción. En otras palabras, las nueve décimas partes de todos los bienes que en un momento dado existen en el mercado, son de una clase que los hace completamente inútiles para nosotros, aun considerando que tuviéramos dinero para comprarlos. Por tanto, sólo necesitamos bastante dinero para adquirir una décima parte de todos los bienes que se producen, pues sólo ésta puede considerarse para nosotros, como «bienes».

Considérese, por otra parte, qué sucedería con el sistema de producción si pudiéramos comprar todos esos — para nosotros inútiles — bienes de producción. No sólo llenaríamos rápidamente nuestras casas con tornos, locomotoras, algodón en rama y trigo, sino que la producción de los bienes de consumo se haría completamente imposible para el mes siguiente. Habríamos despojado al sistema de producción tanto de su capital fijo, como de su capital de operación. Habríamos hecho completamente imposible toda producción futura.

Examinemos nuevamente la exposición que el Mayor Douglas hace de su fórmula $A+B$. ¡Cuál no será nuestra sorpresa al darnos cuenta de que en uno de los párrafos de esa exposición se alude explícitamente a esa demoledora objeción! «La producción de cualquier fábrica — se nos dice — puede ser considerada como una cosa que el público debe poder comprar, aunque a menudo los productos sean productos intermediarios sin uso alguno para los individuos, sino para un productor subsecuente»; pero entonces, ¿por qué puede «ser considerada como una cosa que el público debe poder comprar? ¿Por qué debe darse al consumidor suficiente dinero para comprar productos intermediarios sin uso alguno para los individuos».

Debe recordarse, por último, que el Mayor Douglas descubre que varios de los pagos que efectúan los productores, que necesariamente tienen que figurar en el precio del costo, se hacen no a consumidores individuales, sino a lo que él llama «otras organizaciones». Tales son los pagos B que consisten en los pagos por concepto de «materias primas, cargos bancarios y otros costos externos». Estos pagos se hacen — afirma — a «organizaciones», a sociedades mercantiles, a corporaciones, a oficinas públicas, a municipios, etc. En efecto, estas «otras organizaciones» reciben esos pagos y son, precisamente, aquellos organismos que realmente necesitan los bienes de producción

⁹ Nueve décimos en Inglaterra, diez onceavos en América de acuerdo con Hugh Gateskill y E. F. M. Durbin en sus artículos de *What Everybody Wants to Know about Money*. (N. del A.).

que hemos descrito más arriba. Las fábricas de hilados y tejidos compran el algodón en rama; las empresas ferrocarrileras compran las locomotoras; las empresas fundidoras de hierro y acero compran el metal, etc., etc. Por tanto, ¿qué hay de malo en un sistema económico que, como el mismo Mayor Douglas demuestra, distribuye el dinero necesario para comprar esos bienes de producción, no entre los individuos para quienes resultan inútiles, sino entre las «organizaciones» que son en realidad las entidades que los necesitan? Como veremos, el error fundamental que el Mayor Douglas comete, consiste en confundir, en formas muy variadas, los bienes de producción y los bienes de consumo.¹⁰

«De la distinción entre las dos grandes clases de mercancías — bienes de producción y bienes de consumo — se infiere que en el sistema de producción deben existir, como lo veremos después, dos grandes sectores que correspondan a esas dos principales clases de productos»¹¹ Se infiere también, que debe existir una clase de capitalistas especializados en los bienes de producción y otra en los bienes de consumo y, en efecto, las hay. Ahora bien, el Mayor Douglas concentra su atención en el segundo de esos sectores — el especializado en los bienes de consumo — y observa que los costos en que incurre una empresa de este sector no consisten únicamente en pagos a los consumidores individuales. Tomemos, por ejemplo, un sastre que hace y vende trajes. Algunos de sus costos consisten en el salario de su cortador, en la renta de su local y otros pagos de naturaleza semejante; pero otra parte de esos pagos consiste en los pagos que hace por concepto de materias primas: la tela, los botones, etc. En realidad, la mayor parte de los costos en que incurren los productores de bienes de consumo, consisten en esta última clase de pagos que no se distribuyen entre los consumidores individuales. Sólo una

¹⁰ Naturalmente, el Mayor Douglas no ha podido seguir ignorando esta distinción y existen varios pasajes, especialmente en sus últimas obras, en que la admite. Desgraciadamente, lo que no ha reconocido en el efecto fatal de esta distinción sobre la fórmula $A+B$. (N. del A.).

¹¹ Esta es una de las formas favoritas de Marx para describir el sistema de producción. Véase el volumen II, de *El Capital*, y en toda su extensión el resto de la tesis de este volumen. Véase también, y más particularmente, la refutación que hace Marx del «douglaismo» de J. B. Say, en capítulo XLIX del volumen III. Say, cuya desgraciada persona sirve a Marx de cabeza de turco a lo largo de los tres volúmenes de *El Capital*, no satisfecho con haber coleccionado la mayor parte de los errores económicos de su época, parece haberse anticipado a las falacias de la nuestra. Sin embargo, la ilusión fundamental sobre la que se funda el douglaismo, fue desarrollándose a través de todo el siglo XIX. Para su refutación en la forma en que la adoptó Rodbertus, véase el elegante prefacio de Engels a la edición inglesa de *Miseria de la filosofía*. (N. del A.).

pequeña parte de los costos se distribuye entre éstos, quedando, por tanto, disponible como ingresos para comprar el producto final. No obstante, los artículos que estas empresas producen deben tener un precio lo suficientemente alto para cubrir todos los pagos que se han hecho por concepto de costos. ¿Cómo es posible, se pregunta el Mayor Douglas, que puedan venderse? Pero el Mayor Douglas se olvida del otro sector del sistema, el sector especializado en bienes *inconsumibles* o bienes de producción, que no tienen uso alguno para los consumidores individuales. Este último sector, sin embargo, constantemente está distribuyendo dinero entre los consumidores individuales; los obreros de las fundiciones de hierro y acero, obtienen sus salarios; los propietarios de la tierra en la que se construyen plantas de energía, obtienen su renta; los obreros que fabrican los aparatos y los generadores para esas estaciones también obtienen salarios, lo mismo que los obreros de la industria textil que fabrican la tela para el sastre; pero ninguno de estos obreros produce nada de lo que ellos mismos necesitan comprar: ninguno de ellos produce bienes de consumo.

Ahora comenzamos a darnos cuenta de la situación real. Un sector de la industria — el de bienes de consumo — produce todos los bienes que el consumidor individual compra; pero sólo distribuye una pequeña parte del dinero necesario para comprar esos bienes. El otro sector — el de bienes de producción — no produce bienes de consumo; pero distribuye entre los individuos el resto del dinero necesario para comprar los bienes de consumo disponibles.¹² Piénsese lo que sucedería si el sector de bienes de consumo distribuyera todo el dinero necesario para comprar los bienes que produce. Los obreros y capitalistas de este sector acapararían todos los bienes de consumo de la comunidad, sin dejar nada para los desafortunados obreros, capitalistas y propietarios del sector de bienes de produc-

¹² Aquí yace, sin embargo, oculta una consideración importante. Si es cierto que la mayor parte del dinero necesario para comprar los bienes de consumo de la comunidad, se distribuye sólo a través del sector de bienes de producción, resulta evidente que cualquier cosa que interrumpa la actividad de este sector, influirá inmediatamente en la demanda de los primeros. Parece como si la mayor parte de nosotros dependiera, bajo el capitalismo, del dinero que se nos paga por trabajar en el sector de bienes de producción. De ahí que cualquier interrupción en la producción de éstos tendrá que provocar un estado de cosas bajo el cual no se podrá distribuir suficiente dinero para comprar los bienes de consumo disponibles; se provocará, en una palabra, la situación que el Mayor Douglas describe. Posteriormente estaremos en aptitud de dilucidar este punto. Podemos, si así lo deseamos, considerar esto como el elemento de verdad que yace en el fondo de la tesis del Mayor Douglas. (N. del A.).

ción. Estos tendrían que conformarse y procurar subsistir a base de una dieta de hierro y lana.¹³

Podemos darnos cuenta ya, qué aterrador resulta lo que la fórmula del Mayor Douglas parece probar. El mismo Mayor Douglas parece no haberse dado cuenta de ello completamente; pero como ya lo hemos demostrado, el público, realmente, sólo obtiene una décima parte del dinero necesario para comprar todos los bienes producidos y ofrecidos para su venta en un momento dado (a precios que cubran sus costos, se entiende). Por tanto, si, como el Mayor Douglas cree, es necesario dar al público suficiente dinero para comprar todos los bienes con el objeto de que el sistema industrial siga funcionando, la posición actual, en verdad, debe ser desesperada. Si el Mayor Douglas tiene razón, una de dos cosas: o sólo una décima parte de los bienes ahora producidos puede venderse, o sólo pueden venderse a precios iguales a una décima parte de su costo de producción. En ambos casos, de manera inevitable y dentro de las veinticuatro horas siguientes, sobrevendría una total bancarrota de cada uno de los establecimientos. No obstante, ni siquiera los enemigos más acérrimos del sistema capitalista se atreven a sostener que las empresas o sociedades mercantiles se presentan en quiebra cada veinticuatro horas. Indudablemente, la fórmula $A+B$ es incorrecta.

Dejemos de considerar el sistema de producción como un todo. Consideremos en su lugar la producción de un bien de consumo determinado: un traje. En la actualidad, para producir un traje se requieren diversas organizaciones, generalmente, sociedades mercantiles. En otras palabras, el proceso de producción se compone de diversas etapas, la primera de las cuales es la preparación de las materias primas fundamentales. Ahora bien, cada etapa está a cargo, generalmente, de una empresa distinta; pero para simplificar, consideremos dividida la producción de un traje en cuatro etapas (en realidad son más). La producción en este caso, es algo así como «la casa que construye Juan».¹⁴ En el proceso intervienen el ganadero que cría los carneros, el que prepara la lana, el que fabrica la tela y el que corta el traje que Juan usa.

¹³ Naturalmente los sectores de la producción no están tan claramente delimitados como lo hemos supuesto en esta presentación diagramática. Sin embargo, todas las complicaciones que la realidad introduce, como el lector podrá ver, no afectan el argumento. (N. del A.).

¹⁴ Alusión a una canción infantil inglesa. (N. del T.). La imagen está tomada del estudio de E. F. M. Durbin que aparece en *What Everybody Wants to Know about Money*. Para una nutrida refutación del douglaismo y de las otras tres variaciones de la teoría del crédito

Más exactamente, existe la etapa número 1: la producción de la lana por el ganadero; la número 2: el teñido, la limpieza y la preparación de la lana a cargo de una tintorería; la número 3: el tejido de esta lana, su transformación en tela por una fábrica de hilados y tejidos; la número 4: el corte de la tela y la hechura del traje por un sastre. (Una vez más diremos que la división en cuatro etapas, en lugar de seis o siete, es completamente arbitraria y en ellas pueden suscitarse toda clase de problemas técnicos. Pero el argumento es el mismo, en tanto que se admita que existe más de una etapa).

Supongamos por simplicidad aritmética, y sin cuidarnos de las proporciones reales, que la producción de la lana costó al ganadero una libra. Y cuando decimos que la producción de la lana «costó» al ganadero una libra, debemos tener en cuenta no sólo sus pagos directos como son los salarios a sus pastores, la renta al propietario y otras cosas análogas. Debemos tener en cuenta también, una cantidad suficiente que le permita reponer su capital fijo, que le permita conservar sus cercas, limpiar el drenaje de sus campos y techar sus graneros, pues el ganadero debe estar en aptitud de separar un tanto cada año para la «amortización» de su capital, como dirían los contadores. Además, debemos considerar una cantidad mínima de ganancias que le permita vivir no sólo a él, sino también a su familia. Estos dos últimos renglones de costos, a la larga, no son en forma alguna menos necesarios que los salarios y la renta, pues a no ser que el ganadero los obtenga, no podrá continuar produciendo la lana. (Y esto se aplica igualmente a las otras etapas de la producción).

Puesto que para el ganadero la producción de la lana «cuesta» (en el amplio sentido que arriba dimos a la palabra) una libra, en una libra tendrá que venderla a la tintorería. Supongamos que a ésta le cuesta una libra teñir y limpiar la lana. Por consiguiente, tendrá que venderla a la fábrica de hilados y tejidos en dos libras. Supongamos que a ésta le cuesta otra libra hacer la tela. Por ello tendrá que venderla al sastre en tres libras. Supongamos, finalmente, que al sastre le cuesta otra libra hacer el traje. Por ello, también,

social, véase también el estudio de Hugh Gateskill publicado en el mismo libro. Durbin ha dado también el mismo argumento como un apéndice a su *Purchasing Power and the Trade Depression*. Estos dos economistas burgueses se apoyan casi íntegramente en nuestra refutación que se refiere no a toda la producción social, sino a la producción de una mercancía particular. En la segunda parte veremos cómo era de esperarse que se eligiera este procedimiento de investigación. (N. del A.).

el sastre tendrá que venderlo a Juan, el último consumidor individual, en 4 libras. Por consiguiente, Juan deberá tener 4 libras — no menos — si está dispuesto a comprar el traje a un precio que cubra su costo de producción.

Sin embargo, el Mayor Douglas cree que Juan debe tener suficiente dinero para comprar no sólo el traje, sino la lana, la lana limpia y teñida, lo mismo que la tela. Ahora bien, si sumamos los precios de costo de la lana, de la lana teñida y limpiada, de la tela y del traje, se obtiene: $L1+L2+L3+L4=10$. Por tanto, el Mayor Douglas cree que Juan debe tener en su bolsa 10 libras con objeto de que el sistema industrial siga funcionando. Juan, sin embargo, no necesita la lana, ni la lana teñida, ni la tela. Si las comprara se convertiría en Juan el insaciable, en Juan el ogro, en Juan el que despoja al sistema de producción de todo su capital: al año siguiente, al necesitar un nuevo traje, le sería imposible obtenerlo.

Veamos, finalmente, de dónde obtuvo Juan las 4 libras necesarias para comprar el traje. ¿Quién es Juan, el último consumidor? Juan el consumidor, que va a la casa del sastre a comprar el traje, es también, en sus horas de trabajo, Juan el productor. El ganadero y los pastores que criaron y esquilan el ganado son Juanes. Es decir, son consumidores que compran trajes. Los socios de las empresas que tiñen y limpian la lana, lo mismo que sus obreros, son consumidores y lo son también los obreros de la industria textil y el sastre y su cortador. Ahora bien, ¿cómo han sido remuneradas todas estas personas durante el proceso de la producción del traje? Como vimos, el ganadero y sus pastores obtuvieron una libra de la tintorería. Los obreros y propietarios de ésta obtienen, también, una libra, pues la fábrica de hilados, como se recordará, les pagó dos libras, de las cuales traspasan al ganadero sólo una. En la misma forma, los capitalistas y obreros de la empresa de hilados obtienen una libra para sí, dado que el sastre les pagó tres y sólo tuvieron que pasar a la tintorería dos. El sastre y su cortador también obtienen una libra, pues Juan, el último consumidor, les paga cuatro y sólo tienen que traspasar tres. Ahora bien, si se suman estas cantidades pagadas a los últimos consumidores durante el proceso de producción, se obtiene:

Ganadero, etc.	1	libra
Tintorería, etc.	1	„
Fábrica de hilados, etc.	1	„
Sastre, etc.	1	„
		<hr/>
		4 libras en total

Ahora bien, el ganadero y sus pastores, el tintorero y sus empleados, el fabricante de hilados y los suyos, así como el sastre y su cortador, son consumidores individuales entre los que se distribuyeron, precisamente, las cuatro libras necesarias para comprar los artículos acabados, a su precio de costo.¹⁵

Otra forma de expresar el error del Mayor Douglas consiste en afirmar que no ha tomado en cuenta el hecho de que en la sociedad actual las operaciones de compra y venta han penetrado profundamente dentro del proceso mismo de producción. La mayor parte de todas esas operaciones de compra y venta que se realizan consisten en transacciones entre las diferentes clases de productores. Por ejemplo, la industria del acero adquiere carbón de la industria minera; la industria de maquinaria compra acero de aquella y la industria minera, a su vez, compra maquinaria de la industria de maquinaria. Existe un vasto y necesario proceso de compra y venta mediante el cual las industrias se abastecen unas a otras. De ahí que una gran parte de nuestra producción de bienes y servicios no llegue, y no

¹⁵ Apremiando a los partidarios de Douglas, llegan a aceptar el argumento de que la mayor parte de los pagos B van a parar a manos de los consumidores en una etapa anterior de la producción, pero sin llegar a admitir que esto sea cierto respecto de aquella parte de los costos representados por la amortización necesaria del capital. Pero ¿qué razón existe para suponer que el dinero que se usa para las renovaciones del capital no se transforma también y exactamente en la misma forma, y con la misma rapidez de los otros costos, en los ingresos individuales de los productores de los bienes de producción? Hemos demostrado que una parte necesaria del costo para producir la lana del traje de Juan, consiste en el dinero separado por el ganadero para renovar o reparar sus edificios y su maquinaria, para comprar nuevas carretas, para techar sus edificios, etc., etc. Ahora bien, este dinero no es sino el ingreso de los albañiles, de los que hacen las carretas y de los otros productores de bienes de producción que gastan sus ingresos en bienes de consumo. En este refugio del douglismo no hay mayor fondo de verdad del que hay en su proposición fundamental respecto a que los pagos B no van a parar a manos de los consumidores.

Como un último recurso los partidarios del Mayor Douglas afirman que, por lo menos, el dinero que reciben los albañiles y los que reparan los graneros (el dinero gastado en amortización del capital) no se convierte en ingreso individual tan rápidamente como se convierte el dinero gastado, por ejemplo, en salarios. Esto no sólo es falso, sino que la verdad está en el caso contrario. El dinero gastado en las reparaciones, en las renovaciones o en la creación del capital fijo, tiene que ser gastado antes, y no después de que el capital fijo pueda usarse para producir bienes de consumo. Por tanto, este dinero se convierte a menudo en ingresos antes de que los bienes de consumo hayan sido producidos, y en los cuales el público gastará aquel dinero. Esta consideración ha servido a una escuela de economistas burgueses profesionales para sostener, como veremos después, que a menudo no sólo se distribuye suficiente sino demasiado dinero para comprar todos los bienes de consumo producidos a precios que cubran su costo de producción. (N. del A.)

pueda llegar, al consumidor individual. Asimismo, una gran parte del *stock* de dinero de la comunidad debe ser usado para realizar estas transacciones interindustriales.

La circunstancia de que la teoría del crédito social se apoye en el desconocimiento de este hecho, queda vivamente ilustrada por la relación que recientemente se nos ha hecho de cómo el Mayor Douglas descubrió su fórmula fundamental. Esta relación se halla en una descripción impresa en la cubierta de *The Douglas Manual*, por lo que la suponemos autorizada. Este libro es una compilación de los textos fundamentales de todos los trabajos del Mayor Douglas, hecha por Philip Mariet y para lo cual se contó «con la completa aprobación del autor». Parece que él Mayor Douglas llegó a establecer su fórmula en la forma siguiente:

«Reorganizando el funcionamiento de la 'Farnborough Air Factory' durante la guerra y proyectando un nuevo método de contabilidad, la curiosidad del Mayor Douglas fue atraída por su observación de que los costos totales en que aquella incurría cada semana, eran mayores que las sumas pagadas por concepto de salarios, sueldos y dividendos en esa semana. Si esto es verdad, como es de presumirse que lo sea, para todo negocio productivo seguramente que la teoría sobre la cual se supone que funciona todo nuestro sistema financiero: la teoría de que todos los costos se distribuyen como poder de compra, quedaría invalidada. El Mayor Douglas se dedicó a recoger datos en cien grandes empresas, aproximadamente, de la Gran Bretaña y descubrió en cada caso que los costos totales en que se incurría cada semana eran mayores que las sumas pagadas por salarios, sueldos y dividendos excepto en los negocios próximos a la bancarrota».

Estamos ya en una posición que nos permite concluir que, si el Mayor Douglas hubiera ampliado su encuesta a cada uno de los establecimientos del país, habría obtenido los mismos resultados. Es indudable que *cada* establecimiento distribuye menos poder de compra por concepto de «salarios, sueldos y dividendos» del necesario para comprar todos los productos que envía al mercado, pues todos esos establecimientos se compran y se venden entre sí. De ahí que una considerable porción del *stock* monetario del país no se distribuya entre los individuos. Esto no podría ser de otro modo, pues una gran parte de los productos de la industria tampoco se distribuye — y no puede distribuirse — entre los individuos.

En esta forma todo termina felizmente. Los economistas profesionales no tienen dificultad para desembarazarse del Mayor Douglas

y de sus partidarios: el sistema capitalista — se demuestra — ha sido ca.umniado, la supuesta «falla» no existe. Todo sucede de la mejor manera posible en el mejor de los mundos.

Claro que nosotros podemos conservar nuestras propias opiniones en cuanto a esto; pero es innegable que los fundamentos teóricos sobre los que reposa la teoría del crédito social no resisten el análisis. En este capítulo, sin embargo, hemos discutido el crédito social desde un punto de vista estricta y estrechamente económico, aunque no es ésta la forma en que generalmente sus sostenedores lo consideran. En verdad, la impresión que obtiene el lector de *The Douglas Manual* es la de que la fórmula A+B juega un papel completamente subordinado dentro del cuerpo de la teoría, pero de hecho esta fórmula es fundamental y la estructura teórica del Mayor Douglas se desbarata desde el momento en que A+B no puede sostenerse.

Más aún, la teoría del crédito social no constituye un todo perfectamente acabado. El Mayor Douglas es, esencialmente, un empírico y en algunos momentos un agudo observador. Por tanto, la primera cosa que atrae la atención del lector de *The Douglas Manual*, es su sostenida protesta contra la tendencia cada vez más acentuada hacia la *centralización del capital* y contra el desarrollo de las formas monopolistas del capitalismo.¹⁶ «La característica de las finanzas ortodoxas es la centralización o monopolio del crédito», escribe el Mayor Douglas.¹⁷ Habría sido más exacto decir que una característica del capitalismo contemporáneo es la centralización o monopolio del control y de la propiedad de los medios de producción; no obstante ello, es incuestionable que el Mayor Douglas señala aquí un fenómeno real y extraordinariamente importante. También es muy certero al señalar el control que este monopolio (y en la actualidad es principalmente un monopolio del capital financiero) ejerce por igual sobre la máquina gubernamental, a través de los partidos Liberal, Laborista y Conservador y al advertir con toda claridad que el presente sistema nos conduce a la guerra.¹⁸

¹⁶ Véase, *Social Credit*, págs. 153-54 y *The Monopoly of Credit*, págs. 83-84, por ejemplo. (N. del A.).

¹⁷ *Warning Democracy*, pág. 73. (N. del A.).

¹⁸ *Partidos Liberal, Laborista y Conservador*: Liberal inglés Whig, en el siglo XVII defendió la tolerancia religiosa y los derechos del pueblo y del Parlamento frente a las prerrogativas del rey. El Partido Laborista fue fundado en 1893. Aunque decía mantener su

El Mayor Douglas, esencialmente, el campeón de los pequeños y medianos productores independientes, quienes hoy día están siendo aplastados por los *trusts* y por los bancos trustificados. Esta es, en verdad, la característica social sobresaliente del movimiento del crédito social. Es esto lo que le da su vitalidad. Semejante teoría no es, precisamente, una falacia económica, como los economistas profesionales de la burguesía pretenden hacerla aparecer; es, también, un grito de protesta bien fundado, aunque necesariamente confuso, de los productores independientes que aún no han sido aplastados, contra el dominio cada vez más sensible de las grandes agrupaciones monopolistas. Es verdad, también, que estos monopolios actúan amplia (aunque no exclusivamente) a través del control del capital financiero líquido (o «crédito») movilizado en los bancos.¹⁹

Por otra parte, como insinuamos en la nota de la página 32 a través de la fórmula A+B es posible descubrir la contradicción central del capitalismo, a saber: el conflicto entre la acumulación del capital y la distribución de bienes de consumo. Particularmente en algunos pasajes, en los que la proposición original contenida en A+B parece ser modificada,²⁰ el Mayor Douglas entrevé que el objeto de la producción capitalista es la acumulación del capital, y que la distribución de poder de compra entre los consumidores individuales depende del perpetuo alargamiento de este proceso. Pero por desgracia, el Mayor Douglas sostiene con más frecuencia que el objeto de la producción capitalista es la provisión de bienes de consumo.

independencia política respecto a los partidos burgueses, en realidad, sólo era *independiente* del socialismo pero muy dependiente del liberalismo. El Partido Conservador Tory era opuesto por completo al Partido Liberal. (N. de la E.).

¹⁹ El carácter quintaesenciadamente pequeño-burgués de la teoría del crédito social, se revela en forma muy divertida por ciertas modalidades de expresión del Mayor Douglas. Así por ejemplo, en *These Present Discontents and the Labour Party* (pág. 7) escribe con toda exactitud que «el intelectual no puede entender a la gran masa que se halla comprometida en una lucha de vida o muerte con la cuenta semanal de gastos». Hay que aclarar, sin embargo, que «la gran masa», es decir, los treinta y tres millones de personas que no pagan el impuesto sobre la renta en la Gran Bretaña, por ejemplo, (véase cap. IX) está obligada a pagar al contado ya que ningún tendero le abre crédito. La lucha con la cuenta semanal es la lucha de la baja clase media. Es esta clase, sus problemas y sus sufrimientos (y en la actualidad esta clase *comienza* a sufrir) el objeto inconsciente del Mayor Douglas, aun cuando cree ingenuamente que de quien habla es de los obreros. (N. del A.).

²⁰ Véase especialmente *The Monopoly of Credit*, págs. 36-7. (N. del A.).

De momento, sin embargo, no estamos todavía en condiciones de discutir este punto.

Cuando se ha hecho y dicho todo lo que puede hacerse y decirse acerca de la genuina motivación del movimiento del crédito social, nos resistimos a aceptar el hecho innegable de que en todo el mundo existan todavía miles de gentes que confían apasionadamente en la fórmula $A+B$ y el remedio que, basándose en ella, se propone. Pero semejante incredulidad es infundada. El error de la fórmula del Mayor Douglas es muy simple. Reside, esencialmente, en no distinguir con claridad los bienes de producción de los bienes de consumo. Si por verdad entendemos la correspondencia exacta con la realidad, en los puntos de vista del Mayor Douglas no existe ninguna; aunque sí existe una profunda verdad en ellos, si por verdad entendemos algunos sectores de la sociedad. Consideradas como «buenos deseos» las teorías del crédito social son de una perfección inigualable. Sus promesas a un mundo que sufre son en extremo atractivas, pues nos aseguran que un simple y razonable ajuste de la técnica y de la política bancarias, la distribución, ya sea entre los productores o entre los consumidores, dé una mayor cantidad de dinero (¿y quién se queja de que le den más dinero?), no sólo acabaría con la tragedia económica actual, sino que se aseguraría una era de abundancia sin paralelo combinada con un número extraordinariamente breve de horas de trabajo.

Además, todo esto podemos lograrlo sin perturbaciones sociales, sin sufrimientos. Puede permitirse que los capitalistas continúen en plena posesión de su capital. Pueden continuar obteniendo ganancias — ganancias más altas y más seguras de las que obtienen en la actualidad. No obstante ello, nadie carecerá de las comodidades a que todo hombre razonable puede aspirar. Cuando nos enteremos de que estas promesas están respaldadas por un razonamiento muy sugestivo, no podremos ya sorprendernos de su gran popularidad.

Por otra parte, el hecho innegable es que el Mayor Douglas y los otros teóricos del movimiento del crédito social señalan insistentemente la monstruosa paradoja y la enorme tragedia de nuestra época. Es verdad que el análisis de esa paradoja y la solución que proponen son erróneos y por ello, fácil presa de las refutaciones de los economistas burgueses profesionales. Pero si éstos pueden refutar el análisis del crédito social, no pueden ofrecernos, en cambio, una alternativa aceptable. Seamos, pues, pacientes y amables con los economistas burgueses una vez que han destruido la

teoría de Douglas. Si el Mayor Douglas y sus amigos no pueden explicarnos el fenómeno de las crisis cada vez más graves del capitalismo, ellos no están en mejor situación. Douglas está equivocado, ellos son, meramente, impotentes.

SUMARIO DEL CAPÍTULO II

La primera parte se dedica a considerar las opiniones de aquéllos que piensan que las crisis son accidentales y no inherentes al capitalismo. Consideración, en primer término, de las opiniones de los economistas aficionados. La teoría del crédito social: el Mayor Douglas elegido como el exponente. Explicación de la fórmula $A+B$. Refutación a Douglas y sus partidarios. El hecho de no distinguir convenientemente entre bienes de producción y bienes de consumo parece ser su error fundamental. Su fracaso para proveer de bienes de consumo a los trabajadores y capitalistas del sector de bienes de producción. Douglas prueba demasiado. La casa industrial que construye Juan. Cómo hizo su descubrimiento el Mayor Douglas. La motivación social del crédito social. El «duglaísmo» considerado como buenos deseos. Esterilidad de la crítica de los profesionales.

CAPITULO III

¿Poco dinero?
J. A. Hobson
y el
profesor
Irving Fisher

Hemos examinado la crítica que las teorías del crédito social hacen al sistema económico existente. El Mayor Douglas y sus partidarios le hacen el cargo de que no distribuye, vía costos, el dinero suficiente para que los consumidores puedan comprar todos los artículos que ellos mismos han producido. Hemos encontrado que ese cargo es exacto pero improcedente.

Es verdad que el capitalismo distribuye entre esos consumidores sólo una parte del dinero necesario para comprar todos los artículos producidos, a un precio que cubra su costo de producción. Pero también es verdad que los consumidores no tienen el menor deseo de comprar todos esos artículos. Por un lado, las nueve décimas partes de éstos, aproximadamente, son inútiles para los consumidores y, por otro, su adquisición con propósitos de consumo individual despojaría al sistema de producción de todo su capital de operación y de mucho de su capital fijo, haciendo así imposible toda producción futura, ya que nueve décimas partes de los artículos que en un momento dado se producen y se ofrecen en venta son de los llamados *bienes de producción*: acero, lana o maquinaria.

Finalmente, descubrimos que, aparentemente, el actual sistema distribuye entre los individuos el dinero necesario para comprar todos los *bienes de consumo*: todo el pan, los zapatos, los pasajes de ferrocarril y demás cosas análogas que se han producido. Nuestro consumidor personificado — Juan — recibe precisamente cuatro libras a

cambio de las diversas operaciones que implica la producción de un traje. Cuatro libras son, justamente, el precio al cual tiene que venderse el traje con objeto de cubrir su costo de producción (que, como vimos, incluye necesariamente la ganancia y la amortización). Juan gasta sus cuatro libras, compra el traje y todo marcha admirablemente bien.

El cargo que hace la teoría del crédito social cae por su base y, no obstante, digámoslo una vez más, el problema subsiste. El hecho notorio e innegable es que periódicamente Juan, el consumidor, no compra, y no puede comprar, el traje. Por una razón o por otra, aunque evidentemente, no por la causa que supone el Mayor Douglas, sino por alguna otra, cuando se desencadena una crisis, Juan no recibe suficiente dinero para comprar los bienes de consumo que él mismo produce. Pero lo que en la actualidad es evidente es que Juan nunca recibe suficiente dinero para comprar todos los bienes de consumo que *podría* producir.

En el momento de estar escribiendo (otoño de 1934), los consumidores británicos, por ejemplo, sólo pueden comprar algo así como las dos terceras partes de los artículos de consumo que podrían ser producidos inmediatamente. Por tanto, una tercera parte de la capacidad consumidora de todos los Juanes queda insatisfecha y una tercera parte de su capacidad productora desaprovechada. Estamos nuevamente, pues, frente a la dura, innegable y monstruosa paradoja de la coexistencia de un forzoso estado de necesidad y de un paro involuntario.

Busquemos, pues, otro intérprete que pueda desentrañar este gran enigma de nuestro tiempo; otro pensador cuyas ideas sean del mismo tipo general de las del Mayor Douglas, que aunque mucho más moderadas sigan siendo contrarias a las de los economistas profesionales. J. A. Hobson, el más distinguido de los economistas heterodoxos de la burguesía, está perfectamente al tanto de la distinción entre bienes de consumo y bienes de producción. Creo que no rechazaría la crítica a la teoría del crédito social que acabamos de formular. Considera, sin embargo, que las crisis se deben a una deficiencia del poder de compra que el sistema distribuye entre los consumidores individuales, y cree que esta falla del sistema puede remediarse con una apropiada emisión de mayores cantidades de dinero. Pertenece, en una palabra, a esa muy amplia categoría de pensadores a la que a menudo se llama del «infra-consumo», porque afirma que nuestros males se deben a una falla del poder de con-

sumo de la sociedad. Esta categoría, como veremos, incluye la de aficionados y profesionales, pues si todos los economistas burgueses aficionados pertenecen a la categoría del infra-consumo, en la actualidad hay muchos profesionales que también quedan comprendidos en ella.

J. A. Hobson toma la historia justamente en el punto en que la dejamos. Habíamos demostrado que Juan, el consumidor, obtiene exactamente el dinero suficiente para comprar a su precio de costo los bienes de consumo que él ha producido. El traje tiene un costo de cuatro libras; Juan recibe en pago cuatro libras. Si gasta su dinero puede comprar el traje. Pero *¿gasta su dinero? ¿Lo gasta todo?* Esta es la pertinente cuestión que se plantea Hobson. No, no lo gasta todo — replica —: *ahorra* una parte, *ahorra*, digamos, cinco chelines de las cuatro libras, y con ello todo está perdido.

Inmediatamente nos damos cuenta de la naturaleza del diagnóstico de Hobson. Juan recibe en pago sólo cuatro libras, ni un penique más. El traje costó cuatro libras, ni un penique menos. Pero como Juan se ha vuelto ahorrista y deposita cinco chelines en la Caja de Ahorros, sólo le quedan para gastar tres libras quince chelines, con lo que ya *no puede comprar el traje a su precio de costo*. Indudablemente este diagnóstico de la situación real es correcto. Según la propia demostración de los «profesionales», la masa de consumidores sólo tiene suficiente dinero para comprar todos los bienes de consumo producidos a precios que cubran su costo de producción. Es indudable también que Hobson tiene razón cuando supone que los consumidores no gastan realmente todo el dinero que obtienen, pues ahorran una parte de sus ingresos ¡y aún se envanecen de hacerlo así! Este acto de ahorro, que comienza a hacérsenos sospechoso como el archivillano de la pieza, es abierta y notoriamente practicado, por lo menos, por todos los consumidores ricos. Pero ¿qué sucederá entonces con los bienes de consumo? ¿Cómo podrán venderse a sus precios de costo? Para que el sistema pueda funcionar, es evidente que los ingresos totales de los consumidores deben ser iguales a los precios totales de todos los artículos de consumo producidos (o como los economistas lo escriben con sus signos convencionales: $\text{costo} = \text{ingresos} = \text{precios}$). Pero ahora nos enteramos que de uno, y aparentemente sólo de uno, de estos conceptos — ingresos — se ha substraído algo: el ahorro. Por consiguiente, los ingresos dejan de ser iguales a los costos y a los precios. ¿Qué sucederá? Evidentemente, afirma Hobson, los bienes de consumo no podrán venderse a sus precios de costo. O algunos quedan sin venderse o, como en

general acontece en la práctica, la competencia reduce el precio de todos. Pero, como ya sabemos, sus precios originales apenas eran iguales a sus costos.²¹ El efecto del ahorro, arguye Hobson y su escuela, se traduce en una constante y continua reducción de los precios de los artículos de consumo, de tal manera que los precios llegan a ser inferiores a los costos de producción. Ahora bien, los productores no pueden continuar vendiendo por mucho tiempo a menos del costo, pues quedarían expuestos a la bancarrota. Y esto es, justamente, lo que sucede. Tan pronto como los efectos del ahorro han operado durante un tiempo suficientemente largo, los precios caen por abajo de los costos, y los productores comienzan a presentarse en quiebra. En una palabra, la crisis se desencadena. ¿Qué necesidad hay, después de esto, de buscar otra causa de las crisis capitalistas?

En esto consiste, muy brevemente expuesto, el diagnóstico de Hobson. Si está en lo justo, el remedio es indicado. No hay necesidad de «acabar con el sistema capitalista» o de adoptar otra medida tan desesperada o tan drástica como ésta. Todo lo que necesitamos hacer es emitir suficiente dinero para compensar la cantidad ahorrada por los consumidores. La contracción de los ingresos, originada por los ahorros, debe compensarse con una constante, aunque suave, expansión de crédito. Además, se nos asegura, este procedimiento no tiene nada de inflacionista: el nivel de precios no subirá. Sus efectos se reducirán a prevenir que ese nivel de precios caiga por abajo de los costos, provocando una crisis. Con ello se logrará un nivel de precios estable, con todo lo que esto implica para la estabilidad económica y para la justicia social. Por otra parte, la cuestión puede arreglarse en tal forma que la expansión de crédito sea muy moderada, pues sólo se requiere que sea igual al volumen de ahorros. De ahí que, cuanto menores sean los ahorros, menor será la necesidad de nuevos créditos. ¿Cómo podrá reducirse, por tanto, el volumen de ahorros, ya que en éstos se halla la raíz del mal? El método está indicado: redistribuir los ingresos agravando con impuestos al rico y creando, al mismo tiempo, servicios sociales en beneficio del pobre, con objeto de asegurar una mayor igualdad. Esto, indudablemente, reducirá el volumen de ahorros. Una persona con un ingreso de tres libras se-

²¹ Tomo esta demostración del claro análisis que la refutación ortodoxa del crédito social hace de la tesis de Hobson, del libro de E. F. M. Durbin titulado *Purchasing Power and the Trade Depression*. En estos capítulos estamos recorriendo el mismo camino, de izquierda a derecha, de los inflacionistas, a los deflacionistas, seguido por Durbin. No obstante, nuestra meta es diferente. (N. del A.).

manales gastará, generalmente, esas tres libras, mientras que otra con trescientas a la semana, ahorrará, seguramente, una parte de ellas. Salta a la vista que la teoría de Hobson constituye una justificación económica de los programas de reforma social progresiva de los partidos Liberal y Laborista. La deuda contraída con Hobson por el partido Laborista Inglés y por el Laborista Independiente, en la época que luchaban por un «salario vital» (*living wage*), así como por todos los pensadores de la izquierda no revolucionaria, tiene más importancia de la que generalmente se le concede. En realidad, Hobson es la fuente principal de las ideas de todas estas escuelas en Inglaterra y, en menor escala, en América.²²

Ahora bien, ¿qué dicen los «profesionales» acerca de todo esto? Las afirmaciones de Hobson parecen ser muy vigorosas, pues los «profesionales» mismos han demostrado que la totalidad de los precios no puede ser superior a la totalidad de los ingresos. Por tanto, si de éstos, se substraen los ahorros, los precios se verán forzados hacia abajo. ¿Quién puede negar esta verdad aritmética? ¿Cómo puede negarse que Hobson tiene razón cuando afirma que la existencia de los ahorros, al menos que sean compensados, se traduce en una firme y constante caída del nivel de precios de los bienes de consumo? La respuesta es que nadie niega esta proposición.²³ Lo que los «profesionales» niegan, son las consecuencias que Hobson deduce de ella. Niegan su corolario fundamental, niegan, es decir, que una reducción de los precios los coloque por abajo de los costos. ¿Cómo puede ser esto? ¿No han demostrado ellos mismos que los precios son originalmente iguales a los costos? Si, por tanto, los precios bajan debido a una insuficiencia del poder de compra de los ingresos imputables a los ahorros, ¿no quiere ello decir, por hipótesis, que serán inferiores a los costos? No, afirman los profesionales, por la simple razón de que los costos se reducen también y se reducen tan rápidamente como los precios, pues el mismo factor — ahorros — que comprime a los precios, comprimirá, también, y en igual forma, los costos.

Hobson, continúan diciendo, ha olvidado el otro aspecto de los efectos del ahorro. El dinero que ha sido ahorrado no se «entierra»

²² Véase, Bárbara Wootton, *Plan or no Plan?* (N. del A.).

²³ Vale la pena hacer notar, por consiguiente, que cuando los ahorros se atesoran, los efectos previstos por Hobson se realizan. En el análisis de la crisis de Keynes, esta cuestión tiene mucha importancia. (N. del A.).

ni se deposita o se atesora en un calceín.²⁴ En las condiciones actuales prácticamente todos los ahorros se invierten. ¿Y qué significa «invertir» esos ahorros? Significa gastarlos en «bienes de producción».

El proceso de ahorro es, pues, un proceso mediante el cual los consumidores individuales prestan parte de su ingreso a organizaciones que se dedican a comprar bienes de producción. Y es este aspecto positivo del proceso — la inversión de los ahorros — lo que permite, asegurar a los profesionales, que los precios, a pesar de cualquier reducción importante de los costos, no se coloquen por abajo de éstos.

La inversión no significa sino «hacer un pedido» y, consecuentemente, producir nuevos bienes de producción; pero, ¿por qué el público «pide» nuevos medios de producción? Porque cree que esto le permitirá producir nuevos bienes de consumo *más baratos* de lo que se producen en un momento dado, y obtener así una buena ganancia. Los nuevos bienes de consumo se podrán vender a precios que cubran el costo de producción de los otros bienes de consumo que todavía se producen con los viejos y más costosos procedimientos. Pero los nuevos métodos de producción, dotados de nuevos medios (nuevos tornos automáticos, nuevos telares, nuevas materias primas, etc., etc.) permitirán trabajar con un costo inferior al promedio. La diferencia entre su costo y el costo medio se traducirá en ganancia.

La esperanza de obtener esta ganancia en la producción de mercancías con métodos más perfeccionados cuyos costos, por tanto, sean inferiores al promedio, es indudablemente el motivo que induce al público a invertir. Por otra parte, como generalmente las personas que ahorran no son las mismas que invierten, se puede aún estimar en qué tanto se reducirán los costos por abajo del promedio gracias a los métodos más perfeccionados que nos permitan seguir produciendo. Los inversionistas son empresarios activos, es decir, personas que compran trabajo,²⁵ en tanto que el público en general se limita a ahorrar. De allí que los inversionistas soliciten el dinero de los

²⁴ Véase la concluyente crítica que el Dr. Hayek hace a Wicksell, quien suponía que era posible que las autoridades bancarias se negaran a ampliar el crédito y, no obstante ello, lograran que los ahorros no deprimieran el nivel de precios. (*Prices and Production*, páginas 23-4) (N. del A.).

²⁵ El lector deberá observar que estamos usando el término «invertir» en un sentido técnico, diferente de su sentido corriente. Genéricamente se considera que se «invierte» cuando el que, habiendo ahorrado, compra

que ahorran, estableciéndose *un tipo de interés* que se paga por el uso del dinero de otros. Y ¿qué cosa puede ser este tipo de interés, dicen los economistas profesionales, sino la diferencia anticipada entre los costos a los que se producen con nuevos y con los viejos métodos, menos una ganancia para los inversionistas suficiente para cubrir sus riesgos? Por consiguiente, la propia existencia de ese tipo de interés es una prueba de que la creación de nuevos bienes de producción reducirá los costos de los artículos de consumo en una cantidad mayor que el tipo de interés, pues esa reducción de los costos es lo único que permite a los inversionistas pagar a los que ahorran cierta cantidad por el uso de su dinero.

Supongamos, por ejemplo, que el tipo de interés que puede exigir una persona que ahorra su dinero es 3%. Esto quiere decir que las ganancias que los empresarios pueden obtener usando el dinero de aquellas personas deben ser mayores del 3%. ¿Y de dónde pueden venir estas ganancias sino de una reducción de los costos superior al 3%, lograda por el perfeccionamiento de los métodos de producción? De este modo llegamos a la conclusión, no aparente, es cierto, a primera vista, de que la propia existencia del tipo de interés revela que las inversiones están reduciendo los costos de producción en forma tan constante y tan continua, como los ahorros reducen los precios. Este es, dicen los profesionales, el fondo del problema. El error de Hobson y de toda su escuela al considerar que el ahorro es la causa de la crisis y de la depresión, consiste en olvidar que la inversión de los ahorros reduce los costos lo mismo que, y tanto como, los precios.

¿Qué decir de este análisis ingenioso? ¿Tendrán razón nuevamente los economistas profesionales? Por lo que se refiere a la teoría de Hobson, considerada como una correcta explicación de la crisis, creo que la tienen. Su análisis nos demuestra que no existe ninguna razón por la que necesariamente los ahorros tengan que reducir los precios a un nivel inferior a los costos, provocando, así, una crisis.²⁶

acciones o bonos de determinada emisión. Por supuesto que la operación real que ejecuta es la de prestar su dinero a los promotores de una nueva empresa que es la que en realidad «invierte», es decir, que realmente crea y establece las nuevas fábricas, adquiere materias primas, etc., etc. (N. del A.).

²⁶ El lector preguntará, sin embargo, si la adopción de métodos más perfeccionados para reducir el costo de producción es el único objeto del ahorro y de la inversión. ¿No podrían necesitarse más bienes de producción para producir más artículos de consumo, aun a los costos actuales, con

Si aceptamos la explicación de los profesionales acerca de esta cuestión obtendremos una conclusión importante respecto a los efectos del remedio que nos propone la escuela de Hobson, que no es otro sino la emisión de más dinero y la expansión de crédito en cantidades suficientes para mantener constantes los precios de los bienes de consumo a pesar de que el público ahorra. Pronto nos daremos cuenta que esa política hará que los costos y los precios de los bienes de consumo se separen cada vez más. Si los inversionistas usan los ahorros del público para introducir métodos de producción más económicos, los costos se reducirán constantemente, en tanto que el remedio de Hobson hará que los precios sigan inalterables. ¿Qué es lo que llenará la diferencia cada vez mayor entre costos y precios? La diferencia entre unos y otros no es sino la ganancia. De allí que el mantenimiento de un nivel de precios estable, en tanto que los ahorros se invierten y los costos caen, se traduzca en un tipo de ganancia siempre ascendente.

Acabaremos por descubrir que tal es, en último análisis, el objetivo real, aunque a menudo inconsciente, de toda esta política. Pero entretanto, ¿cuál es la objeción de los profesionales para el mantenimiento de un nivel de precios estable? La respuesta a esta pregunta constituiría el tema de los capítulos V y VI. Lo único que podemos decir aquí es que esos economistas tienen algunos argumentos que prueban que el mantenimiento de un nivel estable de los precios de los bienes de consumo, gracias a un constante aumento de la cantidad de dinero en circulación, introduce perturbaciones que hacen que la crisis sea inevitable. Y como veremos inmediatamente, la crisis realmente ocurrió cuando esta política fue adoptada en Norteamérica en la década 1920-30.

Entretanto podemos resumir nuestras conclusiones. Hemos demostrado que a pesar de su mayor aceptabilidad, la hipótesis del «aho-

objeto de satisfacer, por ejemplo, nuevos mercados en los países atrasados? Debe observarse que esta hipótesis implica el supuesto de que los precios de los bienes de consumo son superiores a los costos con los que habría que comenzar, esto es, que la demanda excede a la oferta en este sector. En otras palabras, esta forma de inversión sólo puede tener lugar cuando todo el sistema se halla en un período de expansión, cuando existe una demanda de mercancías permanentemente insatisfecha y a precios superiores a los costos de producción. Dilucidar las diferencias vitales de esta clase de inversión, que equivale a una expansión del sistema productivo, sin que sea necesario ningún cambio en la técnica de la producción, y la única forma de inversión que es posible si esa técnica permite que los costos de producción se reduzcan, sería anti-ípnos al tema central de la cuarta parte de este libro. (N. del A.).

ro» de Hobson no puede explicar el fenómeno de las crisis capitalistas, como no lo pudo explicar la fórmula $A+B$ del Mayor Douglas. Los economistas profesionales demuestran que nada hay en la existencia de los ahorros que, por sí misma, provoque la crisis. Además, aseguran que el remedio de Hobson para mantener un nivel de precios estable mediante una expansión de crédito suficiente para compensar el efecto de los ahorros sobre los precios producirá — aunque, por supuesto, mucho menos rápida y catastróficamente —, la misma crisis inflacionista que produciría el diluvio de nuevo dinero propuesto por el Mayor Douglas. De paso advertimos una observación de gran importancia. Es evidente que los críticos de Hobson consideran que *un nivel de precios estable es, en sí mismo, en las condiciones modernas, cuando los ahorros y el progreso técnico reducen continuamente los costos de producción, un fenómeno absoluto, aunque esotéricamente, inflacionista*. Su ponen que semejante política acabará en una de esas superestimulaciones de la industria que conocemos con el nombre de «auge» y que hemos aprendido a conocer, por dolorosa experiencia, como los inmediatos precursores de la crisis.²⁷

Existe otra escuela que postula la misma política que aconseja J. A. Hobson, pero cuyos fundamentos son diferentes. Esta escuela recomienda también la emisión de más dinero o una expansión de crédito que gaste para mantener, no para elevar, el nivel general de precios. Sin embargo, esta política no se funda en la necesidad de compensar el efecto deprimente de los ahorros sobre los precios. Elijamos al famoso economista americano, al profesor Irving Fisher, como el representante de este punto de vista. Debe advertirse, sin embargo, que esta escuela es muy amplia, pues incluye, por una parte, a los economistas aficionados que sostienen el tipo más moderado de los puntos de vista de las teorías del infra-consumo y, por otra, varios nombres famosos de los economistas profesionales. Así por ejemplo, además del profesor Fisher, deben colocarse en esta categoría al profesor Cassel, lo mismo que a Keynes, no obstante sus diversas y sutiles reservas.

²⁷ Este criterio es aplicable, sin duda, a la actual (1934) situación de la Gran Bretaña. Los precios en libras esterlinas han permanecido estables. Como lo hacíamos notar en el capítulo I, las ganancias de la industria británica fueron superiores en un 30%, en un 5%, en un 18% y en un 27%, en los cuatro trimestres que finalizaron en septiembre de 1934, de lo que fueron en los cuatro trimestres anteriores. El lector debe comparar esta situación con la explicación que se da más abajo acerca de lo que sucedió en Norteamérica durante los años de 1920-30. (N. del A.).

No se comete ninguna exageración al decir que esta escuela es, en la actualidad, si no intelectual, sí políticamente dominante. Su ala izquierda, representada por partidarios moderados de la teoría del infra-consumo, parece dictar la política monetaria del gobierno norteamericano. Su ala derecha, constituida por los llamados «estabilizadores», parece inspirar la política del gobierno británico. Ambos gobiernos han declarado que su intención consiste, primero en restaurar el nivel de precios dominantes en 1929 o en 1926 (hay opiniones contradictorias sobre este punto) y después, estabilizarlo. La importancia de los puntos de vista de esta escuela, no puede, por consiguiente, sobreestimarse. El profesor Irving Fisher, a quien tomamos como su representante, ha expresado recientemente la parte fundamental de su pensamiento acerca de la causa y remedios de las crisis capitalistas en un pequeño libro, popular y de fácil lectura, titulado *Inflation*?²⁸

La causa de las crisis, para Fisher, se halla en un nivel de precios inestable. Por tanto, el objetivo de una política monetaria sana debe ser la conservación de un nivel de precios estable. Cualquiera otra política se traducirá en desastre. Tanto la elevación como la caída de precios, son igualmente inconvenientes para la justicia social y para el equilibrio económico. En la sociedad moderna, sin embargo, el volumen total de la producción es cada vez mayor. Ahora bien, esto se traduce, al menos que el volumen de dinero aumente también, en una constante caída de precios. Como puede verse, ésta es, precisamente, la misma conclusión a que llega J. A. Hobson. Sin embargo, el profesor Fisher no cree, como aquél, que los precios caigan debido a que el público ahorra. Por el contrario, su argumento se apoya en la llamada teoría cuantitativa de la moneda. Dentro de esta teoría la cantidad de dinero equivale, como quien dice, a la cantidad de mercancías: si en el mercado hay 100 mercancías y la cantidad de dinero en circulación es de £ 1,000, el precio medio de cada mercancía será de £ 10. Pero si un aumento de la producción pone en el mercado 200 mercancías, sin que la cantidad de dinero aumente, el precio medio de cada una de ellas bajará a £ 5. La única forma de conservar los precios al nivel anterior es poner en circulación otras £ 1,000. Habiendo ahora £ 2,000 frente a 200 mercancías, el nivel de precios se mantendrá estable en £ 10 por mercancía. Por tanto, concluye el profesor Fisher, si se quiere conservar estable el nivel de precios evitando así una crisis,

²⁸ Por desgracia el libro más extenso de Fisher, *Stable Money*, apareció en Inglaterra demasiado tarde para que pudiera haber sido comentado en estas páginas. (N. del A.).

debe aumentarse continuamente la cantidad de dinero en circulación en la misma medida en que la producción de las mercancías aumenta.

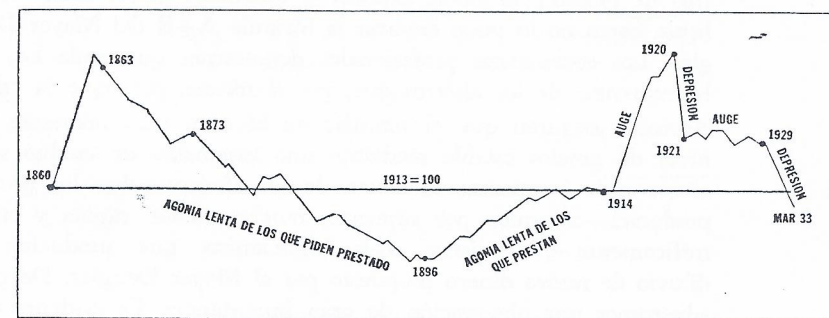
He aquí la forma característica en que el profesor Fisher expone el objeto de la política monetaria:

«Si el dinero y los bienes pudieran engranarse.

«Lo que necesitamos es que el dinero en circulación (queriendo expresar con ello su efectividad total, que comprende tanto su volumen como su velocidad) sea constantemente *proporcional* a las necesidades permanentes de los negocios, es decir, necesitamos que la curva del dinero se mueva *paralelamente* a la curva de la producción. La relación entre las dos será, por tanto, constante: es decir, si todos los bienes aumentan en un año un 4% y el dinero necesario para comprarlos aumenta también en un 4%, el precio medio será el mismo de antes. En otras palabras, el *nivel de precios* será constante y será realmente un nivel». El profesor Fisher postula, pues, la misma política de Hobson, a saber: un constante aumento del dinero en circulación con la sola diferencia de que Fisher aduce en su apoyo razones distintas. Acabamos de ver que la política de Hobson tendría resultados muy diferentes a los que él se imagina, y esta conclusión es igualmente verdadera para la política de Fisher, pues las razones dadas para justificar un constante aumento de la cantidad de «dinero en circulación», no pueden alterar sus efectos. Si la política de Hobson se traduce en inflación, en auge y luego en crisis, en lo mismo se traducirá la de Fisher.

No hemos encontrado todavía un razonamiento adecuado en el cual apoyar esta conclusión. Sin embargo, es una conclusión que puede ser verificada por la experiencia: la política de Fisher ha sido puesta en práctica en una escala muy amplia y bajo las circunstancias más favorables. Nada es más sorprendente para el lector de *Inflation?* que la actitud del profesor Fisher frente a la prueba decisiva a que ha sido sometido su remedio. El profesor Fisher nos dice que «toda elevación de nivel de precios constituye un auge y toda caída una depresión.» Por otra parte, nos dice, un nivel de precios estable asegura un equilibrio y una prosperidad permanentes.

¿Cuál, pues, no será nuestra sorpresa al descubrir que de 1921 a 1929, durante el más grande de los auges que registra la historia y que fue seguido por la depresión más espantosa, el *nivel de precios americano se conservó virtualmente estable*? Por extraño que parezca, este hecho se desprende claramente de una gráfica que nos ofrece el mismo profesor Fisher en la página 75 de su libro:



Historia de los Precios al Mayoreo de Estados Unidos

La gráfica del profesor Fisher, por lo que se refiere a los años de 1921 a 1929, está representada por una línea casi horizontal. Podrá verse que ese período, el período inmediatamente anterior a las más grandes de todas las crisis, es uno de los de mayor estabilidad virtual de precios que Estados Unidos ha conocido.

Sin inmutarse, el profesor Fisher ignora el hecho de que su gráfica destruye el argumento del texto. Su gráfica nos demuestra concluyentemente que un nivel de precios estable no previene ni el auge ni la crisis. Nos revela que la adopción de la política de «engranar el dinero y la producción», esto es, de aumentar la circulación efectiva de dinero en proporción exacta a los aumentos de la producción, se tradujo en los Estados Unidos, donde se aplicó durante ocho años en condiciones ideales, en una crisis sin precedentes.

Nada tiene esto de extraño. Varios economistas se han equivocado antes del profesor Fisher (aunque, es verdad, no muchos han tenido la desgracia de que sus teorías hayan sido adoptadas y de que sus errores se hayan expuesto en una forma tan cruel y en una escala tan gigantesca como lo fueron los suyos). Lo que sí es sorprendente es que, después de esta prueba concluyente, el profesor Fisher se conduce en tal forma como si nada hubiera sucedido: en la actualidad aconseja la misma política y nos promete brillantes resultados de su adopción.

Escribiendo en abril de 1933, nos aconseja elevar el nivel de precios de los Estados Unidos al nivel de 1926, es decir, elevarlo un poco más de 70%, y después estabilizarlo.²⁹ Nos hace observar que mien-

²⁹ Podría haberse supuesto que la conclusión lógica que habría de deducirse del razonamiento del profesor Fisher, sería la de estabilizar el nivel de precios en el momento preciso en que se hubiera adoptado su política. Es de hacerse notar, sin embargo, que casi todos los «estabilizadores»

tras su libro se imprime, su política está siendo adoptada por la nueva administración de Roosevelt. Ciertamente, la deuda contraída por el *New Deal* con el profesor Fisher, no ha sido estimada debidamente. Por varios años sus puntos de vista han venido penetrando el pensamiento económico americano y así como Hobson es el padre teórico del pensamiento económico británico más progresista, así el profesor Fisher es la única fuente de casi todas las teorías económicas de los liberales americanos. En la actualidad una escuela de jóvenes economistas de los Estados Unidos han adoptado, dándose o no cuenta de ello, sus métodos y sus puntos de vista y son ellos los que controlan ahora la política monetaria de la administración de Roosevelt.

De ahí que no fuera por accidente por lo que en marzo de 1933 se adoptara oficialmente, y a partir de entonces se sostuviera con todo vigor, la política de Fisher que nos recomienda elevar primero el nivel de precios y después mantenerlo constante. He aquí lo que el profesor Fisher nos promete de esta segunda prueba de su programa. Afirma que si su programa se lleva a efecto, «1933 será quizás el punto más decisivo de toda la historia económica. No sólo debemos esperar que la recuperación surja de la depresión con una rapidez sin precedente, sino que (suponiendo que la estabilización venga después de la deflación) debe esperarse una nueva época económica caracterizada por la ausencia de grandes depresiones, gracias a que la unidad monetaria se mantendrá deliberadamente constante».

La inteligencia humana es, sin duda, más apasionada que racional. No podría explicarse de otra manera el hecho de que no sólo el profesor Fisher, sino Roosevelt y todos sus partidarios, puedan suponer que aunque la estabilización del nivel de precios en la década de 1920-30 se tradujo en la más desastrosa de las crisis de que se tiene memoria, una estabilización del nivel de precios en la década de 1930-40 se traducirá en «una nueva época económica caracterizada por la ausencia de grandes depresiones». Por esto Marx, en su forma irascible, decía de Destutt de Tracy: «He ahí la idiotez burguesa en toda su beatitud».

Las lecciones de la experiencia parecen demostrar que la expansión de dinero o de crédito — no importa si el objeto es compensar los ahorros o el incremento de la producción — se traduce en un auge

prefieren una elevación inicial del nivel de precios para después estabilizarlo. Las razones de esta notable inconsistencia aparecerán en capítulos ulteriores. (N. del A.).

inflacionista que, a su vez, provoca una crisis. Ya hemos indicado por qué esto es así en el caso de una expansión para compensar los ahorros. Estos no sólo deprimen los precios sino también los costos. De ahí que si el efecto de la expansión sobre los precios es compensador, la continua caída de los costos cree una diferencia cada vez mayor entre éstos y aquéllos. Es natural, pues, que el hecho de que la expansión de dinero se justifique no por la necesidad de compensar los ahorros, sino por la de compensar el incremento de la producción, no evitará las mismas consecuencias inflacionistas.

El aumento de la producción y la reducción de costos parecen ser, pues, sólo dos formas de considerar la misma cosa: parece que una implica la otra. En efecto, apenas se piensa en ello, es evidente que, a menos que exista ya una depresión y, consecuentemente, obreros desocupados y capital ocioso, el volumen total de la producción no puede ser aumentado sino reduciendo los costos de producción. La única forma en la que pueden obtenerse más mercancías, si todo el mundo está ya trabajando para sostener el mismo volumen con un número menor de obreros, con menos fuerza eléctrica, etc., etc., de tal modo que alguno de estos «factores de la producción»³⁰ puedan quedar libres para producir una nueva y adicional cantidad de mercancías. Por tanto, la hipótesis del aumento de la producción, sobre la que el profesor Fisher apoya la necesidad de más dinero, implica la reducción de costos.

Estamos ya en una posición que nos permite apreciar por qué los economistas burgueses más autorizados toman esa actitud tan grave frente a la actual política monetaria americana, pues no sólo se impide que los precios caigan con la rapidez con que caen los costos, sino que el nivel de precios está siendo elevado realmente. Desde marzo de 1933 (el punto inferior) hasta el 5 de enero de 1935, el índice de precios al mayoreo de Irving Fisher se ha elevado de 55 a 79.4. ¡Esto quiere decir que los costos y los precios americanos se están moviendo en direcciones opuestas! No debe sorprendernos, pues, el considerable aumento de las ganancias. Estas aumentan, si pudiera decirse así, en ambas direcciones: aumentan a medida que los costos³¹ caen y a medida que los precios suben.

³⁰ La frase «factores de la producción» tendrá que usarse constantemente. Conviene, por ello, precisar desde luego su significado. Se trata de una expresión muy conveniente y amplia bajo la que se comprende el trabajo, las materias primas, la maquinaria, la fuerza eléctrica, la tierra, es decir, todas las cosas necesarias para la producción. (N. del A.).

³¹ Como explicaremos después, sólo una clase de costos se están reduciendo en Estados Unidos. Los costos se están reduciendo gracias a las mejoras

La cosa parece estar arreglada para un nuevo auge de las ganancias;³² aunque ahora se intenta lograr el auge mediante una política financiera mucho más franca y crudamente inflacionista de lo que fue la política de 1920-30. Si la aparición de la crisis de 1929 demostró que el mantenimiento de un nivel de precios estable entre 1921 y 1929 fue una forma sutil de inflación, nadie podrá dudar que la elevación del nivel de precios en 1933 y 34, frente a la rápida reducción de costos, equivale a una franca y abierta inflación. Ahora bien, aunque no hayamos encontrado todavía una explicación racional de este hecho, la experiencia parece demostrar que la inflación, invariablemente, precipita la crisis. Sin embargo, sería simplificar demasiado la presente situación americana afirmar que esto es todo. Cuando hayamos redondeado nuestro argumento estaremos en mejor posición para examinar los fundamentos económicos del *New Deal*.

Resumiendo: la experiencia confirma la opinión de los mejores economistas burgueses acerca de que si una insuficiencia de dinero provoca la caída de precios, no es, sin embargo, la causa de la crisis. Estos economistas parecen estar en aptitud de demostrar, por el contrario, que la caída de precios acompañada a una caída de costos, es una condición necesaria para la estabilización; que el mantenimiento de un nivel de precios estable mediante una continua emisión de dinero es, en las condiciones actuales, un procedimiento francamente inflacionista, y, por ello, causa de la crisis. Los economistas burgueses demuestran, pues, que la solución fácil, agradable y generalmente aceptada que nos proponen en diversas formas todas las diferentes escuelas para remediar nuestros males y que atribuyen la causa de las crisis a una insuficiencia de dinero haría, y hará, que las cosas vayan de mal en peor. No existe ninguna posibilidad de que el mantenimiento de un nivel de precios estable mediante la emisión de más dinero prevenga la crisis. Por el contrario, una política semejante parece haber precipitado la última y puede esperarse que precipite la próxima.

Los economistas burgueses más conservadores y responsables resultan, por tanto, victoriosos frente a todos sus oponentes heterodoxos.

técnicas. Esto significa, en último análisis, que para producir la misma cantidad de artículos se requiere menor número de operarios. Pero otra clase de costos — los costos salariales, la cantidad de dinero que se paga por hora de trabajo — no se ha reducido y, en algunos casos, puede haberse elevado. (N. del A.).

³² De las ganancias de un limitado número de empresas favorecidas, hay que aclarar. (N. del A.).

Están en aptitud de demostrar que todos los remedios propuestos por éstos últimos se fundan en un diagnóstico equivocado cuyo resultado no hará sino exacerbar la enfermedad (como siempre ha sucedido en todas partes en que se les ha puesto en práctica). La enfermedad, sin embargo, continúa. Fijemos, ahora nuestra atención en lo que los economistas burgueses más responsables nos dicen acerca de la naturaleza, causa y remedio de las crisis capitalistas.

SUMARIO DEL CAPÍTULO III

Si las crisis no ocurren, como lo supone el Mayor Douglas, por la insuficiencia del dinero, que el sistema distribuye para comprar todos los artículos que produce, ¿por qué ocurren? La opinión de J. A. Hobson. La crisis se debe a una insuficiencia del poder de compra de los consumidores originada por los ahorros. Los ahorros, demuestra Hobson, comprimen los precios. Los ahorros, dice, empujan a los precios por abajo de los costos. Su remedio consiste en compensar el ahorro con una lenta emisión de dinero suficiente sólo para mantener estable el nivel de precios y reducir al mínimo los ahorros mediante una redistribución igualitaria de los ingresos.

La respuesta de los profesionales. El ahorro significa inversión y ésta reduce por igual los costos y los precios. Forma en que la inversión reduce los costos. El tipo de interés dominante como una medida de la reducción de costos. La consecuencia de mantener un nivel de precios estable parece ser un constante aumento de la diferencia entre costos y precios. Esa diferencia no consiste sino en la ganancia. La experiencia ha comprobado que esta situación equivale a un «auge», al cual sigue la crisis.

La estabilización del nivel de precios mediante la emisión de más dinero como el específico contra la crisis. El profesor Irving Fisher como representativo. «Engrane del dinero y la producción.» Políticas semejantes producen efectos semejantes, cualesquiera que sea su justificación. La lección de la experiencia. La gráfica fatal. El nivel de precios americanos se conservó estable a través del auge de los años 1920-30. El profesor no aprende ni olvida nada. Promesa de «una nueva época económica», sin crisis. La beatitud. El aumento de la producción y la reducción de costos parecen estar asociados. El profesor Fisher como el abuelo del New Deal. Carácter inflacionista del New Deal. Bancarrota de las teorías que atribuyen la crisis a una insuficiencia de dinero.

CAPITULO IV

¿Demasiado
dinero?
El doctor
Hayek

En el capítulo primero hicimos notar que el cuerpo central de la teoría económica burguesa ignora por completo el fenómeno de la crisis. Sobre este punto podemos citar nuevamente al profesor Robbins, que comienza su prefacio a la traducción inglesa de *Prices and Production*, de Hayek, con la observación de que «la teoría pura del equilibrio económico, la gran conquista de la ciencia económica del siglo XIX no da explicación ninguna de la depresión económica». El Dr. Hayek, por su parte, dice que para los propósitos de su análisis «tenemos que empezar allí donde la teoría económica general se detiene, es decir, en una condición de equilibrio en la que no exista ningún recurso desaprovechado. La existencia de esos recursos no utilizados es un hecho que en sí mismo necesita explicación».³³

Es natural, por consiguiente, que la mayor parte de los economistas burgueses tengan muy poco que decir acerca de esta cuestión. En sus libros el fenómeno de la crisis, si acaso se menciona, es para hacerlo jugar el papel que en la antigüedad desempeñaban las siete plagas de Egipto.

Así como entonces las plagas caían sobre el Faraón por no haber hecho caso de las profecías de José, así ahora, la plaga de la crisis se abate sobre el mundo capitalista porque no hacemos caso del

³³ Dr. Hayek: *Prices and Production*, pág. 31. (N. del A.).

consejo de los profesores. La mayor parte de los economistas burgueses sostienen, en otras palabras, que nada hay en la naturaleza del capitalismo que haga inevitables las crisis periódicas, es decir, todo el conocido ciclo de auge, crisis, depresión, recuperación, auge, crisis. Se trata, meramente, de que los estadistas y los industriales, en su obstinada ignorancia, se rehúsan a escuchar a los profesores echando a perder, así, el perfecto mecanismo del sistema.

Sin embargo, en los últimos años, la insuficiencia de esta explicación ha llegado a ser cada vez más manifiesta. Desde luego ya era difícil entender cómo los errores de los políticos y de los hombres de negocios podían ser la causa de un ciclo regular de expansión y contracción de negocios que se presenta, aproximadamente, cada diez años y cómo, además, podían ser el motivo de la desocupación involuntaria de la mano de obra y del capital disponibles. Era muy fácil entender cómo las tarifas, los subsidios, una imposición excesiva, el control monopolista de los precios o los errores en la previsión de la demanda, podían reducir el nivel de vida que un ininterrumpido y buen funcionamiento del capitalismo — podía suponerse — era capaz de proporcionar. Era fácil ver como los errores del gobierno de los particulares podían traducirse en despilfarro, cómo podían reducir — para usar la frase de los economistas — el ingreso neto recibido por la comunidad a cambio de una cantidad determinada de esfuerzo productivo. Pero lo que no era claro en modo alguno, era el hecho de cómo tales errores podían ser la causa de una desocupación forzosa, cada vez más acentuada, de algunos de los factores de la producción. Era fácil darse cuenta cómo las tarifas o los errores de previsión de los negocios, por ejemplo, podían traducirse en un aprovechamiento menos económico de los factores de la producción de lo que era posible. Pero lo que resultaba difícil de admitir era que semejantes errores pudieran traducirse en la imposibilidad de aprovechar algunos de dichos factores. En otras palabras, los errores podían explicar fácilmente el hecho de tener que trabajar más intensamente por una remuneración menor de la que podría haberse obtenido si estos errores no se hubieran cometido. Pero lo que no podían explicarnos era el hecho de que se nos impidiera trabajar del todo.³⁴

³⁴ La explicación de las crisis que da Bárbara Wootton en su reciente libro *Plan or no Plan?* (págs. 130-50) es poco convincente precisamente porque no pone de relieve esta distinción. La señora Wootton tiene que recurrir a la hipótesis de «una coincidencia excepcional de errores» para explicar las crisis periódicas. La síntesis ecléctica que hace de las posibles causas de las crisis, es un buen ejemplo de los puntos de vista de los

Tales consideraciones, la urgencia de encontrar una refutación a los remedios propuestos por los maniáticos del crédito y, sobre todo, la gravedad creciente de las crisis mismas, han obligado por lo menos a unos cuantos economistas burgueses, como ya lo decíamos en el capítulo I, a hacer un análisis del «ciclo económico». Pero como los principios fundamentales de su ciencia demuestran que el fenómeno que se proponen investigar no existe y no puede existir nunca, se han visto obligados a abordar el tema por una especie de puerta falsa teórica; se han visto obligados a crear algo así como un «caso especial» económico cuya relación con la ciencia misma nunca podrá precisarse correctamente. Este caso especial, el único mediante el cual los economistas burgueses pueden abordar el fenómeno de las crisis, es la teoría monetaria.

En efecto, el propósito de la obra fundamental de J. M. Keynes *A Treatise on Money*, publicado en 1930,³⁵ es hacer un diagnóstico de la fiebre intermitente del sistema. No fue, sin embargo, hasta el año siguiente cuando apareció, en inglés, el intento capitalista más interesante para describir y explicar el ciclo económico. En 1931 se publicó la traducción inglesa de *Prices and Production* de Hayek. Con la publicación de este pequeño libro aparece un nuevo cometa en el horizonte de los economistas anglosajones. Por fin se iba a contar con una teoría capitalista seria de la crisis y del ciclo económico, aunque por las circunstancias del caso nos veremos precisados, en último análisis, a rechazarla. Sin embargo, su examen será el método más adecuado para penetrar más profundamente en nuestro sistema.

Al exponer la teoría de Hayek, no necesitamos recorrer lo que nos parece, retrospectivamente por lo menos, una representación tan innecesariamente oscura como la que adopta en *Prices and Production*.

economistas burgueses que no pertenecen a la escuela cuyo análisis vamos a discutir en este capítulo. (La circunstancia de que la señora Wootton participe de opiniones socialistas de un tipo moral, no impide que sea una economista burguesa, muy competente por cierto, en el sentido preciso que hemos dado a ese término). (N. del A.).

³⁵ En este libro Keynes discute con mucha amplitud la cuestión de las proporciones entre el ahorro y la inversión que nos hemos planteado en los últimos capítulos. Sin embargo, las discute desde un punto de vista muy diferente. Keynes tiene interés en demostrar que si el crédito no se amplía, puede crearse una situación en la que los ahorros excedan a las inversiones, en la que los ahorros se atesoren. Si esto ocurre, según lo demuestra, la desocupación aparece debido a que el sector de bienes de consumo se hará más pequeño, sin que el de bienes de producción se haga más grande. (N. del A.).

Por otra parte, ya hemos utilizado algunos de sus conceptos al revisar las ilusiones de poder tomar como establecidas muchas proposiciones, gracias al desarrollo de los dos últimos capítulos.

En esencia: el Dr. Hayek cree que la existencia del ciclo económico, comprendiendo las agudas fases de la crisis y la postración económica subsecuente, se debe al hecho de que las autoridades encargadas de manejar el crédito y el dinero de la sociedad, adoptan la política aconsejada por J. A. Hobson, por el profesor Fisher y por todos los partidarios de sus respectivas escuelas. Se debe, en otras palabras, a que se aumenta el volumen de dinero en circulación en cantidad suficiente para compensar el efecto deprimente de los ahorros sobre los precios, como diría Hobson, o para compensar el aumento de la producción total, como diría el profesor Fisher.³⁶ Como se ve, la escuela del Dr. Hayek atribuye la crisis a causas exactamente contrarias a las señaladas por todas las diversas variantes de la teoría del infra-consumo. Esta afirma que ahorramos demasiado. La teoría del infra-consumo acusa a los banqueros de arruinarnos por deflación, la de Hayek los acusa de arruinarnos por inflación.

El Dr. Hayek inicia su descripción del ciclo económico en el momento en que la actividad económica comienza a recuperarse, esto es, cuando comienza a salir del período de aguda depresión que ha seguido a la crisis. Cree que en este momento las autoridades financieras adoptan algunas medidas fatales que, de antemano, condenan al sistema a una crisis y a un colapso subsecuentes.

Debemos comenzar por suponer una recuperación de la actividad económica, arrancar de allí y regresar a este punto del ciclo. Nuestra última tarea consistirá en demostrar cómo se inicia esa recuperación. Lo que de momento debe preocuparnos es demostrar cómo y por qué esta recuperación (según el Dr. Hayek), en lugar de conducirnos al «estado de equilibrio» — ese bendito, aunque ilusorio nirvana de los economistas burgueses — nos conduce siempre a un auge y después a la crisis. Ahora bien, de los últimos capítulos se desprende, con bastante claridad, que esa recuperación comienza, desde luego, a reducir los precios, a menos que se haga algo para anular sus efectos. Examinando la cuestión desde el punto de vista del profesor Fisher, podemos decir que como la recuperación consiste en un aumento de la producción, se traducirá, si la cantidad de dinero en circulación no se aumenta, en una reducción de precios. Examinando la cuestión desde el punto de vista de Hobson, podemos decir

³⁶ «La responsabilidad del desastre americano no fue la vieja práctica sino la nueva teoría». (Prof. Robbins, *The Great Depression*). (N. del A.).

que los ahorros se traducen en una reducción de precios. Sin embargo, según el Dr. Hayek, las nuevas inversiones reducirán también los costos. Por consiguiente, la reducción de los precios será completamente saludable; es decir, nada habrá de recuperación, pues la caída de los precios sólo será proporcional a la caída de los costos; no existe, pues, el peligro de que aquéllos lleguen a ser inferiores a éstos.

Sin embargo, las autoridades financieras nunca han adoptado, y probablemente nunca adoptarán, este punto de vista. Se darán cuenta de que los precios tienden a caer; recordarán que la depresión — aún muy fresca en su memoria — «fue originada por la caída de precios» y cualquier «debilitamiento» de éstos, será considerado como una señal de peligro. La voz del Dr. Hayek, al advertirnos que el temor es infundado ya que si los precios se reducen, también se están reduciendo los costos, sonará como un eco débil y lejano. Por otra parte, las autoridades financieras considerarán indudablemente que la tendencia decreciente de los precios es un obstáculo para la recuperación. Si los precios pudieran elevarse, o, por lo menos, mantenerse estables, la recuperación sería más rápida, pues el «debilitamiento» de los precios reduce las ganancias. La reducción de los costos de producción determinaría, así lo entenderán las autoridades, las más espléndidas ganancias con sólo que se pudiera prevenir la caída de los precios.

Por otra parte, las autoridades financieras estarán en una posición en la que podrán, si así lo desean, prevenir esta caída. Los bancos estarán en un magnífico estado de «liquidez», esto es, en una posición que les permitirá prestar libremente. El tipo de interés heredado del período de aguda presión del cual está saliendo el sistema, será muy bajo y por ello, habrá muchos que deseen pedir prestado.

¿No será claro para todos, para estadistas y para banqueros, lo mismo que para los autores de teorías monetarias, que cuanto más dinero se presta, más rápida será la recuperación, menor la desocupación y mucho más costeable la producción? Es en este momento, dice el Dr. Hayek, cuando se comete el pecado económico original. Los banqueros prestan muy barato y con liberalidad. Mantienen muy bajo el tipo de interés, aun después de que la demanda de dinero comienza a aumentar, pues, ¿acaso no sería un crimen «matar la recuperación en el nido», haciendo más caro el dinero?»³⁷ Naturalmente

³⁷ Téngase presente la propaganda por el dinero barato que se desarrolla en Inglaterra en 1934, a pesar del acentuado vigor de la actividad económica. (N. del A.).

que esto les permite seguir prestando más y hasta llegan a enorgullecerse de ello. Pero si los banqueros, todavía intimidados por la última catástrofe se muestran prudentes, el gobierno, desesperadamente ansioso de reducir la desocupación, los oprimirá materialmente a que aumenten y abaraten su crédito.³⁸ Y en casos extremos, el gobierno podrá intervenir en los negocios bancarios con objeto de «distribuir poder de compra», para usar el nombre que se da a este proceso. La recuperación aparecerá cada vez más y más marcada.

Pero ¡ay!, el Dr. Hayek cree que existe un límite fatal, aunque imprevisto, de la cantidad de dinero que puede prestarse sin sembrar la semilla de una nueva catástrofe. Este límite puede ser definido en diferentes formas. En primer lugar, diciendo que sus préstamos se traduzcan en un aumento de la cantidad del mismo. Puede decirse, también, que no deben prestar más dinero del que se les ha confiado, es decir, que no deben prestar más dinero del que el público ha ahorrado. En otras palabras, no deben permitir que el volumen de inversiones exceda del volumen de ahorros. Estas dos prohibiciones son, como puede verse, diferentes formas de decir la misma cosa. Si las autoridades financieras prestan, o invierten, más dinero del que el público ahorra, la diferencia — el margen entre el dinero invertido y el dinero ahorrado — debe venir de alguna parte. Se requerirá, pues, que el gobierno o los banqueros creen más dinero.

La tentación de aumentar la cantidad de dinero en circulación es la más difícil de resistir, puesto que no hay necesidad de recurrir al burdo expediente de acuñar metales o imprimir billetes. Por «dinero» el Dr. Hayek entiende, — y tiene mucho cuidado de precisar — toda clase de instrumentos de crédito que pueden usarse como medio de hacer circular las mercancías.³⁹ Por tanto, el medio de que ordinariamente se sirven los banqueros para «aumentar la circulación» (lo que para el Dr. Hayek equivale a la cantidad total en existencia) es, simplemente, no elevar el tipo de interés, pues

³⁸ Para un extraordinario ejemplo de este proceso, téngase presente la política americana de 1933-34. (N. del A.).

³⁹ Es muy importante apreciar la amplitud con que el Dr. Hayek define el término «dinero». Por dinero entiende todas aquellas formas del medio circulatorio, como por ejemplo, los depósitos bancarios que circulan mediante cheque, las letras de cambio, las facilidades de sobregiro, los préstamos bancarios y aún ciertos arreglos entre diversas empresas que generalmente se conocen con el nombre de crédito. Así pues, para el Dr. Hayek no existe gran diferencia entre una expansión de crédito y la simple impresión de nuevos billetes de banco. (N. del A.).

existe (sólo falta descubrirlo) un tipo particular al cual la demanda de nuevos préstamos se mantiene por abajo de la cantidad de dinero que ha sido ahorrada por el público. Así, todo lo que los banqueros necesitan hacer con objeto de aumentar la cantidad de dinero en circulación, es mantener su tipo de interés por abajo de aquel tipo particular. (Más adelante veremos la extrema dificultad para descubrirlo). Por otra parte, como ya sabemos, este nuevo dinero no eleva necesariamente el nivel de precios, puede compensar, meramente, la tendencia decreciente de ese nivel. Pero como la elevación del nivel de precios se considera, vulgarmente, como un indicio inseparable de la inflación, las autoridades financieras pueden estar inflando bruscamente la circulación y, no obstante, creer de buena fe, respaldados por las opiniones de varios economistas profesionales, que están muy lejos de ello.

¿Pero cuáles serán las consecuencias de esta forma sutil de inflación, según el Dr. Hayek? Ya conocemos la respuesta, pues ésta es, precisamente, la política aconsejada por Hobson y el profesor Fisher. La expansión del crédito creará suficiente dinero para compensar el «retraso» de los precios imputable a los ahorros; pero los costos se reducirán también gracias al nuevo proceso que aquéllos hacen posible. Por consiguiente, las ganancias, que no son sino la diferencia entre costos y precios, aumentarán constantemente. Este movimiento ascendente, como nos lo ha enseñado la experiencia con una ruda lección, tiene un límite que, cuando se alcanza, no sólo se detiene, sino que se inicia un marcado movimiento hacia abajo. Es decir, un auge nunca se transforma en un período de prosperidad permanente, sino que siempre termina en una crisis. Nos queda por investigar las causas de por qué esto es así.

A primera vista podría parecer que el límite del movimiento ascendente es el momento en que todos los factores de producción se hallan ocupados en uno u otro sector, pues el efecto del nuevo dinero «inyectado al sistema» (la frase es del Dr. Hayek) es aumentar la demanda de los factores de la producción en el sector de bienes de producción, sin disminuir la demanda en el de bienes de consumo. Por tanto, en éste último no habrá factores libres. Tan pronto como todos los factores de producción estén ocupados en cualesquiera de los dos, ningún aumento de la cantidad de dinero en circulación logrará que el sector de bienes de producción se amplíe. Este sólo podrá obtener más factores de producción si el de bienes de consumo los desocupa, cosa que sólo puede lograrse dejando que los ahorros depriman el nivel de precios de los bienes de

consumo, con objeto de reducir la demanda de factores en ese sector, dejándolos, así, en disponibilidad.

Pero precisemos un poco. Esta renuncia voluntaria de factores que hace el sector de bienes de consumo no es la única forma en la que el de bienes de producción puede adquirirlos. Existe otro método mediante el cual un sector puede apoderarse de los factores de producción del otro, y este método consiste, precisamente, como dice el Dr. Hayek, en «inyectar» nuevo dinero al sistema. Su funcionamiento es el siguiente: los banqueros al inyectar nuevo dinero al sector de bienes de producción lo colocan en aptitud de apoderarse, por la fuerza, de los factores de producción del sector de bienes de consumo, aunque éste no tenga la menor voluntad de renunciar a un solo obrero o a una sola unidad de fuerza eléctrica, para ejemplificar con dos factores concretos. Tan pronto como los capitalistas especializados en la fabricación de bienes de producción tienen en sus manos el nuevo dinero, quedan colocados en una situación privilegiada que les permite ofrecer más que antes por estos factores. Por tanto, el sector de bienes de consumo se verá despojado de su mano de obra, de su fuerza eléctrica, etc. La magnitud relativa del sector de bienes de producción aumentará en la misma forma en que habría aumentado si se hubiera ahorrado voluntariamente.

Ahora bien, ¿qué hay de malo en esto? La única diferencia que existe entre obtener el dinero para la inversión de los ahorros o inyectar nuevo dinero, parece ser que, en el primer caso, la ampliación del sector de bienes de producción a expensas del de bienes de consumo, es el resultado de un acuerdo voluntario entre ellos, mientras que en el segundo, es el resultado de la *mayor fuerza* adquirida por el sector de bienes de producción gracias al nuevo dinero. ¿Por qué no mantener indefinidamente el auge inyectando más dinero al sector de bienes de producción, obligando así, continuamente, al sector de bienes de consumo a contraerse para proporcionar a aquél los factores de producción necesarios? Esto equivaldría a obligar al público a ahorrar lo suficiente para satisfacer el ritmo de las inversiones. (Para describir este proceso Dennis Robertson ha acuñado el término «ahorros forzados»). La respuesta es que — y en esto consiste lo esencial de los argumentos del Dr. Hayek — estos «ahorros forzados» no tienen el mismo efecto que los ahorros voluntarios. Si se inyecta nuevo dinero y se otorga, así, a los fabricantes de bienes de producción la fuerza para apoderarse de los factores del sector de bienes de consumo, se habrá cometido un crimen económico imperdonable

cuyo tremendo castigo — crisis y catástrofe — caerá sobre la sociedad.

El Dr. Hayek no tiene dificultad alguna para demostrar por qué esto es así. Le basta con llamar nuestra atención sobre la trayectoria del nuevo dinero inyectado por los banqueros al sistema económico. ¿Qué sucede con el dinero una vez que los capitalistas lo han gastado? Lo gastan en salarios, en rentas, en la compra de materias primas, etc., etc. Por tanto, ese dinero va a parar, directa o indirectamente, a manos de los consumidores individuales. ¿Qué hacen con él estos consumidores? El Dr. Hayek nos dice que lo gastan todo, o casi todo; pero si lo gastan, tendrán que gastarlo en bienes de consumo. En otras palabras, ese nuevo dinero, después de aumentar inicialmente la demanda de bienes de producción, y, por ello mismo, la demanda de los factores necesarios para hacer esos bienes, después aumenta, igualmente, la demanda de bienes de consumo, y, por ello mismo, la de los factores necesarios para hacer esos bienes.

Tal es la revancha del sector de bienes de consumo. El sector de bienes de producción no puede, digamos así, retener el nuevo dinero: inevitablemente se filtra al de bienes de consumo. El nuevo dinero sólo da a aquel sector una ventaja transitoria: antes de mucho, ese dinero ha ido a parar a manos de los consumidores individuales, quienes lo usan para reforzar el sector de bienes de consumo. La ventaja relativa del primero desaparece. Los factores de producción que han sido «robados» regresan al sector de bienes de consumo. El caso se transforma pronto en una lucha encarnizada entre los dos sectores. Las posibilidades inflacionistas de esta situación son evidentes, ya que la lucha entre los dos sectores la dirige primero uno y, en seguida, el otro, usando el nuevo dinero para ofrecer mayor precio por los factores de la producción. Comienza, pues, a ser visible que el movimiento expansionista sólo podrá continuar en tanto que se inyecten al sistema nuevas dosis de dinero, pues inmediatamente que se suspendan, el sector de bienes de consumo se quedará con todo el nuevo dinero y el sector de bienes de producción será definitivamente derrotado.

No obstante, este proceso es insuficiente para explicarnos, por sí solo, la aparición de la crisis. El principal síntoma de toda crisis es, como se recuerda, la existencia de una masa de factores desocupados, particularmente concentrados, como es fácil observar, en el sector de bienes de producción. Para explicar ese fenómeno, el Dr. Hayek introduce la concepción de lo que él llama factores de producción «específicos» y «no específicos». Un factor no específico

es un factor móvil, como por ejemplo, el trabajo no calificado o la energía eléctrica que pueden ser usados en cualesquiera de los sectores de producción. Un factor específico es un factor no móvil, como por ejemplo, un alto horno o una máquina para ajustar, digamos, los cilindros de un automóvil, factores que por su naturaleza sólo pueden usarse en uno de los sectores de la producción. Además, agrega el Dr. Hayek, para simplificar grandemente las cosas hemos supuesto que sólo existen dos sectores. Lo cierto es que existe toda una jerarquía de sectores escalonados desde aquéllos en que se da el último toque a la producción de automóviles y donde se venden, hasta aquéllos en los que se producen los instrumentos y herramientas para hacer los altos hornos, el acero y las fábricas de automóviles mismas. El Dr. Hayek llama a esta «casa industrial que Juan construye», «la estructura de la producción». Por tanto, cuando habla del desplazamiento de los factores del sector de bienes de producción hacia el sector de bienes de consumo, se refiere al desplazamiento de esos factores hacia *abajo* de la estructura de producción, es decir, a su desplazamiento desde el extremo de los bienes de producción hacia el extremo de los bienes de consumo.⁴⁰

Volvamos ahora a la cuestión de la diferencia entre factores específicos y no específicos. Examinemos la situación cuando el sector de bienes de consumo comienza a apoderarse del nuevo dinero y a usarlo para recuperar los factores que le había arrebatado el sector de bienes de producción. Los factores no específicos — factores móviles — regresan; pero los específicos — no móviles — que son parte constitutiva del sector de bienes de producción, no pueden desplazarse hacia abajo. Se han construido nuevos altos hornos y nueva maquinaria; pero ahora un cambio de la demanda, una reducción de la demanda de hierro, por ejemplo, y un aumento de la de calcetines de seda, hace más remunerador utilizar los factores no específicos o móviles de que se dispone (la energía eléctrica y el trabajo no calificado, por ejemplo), en la producción de calcetines de seda que en la de hierro. Así pues, los altos hornos tendrán que dejar de funcionar y su complemento de factores definitivamente «específicos» o no móviles — obreros calificados — quedarán desocupados. En otras palabras, una gran cantidad de factores específicos o no móviles quedan anclados en el sector de bienes de producción, se paran en seco y quedan inútiles debido a que su complemento necesario — los

⁴⁰ Hacia «abajo» de la estructura de producción, porque la representa como un triángulo cuya base está constituida por los bienes de consumo y el vértice por los bienes de producción. (N. del A.).

factores no específicos o móviles — han emigrado atraídos por la renovada fuerza del sector de bienes de consumo.⁴¹

Esta concepción de los factores específicos y no específicos explica una buena parte de la cuestión. Esta «parada en seco» de los factores específicos en los escalones superiores del sector de bienes de producción es, después de todo, mucho de lo que podría haberse esperado que sucediera si se hubiera tratado de invertir más dinero del ahorrado. En este caso se habría tratado de obligar al público a ahorrar más de lo que hubiera deseado. Pero como el «ahorro» es justamente un aplazamiento del consumo presente, con objeto de disfrutar más tarde de un consumo mayor por unidad de esfuerzo, si se intenta, mediante una manipulación monetaria, obtener más factores para el sector de bienes de producción de los que el público está dispuesto a conceder a través de sus ahorros, éste, obligado a ahorrar contra su voluntad, tomará su revancha. Es fácil apoderarse de los factores y comenzar así un nuevo proceso de inversiones, pero tan pronto como el nuevo dinero que nos ha servido para apoderarnos de aquéllos llega a manos de los consumidores, éstos interrumpen bruscamente el proceso de inversión en el sector de bienes de producción. Apenas iniciada la construcción de los altos hornos, o aun suponiéndolos ya construidos y en plena producción de acero para las nuevas fábricas, pero sin que éstas estén todavía en condiciones de iniciar sus trabajos, se registra en el sector de bienes de consumo un aumento de la demanda que atrae nuevamente a los obreros, así como a otros factores. Por tanto, las fábricas a medio acabar, lo mismo que los altos hornos completamente terminados, pero ya inútiles, se quedan inactivos en el sector de bienes de producción. Si hubiera habido tiempo para completar el proceso y lograr que las nuevas fábricas comenzaran a producir, podría haberse satisfecho el aumento de la demanda de bienes de consumo; pero el proceso se interrumpe a medio camino, queda, como si dijéramos, suspendido en el aire y tiene que renunciarse al intento de crear los nuevos medios de producción.

⁴¹ Según me parece, Keynes estuvo muy cerca de resolver esta cuestión en su *Treatise on Money*. Considera que una súbita reducción del capital de «operación», como contrapunto al «fijo», es la causa inmediata de la desaparición de la crisis. Por capital de operación entiende justamente estos factores no específicos o móviles: trabajo, fuerza eléctrica y otros semejantes. Por capital fijo entiende los factores específicos. Así pues, es posible decir que la crisis se debe a que el sector de bienes de consumo substrahe una proporción tal del capital de operación del sector de bienes de producción, que el funcionamiento del capital fijo en este último llega a ser imposible. (N. del A.).

Esta es, en síntesis, la respuesta que el Dr. Hayek da a la cuestión de por qué siempre un período de recuperación se transforma en auge, el que, a su vez, se transforma, convulsivamente, en crisis. Resumamos sus puntos de vista. El Dr. Hayek considera que toda recuperación fomentada por un aumento del dinero en circulación, como se fomentan siempre las recuperaciones, se traduce, tarde o temprano, en un auge y luego en una catástrofe. El nuevo dinero coloca a los dos sectores de producción en una situación de lucha por los factores. Inicialmente, el nuevo dinero aumenta la demanda del sector de bienes de producción sin reducir la demanda del de bienes de consumo. En seguida se filtra a éste, lo que provoca un aumento de la demanda de artículos de consumo. En otras palabras, tan pronto como el nuevo dinero llega a los consumidores individuales, habrá una mayor demanda de los bienes de consumo inmediato y esta demanda interrumpirá el proceso de producción en el sector de bienes de producción.⁴²

Pero, puede objetarse, ¿no es posible neutralizar en alguna forma la reacción del sector de bienes de consumo? Sí, sí se puede, y generalmente se neutraliza, durante un tiempo con la emisión de más y más dinero. Así, el sector de bienes de producción estará nuevamente en aptitud de vencer a su rival y la experiencia demuestra que la recuperación y el auge subsecuentes continúan en tanto que las nuevas dosis de dinero hagan que esto sea posible. *Pero cada nueva dosis tiene que ser mayor que la precedente.*

⁴² El lector hallará este argumento muy paradójico. ¿Será posible — podrá objetarnos — que la crisis se deba a una demanda demasiado grande de los artículos de consumo? ¿No es evidente, por el contrario, que las crisis se deban, como con toda razón afirman los partidarios del infra-consumo (por más inadecuados que parezcan sus remedios) a una demanda de artículos de consumo demasiado pequeña para que las ruedas de la industria sigan girando? Esta objeción de sentido común es, hasta cierto punto, correcta, pues descubriremos que lo cierto es que la demanda es demasiado grande para un propósito y demasiado pequeña para otro, que el Dr. Hayek tiene razón al afirmar que la cosa empeora si se aumenta esa demanda y que los partidarios del infra-consumo tienen razón cuando afirman que la situación será imposible si se le disminuye. En otros términos, aquí nos damos cuenta por primera vez del dilema fundamental en el que el sistema capitalista se debate. La discusión integral de este dilema constituye, directa o indirectamente, el tema del resto de estas páginas. (N. del A.).

SUMARIO DEL CAPÍTULO IV

Las crisis consideradas por los economistas burgueses como el castigo por no seguir sus consejos. Las crisis, afirman, son resultados de errores. Es fácil entender cómo los errores pueden hacernos trabajar más intensamente por una remuneración menor; pero ¿cómo es posible que esos errores nos impidan trabajar del todo? El Dr. Hayek y su análisis de la crisis considerado como un nuevo cometa en los horizontes de los economistas anglosajones. El Dr. Hayek atribuye las crisis a causas exactamente opuestas a las que aducen las teorías del infra-consumo. Su explicación del ciclo económico. El hecho de prestar demasiado considerado como el pecado económico original. Posibilidad de «inyectar nuevo dinero» sin elevar el nivel de precios. La inflación disimulada. La inflación como el hurto de los factores se filtra del primero al segundo de esos sectores. La revancha del sector de bienes de consumo. Factores específicos y no específicos. La emigración de los factores no específicos hacia el sector de bienes de consumo paraliza los factores específicos del sector de bienes de producción. El intento de establecer nuevos y mejores, aunque más elaborados métodos de producción, se ve interrumpido por el renovador vigor del sector de bienes de consumo. Recapitulación. Necesidad de aumentar constantemente la dosis de nuevo dinero con objeto de sostener un movimiento inflacionista.

CAPITULO V

¿Demasiado
dinero?
(continuación)

Al terminar el último capítulo llegamos a una conclusión importante. Vimos que el Dr. Hayek afirma que una vez que el movimiento inflacionista ha comenzado, cada nueva dosis de dinero que se inyecte al sistema debe ser mayor que la precedente, para que el sector de bienes de producción pueda neutralizar, si se quiere que este sector logre retener sus factores no específicos, todas las dosis anteriores que para entonces se habrán filtrado ya al sector de bienes de consumo.

El asunto es tan importante que merece ser demostrado cuantitativamente. Supongamos una economía capitalista en la que la demanda total del sector de bienes de producción está representada por £18.000,000 y la del sector de bienes de consumo por £2.000,000. Esto quiere decir que en el primero circulan £18.000,000 y £2.000,000 en el segundo. Para simplificar supongamos que esta comunidad es estática, es decir, que no ahorra nada o, más bien, que ahorra sólo lo suficiente para mantener, pero no para aumentar, su existencia de bienes de producción. Supongamos además, que se hacen algunos inventos y que los banqueros están deseosos de financiarlos. Pero como no es posible convencer a nadie para que ahorre el dinero necesario para la construcción de los establecimientos, los banqueros tienen que crear, digamos £2.000,000 adicionales y prestarlos a los inventores para que puedan comenzar a comprar los terrenos y los materiales de construcción, así como para pagar salarios, etc., etc. Ahora bien, la posición monetaria de la comunidad se ha alterado en la forma siguiente: en el sector de bienes de producción existen

£20.000,000 y en el de bienes de consumo sólo £2.000,000. Es claro que como aquél ha sido reforzado, puede arrebatar a éste algunos obreros (ofreciéndoles más altos salarios) así como otros factores de producción. En otros términos, la fuerza relativa del primero, comparada con la de su rival, ha aumentado, y lo que importa es, justamente, la proporción entre la cantidad de dinero existente en cada sector, siendo indiferentes las cantidades absolutas. Esto quiere decir que la posición seguiría siendo la misma, si en uno hubiera £20.000,000 y en otro £2.000,000; o £40.000,000 en uno y £4.000,000 en el otro; o... £1.000.000,000 en y £100.000,000 en el otro, en tanto que la proporción continuará siendo de 10 a 1. La cantidad absoluta de dinero en circulación sólo determina la altura absoluta del nivel de precios y existe un acuerdo universal respecto a que ésta última, en tanto que no se altere, no tiene la menor importancia para nadie.

Una vez que los inventores obtienen los £2.000,000 adicionales, empiezan a establecer sus fábricas. Pero ¿qué sucederá después? Tan pronto como hayan construido la mitad de sus establecimientos, esto es, tan pronto como hayan gastado la mitad de su dinero (£1.000,000) los consumidores individuales tendrán en sus manos este millón. Ahora bien, pregunta el Dr. Hayek, ¿qué harán los consumidores individuales con ese nuevo dinero? Seguramente lo gastarán, pues debe recordarse que su poder de compra se redujo por el hurto inicial de factores de producción que los inventores pudieron perpetrar gracias a los £2.000,000 adicionales. Los consumidores habían sido obligados a «ahorrar», es decir, a reducir su nivel de vida, ya que sus ingresos continuaron siendo los mismos, no obstante, que los inventores, con el dinero adicional que recibieron, elevaron los precios. Por tanto, cuando este nuevo dinero llega a manos de los consumidores, lo único que les permite es restablecer su antiguo nivel de vida.

Ahora bien, ¿cuál es la situación monetaria de la comunidad una vez que el primer millón adicional se halla en poder de los consumidores individuales y éstos lo gastan? La posición será la siguiente: en el sector de bienes de producción habrá £19.000,000 y en el de bienes de consumo £3.000,000. La cantidad de dinero en cada sector repetimos, mide la intensidad de la demanda en cada uno de ellos. Por tanto, lo que importa no es, de ninguna manera, la cantidad absoluta existente en cada sector, sino la proporción entre ellas. La proporción original era de 18 a 2 ó 1/9. Cuando los inventores reciben el nuevo dinero, la proporción llega a ser de 20 a 2 ó 1/10; pero después de que el nuevo dinero se ha filtrado al sector de

bienes de consumo, la proporción es de 19 a 3. *El dinero existente en el sector de bienes de consumo llega a representar una mayor proporción respecto del dinero que existe en el sector de bienes de producción de la que representaba inmediatamente después de la inyección del nuevo dinero*, pues la proporción inicial era de 2/18, ó .11. Inmediatamente después de la inyección de nuevo dinero se convierte en 2/20, ó .1. Finalmente, después de que la mitad del nuevo dinero ha llegado al sector de bienes de consumo se convierte en 3/19, ó .156. La proporción del dinero del sector de bienes de consumo se ha elevado de .1 a .156.

Es más, la proporción que ahora representa el dinero del sector de bienes de consumo es, en realidad, más alta de la que existía originalmente, antes del intento de reforzar el sector de bienes de producción con £2.000,000 adicionales. Originalmente, el sector de bienes de consumo tenía sólo .11 del dinero de la comunidad. Ahora posee .156.

Esto, precisamente, es lo peligroso. Significa que los inventores no pueden seguir construyendo sus establecimientos, pues ya no podrán seguir luchando con el sector de bienes de consumo. Es más, los £3.000,000 ahora existentes en éste último, harán que los obreros, así como otros factores no específicos regresen a sus viejas tareas de fabricación de artículos de consumo. Los inventores se darán cuenta de este proceso por un inesperado y considerable aumento de los precios de todo lo necesario para su trabajo. Todas sus estimaciones caerán por tierra y se convencerán de que es completamente imposible concluir las nuevas fábricas. Tendrán que recurrir a sus banqueros y decirles que lo sienten mucho, pero que debido a la elevación totalmente imprevista de los precios necesitan un poco más de dinero.

¿Cuánto más? Ya hemos visto que los £2.000,000 adicionales concedidos al sector de bienes de producción crearon, al principio, una relación de 10 a 1 entre los dos sectores. Por tanto, si se quiere que el proceso de expansión siga adelante, será del todo necesario mantener esa proporción entre las cantidades de dinero que posee cada sector. De otra manera la ventaja será para el sector de bienes de consumo y la expansión llegará a ser, una vez más, imposible.

La primera cosa que los banqueros deben hacer, pues, es restablecer la proporción de 10 a 1. Pero como la relación ha llegado a ser de 19 a 3, será menester, para lograr aquel propósito, inyectar al sector de bienes de producción el dinero necesario. ¿Qué cantidad? Como en el sector de bienes de consumo existen ya £3.000,000 para lograr

una proporción de 10 a 1, será necesario que en el otro sector haya £30.000,000; pero como sólo tiene £19.000,000, habrá que inyectarle, por tanto, no menos de £11.000,000 adicionales con objeto de que el proceso de expansión continúe.

Veamos ahora qué es lo que sucede, cuando la mitad de esta segunda dosis de nuevo dinero se gasta y se filtra, por tanto al sector de bienes de consumo. Inmediatamente después de que la segunda dosis ha sido aplicada, la posición es la siguiente: £30.000,000 en el sector de bienes de producción y £3.000,000 en el otro, o sea una proporción de .1 para el sector de bienes de consumo. Después de que £5.500,000 de la segunda dosis han sido gastados, se establece una proporción

8.5

de £24.500,000 a £8.500,000, o bien ———, o bien .34.

24.5

El sector de bienes de consumo obtiene, pues, una altísima proporción del dinero de la comunidad. Si se quiere que la expansión continúe o, *más bien, si se quiere evitar, dado el estado de cosas a que se ha llegado, una contracción del sector de bienes de producción a un nivel muchísimo más bajo del que tenía originalmente*, tendrán que adoptarse medidas drásticas. ¿Qué cantidad de dinero requerirá ahora para restablecer la indispensable proporción de 10 a 1? Como el sector de bienes de consumo dispone ya de £8.500,000, el de bienes de producción debería tener £85,000.00 pero como sólo tiene £24,500.00, será necesario, para restablecer la proporción de 10 a 1, inyectarle nuevamente £60.500,000.

Y así sucesivamente. Las dosis de nuevo dinero necesarias para que la expansión continúe pronto llegan a ser más grandes. Naturalmente, el proceso no se desarrolla tan rápidamente como en el ejemplo esquemático que hemos elegido, pues hemos supuesto, para simplificar, que: (a) la comunidad no ahorra voluntariamente,⁴³ y (b) que el proceso inflacionista se inicia con la maciza dosis de £2.000,000 adicionales, maciza, es decir, con relación a una pequeña economía, cuya circulación total sólo es de ... £20.000,000. Lo más probable, por otra parte, es que las inyecciones de nuevo dinero no se apliquen en dosis sucesivas distintas como lo hemos supuesto con el propósito de comprar su magnitud. Lo más seguro es que el flujo

⁴³ Como ahora podemos ver, los ahorros voluntarios son una forma de obtener dinero en el sector de bienes de consumo para el sector de bienes de producción, mejorando de este modo la fuerza relativa del último, sin necesidad de aumentar la cantidad de dinero en circulación. (N. del A.).

de nuevo dinero sea constante, ininterrumpido, aunque cada vez más rápido. No obstante ello, la simplificación que hemos hecho no afecta nuestra tesis.

Lo que hasta aquí hemos demostrado es: (a) que con objeto de sostener el proceso de expansión, iniciado no con un aumento de los ahorros voluntarios, sino con una dosis de dinero adicional, se requieren dosis cada vez mayores. Y (b) que cuando este proceso de inflación se detiene, la situación no sigue siendo la misma que se crea después de que la última dosis de dinero fue administrada; *ni se vuelve tampoco a la situación existente antes de que la primera dosis fuera aplicada*; la situación «empeora» considerablemente en el sentido de que se hace más difícil que antes toda posibilidad de expansión.⁴⁴

Esta es, en síntesis, la respuesta de nuestra pregunta de por qué un movimiento inflacionista provoca la crisis tan pronto como se detiene. Un movimiento inflacionista, en último análisis, no es más que un método especial de ampliar el sector de bienes de producción a expensas del de bienes de consumo; pero es un método que tiene el gran inconveniente de que en el momento en que su aplicación a escala siempre creciente se detiene, produce efectos contrarios, es decir, refuerza considerablemente el sector de bienes de consumo a expensas del de bienes de producción.

Pero hasta ahora no hemos dado ninguna razón de por qué el proceso inflacionista debe detenerse. ¿Por qué, puede preguntarse, no seguir inyectando al sistema dosis de dinero cada vez mayores? Si este procedimiento perpetúa el auge, ¿qué hay, entonces, de malo en él? Una respuesta que nos dijera que porque nos conduce a una ilimitada, indefinida y siempre más rápida elevación del nivel de precios, que porque nos conduce a lo que Durbin, por ejemplo, califica, lleno de alarma, «una alta inflación», no sería una respuesta correcta, pues ¿qué importa, podemos contestar, «una alta inflación» si lo único que hace es perpetuar las condiciones del auge? Eso sería alarmarse con el nombre de las cosas.

Sin embargo, meditando esta cuestión veremos que no es posible llevar adelante, indefinidamente, un aumento cada vez más acele-

⁴⁴ Vemos también que, de acuerdo con el Dr. Hayek, un proceso de expansión, lo que para él significa recuperación y auge, es un desarrollo relativo del sector de bienes de producción a expensas del de bienes de consumo. No será sino hasta el final de la cuarta parte cuando veremos con claridad lo que el Dr. Hayek entiende por esto y sólo entonces, también, podremos apreciar el sentido en el cual su opinión es correcta. (N. del A.).

rado de la cantidad de dinero y un nivel de precios cada vez más rápidamente ascendente. Semejante política aplicada hasta su conclusión lógica, como lo hizo realmente el gobierno alemán en los años siguientes a 1920, llega a su límite cuando el nivel de precios se eleva tan rápidamente que el dinero deja de ser un medio de pago efectivo. Pero, puede objetarse, y con ello volvemos a un punto importante, no se trata de seguir inyectando más dinero hasta que se llegue a esa condición desastrosa. Existe indudablemente un límite, se dice, en el que todo inflacionista o «reflacionista» prudente se detiene, y *ese límite es aquél en el que todos los factores de la producción están ocupados en un sector o en otro*. El análisis del Dr. Hayek, se nos dice, puede ser correcto en la hipótesis de que todos los factores estén ocupados. En este caso, sin duda, es exacto que un sector no puede aumentar su producción si no es a expensas del otro. Sin embargo, nada es más notorio que en las primeras etapas de la recuperación no todos los factores están ocupados. ¿Por qué, pues, no seguir inyectando al sistema más dinero hasta que se logre una completa ocupación? Una vez suspendidas las inyecciones, se podrá «estabilizar la prosperidad».

Estos razonables consejos desconocen, sin embargo, la naturaleza del argumento del Dr. Hayek. Como hemos visto, el Dr. Hayek sostiene que una vez que se ha inyectado dinero, es decir, una vez que se ha permitido que la inversión exceda a los ahorros, la crisis se producirá en cualquier fase del movimiento ascensional en que las inyecciones se suspendan. La crisis se presentará si se suspenden antes de que todos los factores estén ocupados, si se suspenden cuando todos lo estén o después que se ha iniciado la lucha entre los dos sectores por la posesión de esos factores, pues inmediatamente que se suspendan, el volumen de las inversiones desciende hasta nivelarse con el volumen de los ahorros voluntarios. La intensidad relativa de la demanda de cada uno de los sectores, sufrirá un cambio brusco, pues la del sector de bienes de producción se reduce súbitamente y la del sector de bienes de consumo aumenta. Por consiguiente, será menos costeable emplear a los obreros en producir acero, (es decir, en la fabricación de bienes de producción) que emplearlos en producir calcetines de seda. Por tanto, los altos hornos quedarán inactivos, independientemente de que durante el período anterior los factores hayan o no estado totalmente ocupados. Es este brusco cambio de la dirección de la demanda, que se deja sentir cuando se suspende la provisión de nuevo dinero al sector de bienes de producción y cuando las provisiones anteriores están reforzando

la demanda del de bienes de consumo, el responsable del daño. El sistema de producción no puede ajustarse fácilmente a este brusco cambio de la dirección de la demanda. Durante el auge, el sistema estaba preparado para satisfacer cierto tipo de demanda. Por tanto, no puede cambiar rápidamente para satisfacer otro. O, más bien, sólo puede cambiar mediante la convulsión que nosotros llamamos crisis. La demanda es como el viento que impulsa el barco a lo largo del viaje de la producción. El cambio de su dirección debido a la suspensión de las inyecciones de nuevo dinero es, por tanto, como un cambio del viento tan brusco que el barco de la producción se *va a pique*; una gran cantidad de factores específicos del sector de bienes de producción se para en seco y comienza a aparecer una masa de desocupados, etc., etc. Y lo que es innegable es que cuanto mayor sea el auge gracias a las continuas inyecciones del nuevo dinero, más grave será la caída cuando, a la larga, haya necesidad de suspenderlas.

La falta de una clara comprensión de este aspecto del razonamiento del Dr. Hayek es, en parte por lo menos, lo que hace aparecer su tesis un tanto irreal.⁴⁵ El Dr. Hayek parece sugerir que la crisis y la depresión son inevitables debido a que la escasez de los factores de producción no sólo impide seguir produciendo en el sector de bienes de producción en la escala en que se venía haciendo, sino satisfacer la demanda de bienes de consumo que no ha sido reducida por los ahorros voluntarios. Todo esto parece estar muy lejos de la realidad que vivimos en estos momentos, con su crónica superabundancia de factores desocupados. Sus críticos sostienen que todos los factores de la producción están ocupados, si acaso, en el momento más culminante del auge. Por otra parte, como sucedió en Inglaterra en 1929, la crisis se presenta a menudo antes de que todos los factores de la producción estén ocupados. La descripción del Dr. Hayek, sin embargo, debe ser considerada, a mi modo de ver como un intento para descubrir los elementos «reales» de la situación que precipitarían la crisis si las autoridades financieras persistieran en una política de «expansión de crédito», de «estabilización del nivel de precios», o como dice él con tanta rudeza, de «inyecciones de nuevo dinero al sistema».

El mérito de su argumento consiste en que demuestra por qué la crisis debe llegar, en fin de cuentas, por más que los banqueros se empeñen en posponerla inyectando más y más dinero. Ello no

⁴⁵ Me parece que ni E. F. M. Durbin, un discípulo escrupuloso más bien que un crítico, ha comprendido correctamente esta cuestión (N. del A.).

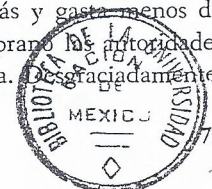
quiere decir, sin embargo, que todos los movimientos ascensionales apoyados en las deleznales bases de la expansión de créditos se prolonguen, de hecho, hasta cuando todos los factores de producción llegan a estar completamente ocupados, y hasta cuando comienza a plantearse entre los dos sectores una lucha por esos factores, provocando así, una elevación siempre más rápida del nivel de precios. Por el contrario la mayor parte de los movimientos ascensionales se detienen antes de este momento, pues intervienen consideraciones puramente financieras. En otras palabras, los banqueros pierden su acometividad, ya que saben por experiencia que si insisten en salvar la situación mediante dosis de nuevo dinero cada vez mayor, la crisis, cuando sobreviene, será más aguda. Las reglas empíricas que ellos mismos han establecido, las proporciones entre el efectivo y los depósitos, por ejemplo, constituyen un obstáculo. (Aunque una expansión apropiada controlada por el Banco Central siempre puede, como pudo en Estados Unidos en los años que siguieron a 1920, suprimir ese obstáculo).

Generalmente, aunque no siempre, los banqueros vacilan antes de que el auge haya llegado realmente a su último límite. Comienzan a perder su presencia de ánimo, abandonan su posición de ataque, restringen el crédito. Por supuesto que no se imaginan siquiera que al hacer eso se echan encima todo el castillo de naipes que han construido. Creen que lo único que hacen es frenar el ritmo «turbulento» y «poco saludable» de la expansión y que restablecen un ritmo de progreso que, aunque más lento, es más ordenado. Pero la posición en que ahora nos encontramos nos permite ver que en el instante en que dejan de inyectarse cantidades de dinero cada vez más grandes, medio al que se ha recurrido para conservar la supremacía del sector de bienes de producción, el otro platillo de la balanza cae violentamente; el sector de bienes de consumo, reforzado con todas las inyecciones anteriores que ha ido recibiendo por filtración, obtendrá una decisiva ventaja. La dirección de la demanda, a la que el sistema debe ajustarse, cambiará repentinamente. El sector de bienes de producción se quedará sin factores no específicos. La crisis no tardará en hacerse sentir.

Estas consideraciones explican el hecho de que la crisis parece generalmente precipitada por la deliberada acción de los bancos al restringir o, por lo menos, al dejar de ampliar la circulación. Hawtrey, Keynes y otros ya nos habían explicado todo esto antes de que el Dr. Hayek nos lo explicara. Aquellos autores nos habían demostrado ya cómo sobreviene la crisis diciéndonos que los banqueros no

tienen más salida que precipitarla en esta forma. Sus explicaciones, siendo puramente monetarias, nunca fueron muy convincentes, ya que nos demuestran por qué el auge no puede durar indefinidamente si los banqueros conservan su presencia de ánimo, y se decidieran a romper sus propias reglas acerca de las proporciones entre el efectivo y los créditos, emitiendo simplemente más y más dinero. El mérito del análisis del Dr. Hayek es haber demostrado en términos no de dinero, sino de mercancías reales, por qué es imposible estabilizar las condiciones del auge con la suspensión de las inyecciones de nuevas cantidades de dinero en el momento apropiado, y por qué es imposible continuar indefinidamente emitiéndolas cada vez mayores; pero es esto también lo que da a su análisis su aspecto de irrealidad al describirnos lo que pasaría si las cosas fueran llevadas a su último extremo, más bien que lo que acontece en la práctica.

Por ahora hemos terminado la parte principal de nuestra tarea. Hemos visto por qué, de acuerdo con el Dr. Hayek, el auge, basado como siempre lo ha sido en inyecciones de nuevo dinero, es decir, en un tipo de inversión superior al de los ahorros, provoca esos resultados de gravedad indescriptible. Las otras fases del ciclo siguen su curso natural. Después de la crisis sobreviene un período de aguda postración económica. El hecho de que muchos de los factores no específicos del sector de bienes de producción se queden sin empleo provoca una depresión secundaria en el sector de bienes de consumo en vista de que millones de obreros se quedan sin salario y miles de capitalistas sin dividendos. No hay necesidad de describir aquí las desastrosas y más lejanas reverberaciones de la crisis, pues es muy fácil explicarlas una vez explicado el *crash* inicial en las industrias de bienes de producción. Una crisis es, pues, desde este punto de vista, el intento convulsivo del sistema para readaptarse a un cambio de la demanda y esta adaptación es convulsiva y periódica en lugar de suave y constante, debido a que el verdadero carácter ha sido desvirtuado por la emisión del nuevo dinero durante el auge y la recuperación. Lo que los banqueros hacen cuando dejan que la circulación monetaria aumente es, en efecto, dejar que la demanda de bienes de producción parezca, en proporción a la demanda de bienes de consumo, mucho mayor de lo que realmente es. (Esta es, meramente, una forma de decir que los banqueros tratan de hacer aparecer que el público ahorra más y gasta menos de lo que realmente ahorra y gasta). Tarde o temprano las autoridades financieras tienen que acabar con esta apariencia. Desgraciadamente,



el sistema de producción ha sido arreglado para satisfacer una demanda falsificada y retorcida. Por ello la violenta readaptación de una crisis llega a ser inevitable.

Después de una crisis sobreviene un período de depresión. ¿Cómo salir de ella? Se sale, dice el Dr. Hayek, recurriendo a métodos de producción más simples, más directos y más laboriosos que impone la relación real entre los ahorros y los gastos. Recuérdese que la demanda del sector de bienes de producción ha sufrido un descalabro. La demanda del sector de bienes de consumo sigue existiendo aunque, como en toda crisis severa, también se ve afectada, como hemos visto, por reacciones secundarias. Gradualmente los factores no específicos comienzan a desplazarse desde lo alto de la estructura de la producción, es decir, desde los elevados escalones del sector de bienes de producción hacia los más inferiores del de bienes de consumo. Los factores específicos simplemente «encallan». La nueva estructura de producción, más pequeña, con su sector de bienes de producción más pequeño y con su sector de bienes de consumo relativamente más grande, comienza a tomar forma. Una crisis es, dice el Dr. Hayek, «una transición a métodos de producción menos capitalista». Es decir, una crisis es la reconstrucción del sistema productivo, a través de la cual el sector de bienes de producción se hace más pequeño y el de bienes de consumo más grande. Los capitalistas empiezan a descubrir que resulta provechoso emplear obreros dentro de los métodos de producción más directos y más breves, no obstante que es incosteable emplearlos dentro de los más indirectos y más largos. La ocupación, aunque, como podrá notarse, una ocupación de clase diferente a la que existía en el auge, empieza a reanimarse.⁴⁶

¿Qué ha sucedido, ahora, con el tipo de ahorros? Es probable que durante la crisis, han caído muy bajo. Aún en las primeras etapas de la recuperación, no podrá ser alto. No obstante, como ya sabemos, el tipo de inversión debe mantenerse por abajo de ese punto, a menos que se quiera caer nuevamente en la serie de vicisitudes en que se cayó antes. Esto quiere decir que la recuperación tendrá que ser lenta, a menos que se haga algo para apresurarla. Hemos

⁴⁶ Pero como veremos en el próximo capítulo, el Dr. Hayek no cree que ésta sea una solución. Cree que si se quiere lograr un mejoramiento substancial es absolutamente indispensable aumentar la magnitud relativa del sector de bienes de producción; pero sin inyectarle nuevo dinero, sino tomándolo del sector de bienes de consumo y dándolo a aquél. No objeta el propósito de un movimiento inflacionista, lo único que objeta es el método. (N. del A.).

aquí, pues, de regreso al mismo punto del ciclo del que partimos. Las autoridades financieras considerarán, sin duda, que es un deber elemental de su parte violentar la recuperación, ampliando el crédito a los productores de bienes de producción, aunque ello signifique, en vista de la insuficiencia de los ahorros, un aumento de la cantidad de dinero en circulación. Las autoridades financieras, se lamenta el Dr. Hayek, no vacilarán para conceder nuevos créditos, colocándonos, una vez más, en la senda que nos conduce al próximo auge y a la próxima crisis.

En los dos capítulos siguientes ofreceremos una crítica de este análisis; pero debemos apresurarnos a asegurar al lector que el sentimiento de insatisfacción que sin duda comienza a experimentar está perfectamente justificado. El lector objetará que aunque el análisis del Dr. Hayek es a la vez elegante y luminoso, no parece ser una explicación *suficiente* de estos fenómenos de sacudimiento mundial que llamamos crisis capitalistas. Lo que dice el Dr. Hayek, puede ser verdad y, sin duda, explica mucho; pero ¿podría decirse que es una teoría suficientemente *substancial* para explicar las crisis capitalistas? La teoría de Hayek sólo es, después de todo, una teoría de desproporciones. Es una explicación de cómo surgen las desproporciones entre la magnitud de los dos sectores de producción, en relación a la demanda de sus productos característicos. No hay duda de que esas desproporciones existen periódicamente y no es difícil convenir con el Dr. Hayek, que surgen debido a que el dinero, el medio circulante, en lugar de ser un instrumento pasivo del cambio de mercancías, asume un papel activo falsificando, así, la verdadera naturaleza de la demanda.

¿Será posible creer que las crisis capitalistas *consisten* en esas desproporciones? Las crisis son, seguramente, algo más que eso. La fase del ciclo que llamamos depresión y que se caracteriza por la desocupación de factores en ambos sectores de la producción ha sido tan larga en los ciclos recientes, que sentimos una gran dificultad para suponer que pueda ser, meramente, el resultado de un aplazamiento en la redistribución de esos factores entre los sectores con objeto de hacer frente a la verdadera demanda de los consumidores.

¿Acaso los fenómenos observados no nos revelan constantemente que interviene un factor cuantitativo perturbador? ¿Acaso la única y principal causa es que el sistema de producción ha dejado de coincidir con la demanda? ¿Acaso la demanda es hoy día, por algún

motivo, cuantitativamente inadecuada⁴⁷ para hacer funcionar el sistema a toda máquina? Por circunstancias de hecho, es casi imposible no descubrir que en la actualidad existe una falla progresiva, cualesquiera que ella sea, de la fuerza motora que hace funcionar el sistema. Existe una sensación inequívoca de que la máquina comienza a descomponerse. Es verdad que la descompostura no es permanente. Por un tiempo marcha comparativamente bien, luego se detiene con una sacudida para después comenzar de nuevo. El Dr. Hayek parece haber explicado correctamente las «paradas» y «arranques» de este proceso. Nos ha explicado por qué las crisis del sistema toman una forma oscilatoria; pero sentimos que no nos ha explicado la existencia de la crisis misma.

Pero especialmente, el Dr. Hayek no nos ha explicado por qué la tentación de inyectar más dinero al sistema es actualmente tan grande. No serviría de nada decir que esta tentación es tan grande porque abrevia la depresión. Lo que se necesita decir es por qué existe ésta última. Si Hayek nos dijera que porque la última depresión fue liquidada en esta forma inconveniente, entonces debemos retroceder a todos los ciclos anteriores que el sistema ha padecido y veremos que el mismo Dr. Hayek afirma que hace cien años no se adoptaba, por lo menos con la amplitud con que se adopta ahora, el desastroso expediente de la inflación.

El Dr. Hayek ha demostrado con toda claridad el carácter pernicioso de la droga inflacionista. Nos ha demostrado exactamente cómo daña la constitución del paciente, pero no nos ha demostrado por qué el paciente cada vez siente más la necesidad de esta droga. Es que en el problema debe existir un elemento vital que el Dr. Hayek no toma en consideración.

SUMARIO DEL CAPÍTULO V.

Importancia de la conclusión acerca de la necesidad de dosis de nuevo dinero siempre más grandes. Ilustración cuantitativa. Todo lo que importa es la cantidad proporcional de dinero que existe en cada sector. La cantidad absoluta es indiferente. La última etapa

⁴⁷ Como dice el profesor Robbins en el pasaje que citamos en el capítulo primero, existen «discrepancias entre la oferta y la demanda totales», que necesitan explicación. (N. del A.).

de la inflación es siempre peor que la primera. Necesidad de un rápido aumento de la magnitud de las dosis de nuevo dinero. Inevitabilidad de la crisis en el momento en que esta dosificación siempre acelerada se suspende. Pero ¿por qué suspenderla? ¿Por qué no mantener un auge perpetuo? ¿Por qué no una «alta inflación»? El dinero deja de funcionar si el nivel de precios se eleva con mucha rapidez. ¿Por qué no detenerse cuando todos los factores están ocupados? Inevitabilidad de la crisis en cualquier momento en que nos paremos. El súbito cambio de la dirección de la demanda del sector de bienes de producción hacia el de bienes de consumo. El viento de la demanda y el barco de la producción. Inevitabilidad del hundimiento. El análisis del Dr. Hayek parece más bien una descripción de lo que sucedería si los banqueros no vacilaran, que una descripción de lo que sucede realmente. En la práctica los banqueros pierden su presencia de ánimo. Análisis demasiado monetario de Hawtrey y de Keynes. El mérito del análisis de Hayek es haber puesto al descubierto los factores reales que constituyen un límite en oposición a los monetarios. La definición de crisis del Dr. Hayek: «una transición a métodos de producción menos capitalistas»; es decir, una reconstrucción de la estructura de la producción sobre una base más amplia. El principio del nuevo ciclo. Insuficiencia del análisis del Dr. Hayek. Ausencia de todo factor cuantitativo. Las crisis capitalistas no son meramente un reajuste retrasado frente a un cambio de la demanda. El Dr. Hayek explica la forma oscilatoria de la crisis, pero no la crisis misma.

CAPITULO VI

Dos
formas
de
restablecer
las
ganancias

En el último capítulo hicimos observar que el Dr. Hayek considera que el error inflacionista de establecer un tipo de inversión superior al de los ahorros era inevitable. Pero esto no quiere decir que llegue a desesperarse por esa actitud de los banqueros y políticos que bien pueden llegar a entender y adoptar sus puntos de vista. El único medio, como se recordará, de que los banqueros disponen para mantener el tipo de inversión por abajo del tipo de ahorro es hacer que coincida el tipo de interés con el tipo «natural» o de «equilibrio», tipo al cual no hay necesidad de crear nuevo dinero para satisfacer la demanda del mismo, ya que con ese tipo el ahorro ordinario del público bastará para satisfacerla íntegramente.

Ahora bien, el único medio de que disponen los banqueros para saber si el tipo de inversión se mantiene por abajo del tipo de ahorros es observando si la circulación efectiva total de dinero aumenta o no. Por tanto, este elemento — «circulación total» o «cantidad total» de dinero — es extraordinariamente importante. ¡Y cuál no será, pues, nuestro desconcierto al enterarnos de que esa cantidad es completamente indeterminable!⁴⁸ El Dr. Hayek aclara que los banqueros nunca podrán llegar a controlar la cantidad de dinero y nunca podrán conocer cuál es esa cantidad, ni siquiera saber con seguridad si aumenta o disminuye. En primer lugar (como ya lo

⁴⁸ En el último capítulo de *Prices and Production*, particularmente en las págs. 90-108. (N. del A.).

observamos arriba), el Dr. Hayek define el dinero en una forma extraordinariamente amplia. Dentro de este concepto comprende el efectivo, los depósitos bancarios, los créditos comerciales de todas clases y, de hecho, «cualquier cosa que sirva como dinero, aun si sirve sólo temporalmente».⁴⁹ Además, la cantidad de dinero debe considerarse siempre en relación con la velocidad de su circulación. En otras palabras, un aumento súbito de la velocidad de la circulación puede, sin que los banqueros se den cuenta, compensar con exceso una reducción de la cantidad total de dinero de todas clases decretada por ellos. Nadie que lea la exposición del Dr. Hayek pondrá en duda su conclusión acerca de que «el tipo de interés natural o de equilibrio... no puede descubrirse.» Ahora, pues, nos damos cuenta de toda la fuerza de la afirmación acerca de que el «error» principal de los banqueros al prestar más de lo que el público ahorra, es inevitable. Los banqueros operan con cantidades incalculables, que, por lo demás, no pueden controlar del todo. El mejor consejo que el Dr. Hayek les da es mantenerse siempre dentro de una zona de seguridad: «los banqueros, dice, no deben temer, aun durante los momentos de depresión general, que la producción se vea restringida por su exceso de prudencia».

Esta conclusión es de considerable interés para nosotros, pues nos permite preguntar al Dr. Hayek si cree que las crisis son o no una consecuencia inevitable del sistema capitalista. Su respuesta sería, así lo supongo, que lo son y lo serán siempre, debido a las complicaciones introducidas por la necesidad de usar el dinero y el crédito. Estimo que él no cree simplemente que las crisis sean un resultado inevitable de la falibilidad de los seres humanos que manejan el sistema; nos da a entender, más bien, que la existencia del dinero y del crédito, la existencia de un medio de cambio, que en sí mismo es una característica inseparable del capitalismo, introduce perturbaciones inevitables dentro del sistema.

⁴⁹ El Dr. Hayek da también una explicación que demuestra que «la cantidad de dinero» depende, para fines prácticos, de un concepto un poco complejo que él llama «el coeficiente de las transacciones monetarias». Nosotros sólo necesitamos hacer notar que lo que nos interesa es el volumen de dinero que una comunidad necesita para mover determinada cantidad de bienes a través de todo el proceso de la producción. Esta cantidad depende del número de veces que los bienes cambian de manos, mientras se transforman de materias primas en artículos totalmente acabados. En otras palabras, depende de la integración o de la pulverización de empresas. En el capítulo II vimos que las cuestiones monetarias se afectaban profundamente con el sistema de compra y venta dentro del proceso mismo de la producción. El menosprecio de este proceso es uno de los errores del Mayor Douglas. (N. del A.).

El Dr. Hayek afirma (pág. 110) que la teoría del equilibrio se basa tácitamente en el supuesto del trueque. La tarea de la teoría monetaria es «cubrir una segunda vez todo el campo» y mostrarnos «qué cambios son los que hay que hacer en las conclusiones de la teoría pura debido a la introducción del cambio indirecto». El Dr. Hayek ha demostrado concluyentemente que la idea de varios comunistas burgueses acerca de que si el nivel de precios se mantuviera constante las perturbaciones introducidas por el dinero serían eliminadas, es una ilusión un tanto elemental. El mismo cree, es verdad, que en la teoría pura existe una posibilidad de eliminar las influencias perturbadoras del dinero. Esa posibilidad sería la de mantener permanentemente fija la cantidad de dinero de todas clases que hay en circulación. Su propio análisis del concepto de la cantidad total de dinero en circulación, demuestra cuán remota es esta posibilidad. Dicha posibilidad sólo podría existir suponiendo omnipotentes a los banqueros para compensar exactamente todos los cambios de la velocidad y del coeficiente de las transacciones monetarias con expansiones y contracciones de crédito exactamente iguales y contrarias. Y aún así, una circulación fija del dinero sólo podría darnos lo que el Dr. Hayek llama un «dinero neutral». Un dinero, es decir, que interviniera en el cambio de las mercancías en forma perfecta y pasiva, sin influencias propias.

Henos aquí ante la idea de que el dinero es un velo que, aunque indispensable, mistifica y oculta las relaciones de los innumerables compradores, vendedores, productores y asalariados del sistema. Su uso es indudablemente, a pesar de que la más simple de las economías capitalistas no puede concebirse sin él, una de las cosas que hacen imposible mantener el equilibrio del sistema.⁵⁰

El hecho de que el Dr. Hayek considere el pecado original de prestar demasiado como fatal e inevitable, no impide, sin embargo, considerar la cuestión de cuál sería la naturaleza del capitalismo si fuera posible evitar este gravísimo error. Apenas planteada esta cuestión, puede verse que de toda la argumentación del Dr. Hayek, se concluye lógicamente que un capitalismo de tal naturaleza no conocería las crisis. Sería estable. Estaría en equilibrio constante. Sería el capitalismo descrito en los tratados de los economistas del equilibrio porque, después de todo, el Dr. Hayek es un economista ortodoxo del equilibrio, que acepta todos los conceptos y categorías

⁵⁰ La naturaleza del dinero se dilucida en el capítulo XX.

fundamentales de esa escuela. El Dr. Hayek se ha especializado, simplemente, en este «tema especial» embarazoso y aislado de la teoría monetaria y del análisis de la crisis. Su conclusión es que la teoría del equilibrio es perfectamente correcta, sólo que las cosas no se ajustan a ella porque es imposible impedir que el medio de cambio pervierta y oculte la verdadera naturaleza de la demanda. Si el volumen de las inversiones pudiera mantenerse constantemente igual al volumen de ahorros y si la cantidad y velocidad del dinero de todas clases no sufrieran alteraciones, el capitalismo sería estable y el ciclo económico y las crisis serían cosas que nunca podrían ocurrir.

Esta conclusión es de la más alta importancia. El Dr. Hayek cree que la condición del equilibrio capitalista es la igualdad entre los ahorros y la inversión *con una cantidad permanentemente fija del dinero en circulación*. A primera vista el lector creará, como creyó la mayor parte de los economistas burgueses cuando el Dr. Hayek la enunció por primera vez, que esta conclusión implica una absurda exigencia deflacionista.⁵¹ Lo que esa conclusión quiere decir es que si en un momento dado, la cantidad total de dinero de todas clases es, digamos, de millones de libras, no deberá permitirse nunca que aumente ni con una libra, a pesar de que la producción aumente considerablemente. Aún más: significa que si durante un período de recuperación económica la velocidad de la circulación aumentara, digamos 25%, los bancos deberán reducir realmente el volumen del dinero en una cantidad suficiente para compensar exactamente ese aumento de la velocidad. No debemos sorprendernos, pues, que un colega muy alarmado califique de «deflacionistas sádicos» a los partidarios de la escuela del Dr. Hayek. A pesar de todo y a no ser que el razonamiento de Hayek puede ser destruido, esta conclusión es inevitable.

¡Qué situación tan extraordinaria resultaría, pues, de la adopción del específico del Dr. Hayek! Tan pronto como cualquier signo de

⁵¹ En realidad esa conclusión parece contradecir la propia explicación de su autor. He aquí cómo se formuló inicialmente en *Prices and Production* (pág. 91). «Prima facie, creo que haríamos bien en suponer que la cantidad de dinero debería ser más bien invariable para ser neutral en este sentido. La cuestión reside en saber si esto es posible». El lector que sienta las complicaciones que introduce el cambio extranjero entre comunidades capitalistas «abiertas», con diferentes clases de moneda, debe consultar las páginas siguientes de *Prices and Production*. El Dr. Hayek elimina estas cuestiones hábilmente, considerándolas sin importancia para el asunto a discusión. (N. del A.).

vigor económico apareciera, los banqueros, con objeto de mantener la inversión al nivel de los ahorros, tendrían que elevar el tipo de interés para restringir el crédito, matando con ello la recuperación en el mismo momento en que se inicia. ¿No están, pues, ampliamente justificados los críticos del Dr. Hayek al decir que si su específico fuera adoptado, el capitalismo quedaría reducido a un estado de postración económica permanente, en el cual toda recuperación sería imposible? «Puede ser cierto», podrían aducir sus críticos, «que la política del Dr. Hayek elimine las crisis, aunque a costa de eliminar también toda posibilidad de recuperación. Es posible que el Dr. Hayek pudiera evitar el colapso periódico del sistema, pero a costa de una depresión permanente». ¿Tiene el Dr. Hayek un argumento para esta crítica tan atinada? Creo que lo tiene, aunque, por razones muy comprensibles, no lo enuncia con todo su vigor acotumbrado. El Dr. Hayek está en favor de una política extremadamente deflacionista⁵² y antiexpansionista, con objeto de prevenir que el volumen de las inversiones sea superior al volumen de ahorros. ¿Pero no existirá alguna otra forma, además de la contracción de las inversiones, mediante la cual estos dos términos pudieran moverse paralelamente? Seguramente que la hay: el aumento del volumen de los ahorros.

¿Cómo podrá, pues, aumentarse el volumen de ahorro genuinamente voluntario de la sociedad capitalista? He aquí una cuestión fundamental, pues si los banqueros, deben abstenerse de fomentar la recuperación mediante un aumento directo de las inversiones financieras con dinero nuevo y barato, el único camino que podría conducirnos a ella sería estimular hasta su máximo los ahorros voluntarios. Sólo después de que se ha ahorrado, es cuando puede invertirse legítimamente.

Ahora bien, sólo hay un método efectivo de estimular los ahorros. Ese método consiste en aumentar hasta donde sea posible la desigualdad con que ahora se reparte la riqueza. En el capítulo III vimos que el deseo de Hobson de reducir los ahorros lo condujo a aconsejar la redistribución de los ingresos en dirección del rico al pobre. En la misma forma, exactamente, el deseo de lograr el máxi-

52 Uso aquí el término «deflacionista» en un sentido popular. El Dr. Hayek, así lo supongo, rechazaría la imputación de ser un deflacionista. Es probable que el Dr. Hayek definiera la deflación como una reducción neta del volumen efectivo de circulación y de su velocidad de tal naturaleza que el dinero tendría que dejar de ser «neutral». Y naturalmente, el Dr. Hayek se opone tanto a esto como a cualquier aumento neto de la cantidad de dinero.

mo de ahorros conduce al Dr. Hayek a aconsejar la redistribución de los ingresos en dirección opuesta: del pobre al rico, pues el rico, y especialmente el muy rico, ahorra una proporción incomparablemente más alta de sus ingresos de la que ahorra el pobre.

Así pues, vemos que la proporción del Dr. Hayek para evitar la inflación del crédito y, no obstante ello, lograr un ritmo de las inversiones suficiente para que el sistema salga, gradual pero firmemente de la depresión, es aumentar a su máximo el volumen de ahorros. Esto sólo es posible dejando que el rico acumule más y más, para lo cual no habrá que gravarlos con impuestos ni distribuir sus rendimientos entre los pobres. Pero esto será insuficiente por sí mismo. Será necesario no sólo dejar intactas todas las acumulaciones, sino procurar al mismo tiempo que se realicen con la mayor rapidez. Será necesario, en otras palabras, arreglar las cosas de tal manera que la renta, el interés y las ganancias del rico aumenten todo lo que sea posible. Ahora bien, sólo existe un camino para lograr este propósito: mantener tan bajo como sea posible no sólo los servicios sociales sino también, y sobre todo, los salarios.

Es muy importante darse cuenta de la urgencia de llevar a la práctica con todo rigor estas medidas si se quiere que la política del Dr. Hayek tenga posibilidades de éxito. No hay que olvidar que esta política para hacer salir al sistema del estado de postración en que se encuentra, depende única y exclusivamente del aumento de los ahorros voluntarios. A menos que éstos proporcionen dinero barato y suficiente se tendrá que adoptar una política financiera ultradeflacionista, que abandonar la política del «dinero barato», que elevar los tipos de interés y que restringir el crédito, tan pronto como aparezca el primer síntoma, por imperceptible que sea, de una mayor actividad económica. Como en opinión de todo el mundo, excepto en la del Dr. Hayek y sus discípulos, esto eliminará cualquier posibilidad de recuperación, tendrán necesariamente que hacer todos los esfuerzos para aumentar los ahorros y «legitimar» de este modo las inversiones. Por tanto, será necesario dar al rico la oportunidad de que ahorre pues sólo así podrá obtenerse el dinero para las inversiones. Ello explica la reducción de los gravámenes que pesan sobre aquél y el aumento de sus ingresos por todos los medios imaginables.⁵³ ¿Pero qué es lo que en buen romance signi-

53 Si el lector llega hasta la última página de *Prices and Production* encontrará que el Dr. Hayek atribuye el estancamiento económico prolongado a cosas como la existencia de servicios sociales financiados por un sistema de impuestos inspirados en propósitos de redistribución de la riqueza. Sus partidarios (el profesor Robbins por ejemplo) se han

fica aumentar los ingresos del rico? Significa aumentar sus ganancias, significa hacer que la producción vuelva a ser remuneradora una vez más.⁵⁴ *Por eso resulta evidente que la política real y verdadera del Dr. Hayek para lograr la recuperación no es sino una política para restablecer el tipo de ganancia.* Y como objeto de lograr su propósito nos recomienda reducir los salarios y los servicios sociales.

La política del Dr. Hayek se reduce, pues, a una forma especial de lograr que la industria vuelva a ser remuneradora. Pero ¿a qué se reduce la política opuesta (la «expansionista» o «inflacionista») aconsejadas por las diversas escuelas del infra-consumo? El Dr. Hayek endereza su formidable dialéctica contra el profesor Fisher, Hobson y otros economistas burgueses de menor significación, porque no son partidarios de la medida tan severa de reducir los salarios. La mayor parte de ellos recomienda, por el contrario, inyectar más dinero para elevar el nivel de precios hasta cierta altura alcanzada previamente en uno de los años anteriores y estabilizarlo después permanentemente. Pero como hemos visto, en las condiciones actuales de constante progreso técnico y, por tanto, de constante reducción de costos, esto equivale a un rápido y siempre creciente aumento de las ganancias, ya que éstas *son* la diferencia entre costos y precios. En consecuencia, si mientras los costos se reducen continuamente, los precios se elevan y luego se estabilizan, las ganancias aumentan más y más.

Llegamos pues a la notable conclusión de que la política «expansionista» o como la llamaría el Dr. Hayek con nombre estigmati-

apresurado a decir que la característica más «grave» de los servicios sociales (particularmente la ayuda (*dole*), a los desocupados, por supuesto) es aquélla que se traduce en el mantenimiento de un tipo de salarios por arriba del tipo «natural» o de equilibrio. (N. del A.).

⁵⁴ Pues debe tenerse en cuenta que las diversas subdivisiones en que clasificamos los ingresos del rico, tales como la renta, el interés y aun los altos salarios y participaciones de los técnicos que con él colaboran, dependen, en último análisis, de que la producción misma sea costeable. Así por ejemplo (como los terratenientes americanos lo descubrieron), no podrían obtener su renta si no fuera costeable para los agricultores cultivar sus tierras.

Los técnicos más eminentes no podrían obtener sus 500 guineas de sueldo si los más grandes industriales a cuyas órdenes trabajan no estuvieran en posibilidad de obtener una ganancia de su negocio. El personaje retirado a Cheltenham (como él mismo lo descubrió también en 1931-2) no podía obtener los intereses correspondientes a sus acciones ferrocarrileras preferentes sino cuando ese interés se había obtenido gracias a un funcionamiento costeable de los ferrocarriles. (N. del A.).

zante, «inflacionista», es, al igual que la suya, una política ideada para restablecer el tipo de ganancia. La similitud de estas dos políticas, sin embargo, no se detiene allí. Ambas están ideadas no sólo para restablecer el tipo de ganancia, sino que ambas se proponen lograr este propósito en la misma forma: ambas parten del supuesto de que la única forma de restablecerlo es reducir el poder de compra de los consumidores individuales. La única diferencia consiste en que el método que propone el Dr. Hayek es la reducción de salarios y servicios sociales, en tanto que el que proponen los inflacionistas es la elevación de precios.

Ahora podemos apreciar en toda su amplitud la cuestión que tocamos en una nota anterior. El Dr. Hayek no se opone a la política inflacionista o expansionista porque su efecto inicial sea reducir el poder de compra relativo de los consumidores individuales. El Dr. Hayek está completamente de acuerdo en la necesidad de reducir el ingreso real de la gran mayoría de la población, y si se opone al método inflacionista es, precisamente, porque no logra reducir ese poder de compra en forma efectiva o permanente. A poco tiempo el nuevo dinero, afirma, se filtra sin remedio a las manos de los consumidores individuales.

Es importante entender esta cuestión porque del análisis del Dr. Hayek parece desprenderse la conclusión de que todo iría bien, si *no* se hiciera el intento de reducir el poder de compra de los consumidores individuales. Como lo dijimos en el último capítulo, Hayek considera que las crisis se presentan debido a que la inyección de nuevo dinero falsifica la verdadera dirección de la demanda, haciendo aparecer que el público está ahorrando más y gastando menos de lo que realmente ahorra y gasta. ¿Es que el Dr. Hayek considera entonces que la solución consiste en obedecer las verdaderas exigencias de la demanda, dejar que el sector de bienes de consumo se amplíe o que, por lo menos, sus dimensiones no se alteren con relación a las del sector de bienes de producción? Nada podría estar más lejos de su pensamiento. El Dr. Hayek y los inflacionistas están en perfecto acuerdo respecto a la necesidad de reducir la magnitud relativa de la demanda de los consumidores como el único camino que conduce a la recuperación. Su desacuerdo consiste en que el método inflacionista sólo parece lograr, o más bien, logra este propósito precaria y temporalmente. La política de Hayek de tomar directamente el dinero de los consumidores individuales y prestarlo a los productores de bienes de producción está ideada para lograr el mismo propósito, sólo que en forma perma-

nente y segura. Por consiguiente, tanto la política inflacionista y la, así llamada, política deflacionista del Dr. Hayek, tienen, exactamente, el mismo objetivo: la reducción de las demandas de los consumidores individuales. Es más, podemos darnos cuenta ya de cuál es el objeto de esta política, aparentemente excéntrica: todos los economistas burgueses pretenden reducir el poder de compra de los consumidores individuales porque sólo así se puede restablecer el tipo de ganancia.

Parece, pues, que hemos tropezado, casi por accidente, y después de muchas vueltas, con un concepto que habría sido, puede uno pensar, muy útil desde el principio: el concepto del tipo de ganancia. Ciertamente, la forma más sencilla de definir el objeto de la política de elevación de precios suscrita por los inflacionistas y el de la de reducción de salarios postulada (un poco tímidamente) por el Dr. Hayek, sería afirmar que dicho objeto es la elevación del tipo de ganancia. Puede ser cierto, naturalmente, como el Dr. Hayek insiste, que la única forma conveniente de restablecerlo es la que él propone, (o, más bien, sería si fuera posible — que no lo es, según él mismo lo reconoce — adoptarla integralmente). *El hecho es que hemos descubierto que tanto la política de Hayek como la que abomina, tienen el mismo fin, a saber: el restablecimiento del tipo de ganancia.* ¿No resulta extraño, por tanto, que en toda la abundante literatura dedicada a esta cuestión nunca se haya subrayado este hecho? Tal parece que se le supone siempre tácitamente.⁵⁵ Y sin embargo, para darnos exacta cuenta del problema no hay que olvidar que es un supuesto común a todos los que participan en la discusión que el restablecimiento del tipo de ganancia ya sea por uno u otro método, por el «razonable» de la reducción de salarios y de los ahorros voluntarios, o por el «indebido» de la expansión de crédito, es la única cosa que, posiblemente, puede conducir a la recuperación.

Sólo hasta que nos demos cuenta de esto podremos conocer el motivo de la disputa de las diversas escuelas de economistas burgueses. La disputa se reduce, en verdad, al modo de atraer la recuperación y de atraerla en tal forma que puede evitarse la repetición de la crisis. *Todavía con más precisión, lo que se discute es el modo de restablecer el tipo de ganancia.* Y esto no podría ser de otra

⁵⁵ Algunos economistas burgueses definen la crisis como una reducción de las ganancias. Así, por ejemplo, el profesor Robbins escribe: «un modo de describir la crisis consiste en poner al descubierto el hecho de que simultáneamente muchas industrias han dejado de ser costeables». (*The Great Depression*, pág. 30.). (N. del A.).

manera, pues todos están tácitamente de acuerdo, y con razón, al afirmar que la única forma en que la recuperación puede lograrse dentro del capitalismo es haciendo que el funcionamiento de las fábricas ya existentes y, en consecuencia, la construcción de las nuevas, vuelva a ser remuneradora. La médula del problema de la «recuperación» consiste en el hecho fundamental y simple de que los viejos establecimientos no pueden trabajar ni construirse otros nuevos a menos que sea remunerador hacerlos funcionar o construir. Es decir, que la condición previa de la recuperación — aparentemente demasiado obvia para ser mencionada por la mayor parte de los escritores — es lograr que el tipo de ganancia llegue, por lo menos, al mínimo suficiente para hacer girar nuevamente las ruedas de la producción. Y toda la discusión entre el Dr. Hayek y los otros economistas burgueses, como el profesor Fisher, gira, realmente, alrededor de cuál es el camino para lograr el restablecimiento del tipo de ganancia.

Porque es evidente que existen dos medios por los que se puede lograr que la producción vuelva a ser remuneradora: reduciendo los costos o aumentando los precios, y ambos implican la reducción del poder de compra de toda la población? Los economistas burgueses menos autorizados⁵⁶ aconsejan primero una elevación de precios para estabilizarlos después. El Dr. Hayek aconseja una reducción de costos. Esta es realmente toda la diferencia entre una y otra escuela.

Pero esta identidad de propósitos queda un poco en la penumbra por el hecho de que, en las condiciones modernas, debido al constante progreso técnico, los costos se reducen continuamente, por sí mismos, por así decirlo. De ahí que el «imprudente» medio de restablecer las ganancias no requieran necesariamente una elevación de precios: basta ampliar el crédito en la medida necesaria para prevenir que los precios se abatan al mismo tiempo que los costos. Análogamente, el «razonable» método del Dr. Hayek consiste no sólo en evitar un alza de precios, sino en reducir tan rápidamente los costos que se obtengan ganancias a pesar de que los precios continúen cayendo. Aquella reducción es la responsable de la gran

⁵⁶ La opinión económica predominante en la primera mitad del siglo XIX habría estado de acuerdo con el Dr. Hayek quien vuelve sus ojos hacia aquella época más ilustre con cierta tristeza. Véase, *Prices and Production*, pág. 100, en la que el Dr. Hayek cita a John Fullerton para demostrar que entre 1830 y 1850 la opinión dominante en el Parlamento británico consideraba ilegítima cualquier adición neta de la cantidad de dinero en circulación. ¡Tal era el vigor del joven capitalismo! (N. del A.).

confusión existente y que, en las condiciones modernas, ha hecho perder la esperanza a tantos economistas profesionales y aficionados. La reducción, ahora constante, de los costos de producción ha transformado toda la situación económica de estática que era, en dinámica. Parece como si el mismo piso sobre el que andamos buscando nuestra salida comenzara a moverse. De ahí que sea necesario correr a cierta velocidad en determinada dirección con objeto de permanecer, cuando menos, en el lugar donde estamos, calculando, además, todos nuestros movimientos en relación al movimiento del propio terreno. Esta situación nos recuerda una de las recomendaciones de la Reina Roja para Alicia: «Aquí, como ves, la velocidad a que corres sólo basta para mantenerte en el mismo sitio. Si quieres ir a cualquier otra parte debes correr, por lo menos, dos veces más aprisa». Con el mismo espíritu severo, el Dr. Hayek dice a los capitalistas que si quieren restablecer el tipo de ganancia sin recurrir a la inflación, deben no sólo reducir los costos mediante mejoras técnicas con la misma rapidez con la que caen los precios, sino que deben también reducir los costos-salarios con objeto de adelantarse a la caída de los precios.

La reducción de costos debida a mejoras técnicas, sólo compensará la caída de los precios que, como hemos visto, es inevitable si la cantidad de dinero no se aumenta. En un período de prosperidad aquella reducción sería suficiente. Podría suponerse que entonces las ganancias seguirían siendo las mismas en estas circunstancias. Pero sería insuficiente para hacer salir al sistema de un período de depresión. Para este objeto es necesario que las ganancias aumenten y que los salarios se reduzcan en tal forma que los costos puedan bajar más rápidamente que los precios. La reducción de los costos imputable a mejoras técnicas permitirá correr al capitalismo, para volver a nuestra analogía, con bastante rapidez para quedarse en el sitio en que está. Pero para ir a cualquier otra parte, con objeto de encaminarse hacia la prosperidad y salir de la depresión, por ejemplo, debe apresurar su paso reduciendo, también los salarios.⁵⁷

⁵⁷ Esta consideración nos pone al descubierto el hecho de que puede haber alguna diferencia entre la reducción de costos debida a mejoras técnicas y la reducción de los costos-salarios. ¿Acaso no es posible expresar, en último análisis, una reducción de costos debida a mejoras técnicas como la producción de determinado volumen de mercancías con menor número de obreros, y por tanto, con una cuenta de salarios menor aunque cada obrero siga ganando lo mismo? ¿Y acaso no es posible expresar una reducción de los costos debida a la reducción del tipo de salarios como la producción de determinado volumen de mercancías con el mismo número de obreros, pero cada obrero ganando menos por unidad de producción? (N. del A.).

Nuestro descubrimiento de la identidad de propósitos entre la política del Dr. Hayek y la de sus oponentes no deben hacernos concluir, sin embargo, que no hay reales e importantes diferencias entre ambos modos de restablecer el tipo de ganancia. Es conveniente que precisemos aquí esas diferencias.

Probablemente el lector tendrá que convenir con nosotros en que el Dr. Hayek hace un considerable esfuerzo al suponer que el empleo del método de la expansión de crédito, o de la elevación o mantenimiento de los precios, tiene mucho que ver con las violentas oscilaciones del sistema. Por otra parte, el hecho de que él mismo confiese que su consejo sólo trata de mejorar las cosas y no de componerlas no destruye la importancia práctica de sus conclusiones, pues es obvio que, en la práctica, no se trata de *cuál* camino escoger para restaurar el tipo de ganancia. En la mayor parte de los casos se recurrirá a ambos métodos. En toda depresión aguda las autoridades financieras tratarán de elevar los precios para restablecer las ganancias recurriendo para ello a una política liberal de crédito y de dinero barato. Pero al mismo tiempo, los capitalistas tratarán de restablecerlas reduciendo salarios y servicios sociales. Por tanto, el interés práctico de la cuestión reside en la amplitud con que se utilice cada uno de los métodos. De acuerdo con el análisis del Dr. Hayek, es claro que, en tanto que el tipo de ganancia se restablezca mediante una reducción de costos-salarios y la recuperación se obtenga, en consecuencia, gracias a los ahorros reales, la recuperación será «sana», es decir, será permanente y no llevará en sí el germen de su propia destrucción. De la misma manera, en la medida en que el tipo de ganancia se restablezca manteniendo o elevando los precios y las nuevas inversiones se financien con nuevo dinero en vista de que el volumen de los ahorros no es suficiente, la recuperación será «enfermiza», es decir, transitoria, y habrá de conducirnos directamente a una nueva crisis.

Esta consideración nos permite apreciar el enorme horror con que la escuela de Hayek observa el *New Deal* y toda la política financiera de la actual administración americana. Conforme al análisis del Dr. Hayek no cabe duda que, de todos los expedientes de que se ha echado mano para atraer la recuperación después de una crisis capitalista, el que ahora se aplica en los Estados Unidos, es el menos adecuado, y el más seguro para provocar nuevas catástrofes.

Las autoridades americanas están aplicando casi exclusivamente la política ideada para elevar los precios resistiéndose a cualquier reducción de salarios. (Es más, han dejado traslucir su intento de

elesvarlos). El expediente principal a que recurren es la expansión monetaria directa, es decir, el de «inyectar más dinero» al sistema capitalista americano mediante la creación de créditos a favor de los productores en una escala no soñada hasta ahora. La *Agricultural Adjustment Administration* y la *Reconstruction Finance Corporation* son, de hecho, instituciones ideales para este propósito especial. Su objeto es conceder a los agricultores y a los productores industriales que están en dificultades préstamos a tipos de interés muy reducidos. Pero ¿por qué están en dificultades esos señores? Porque no han reducido suficientemente sus costos-salarios — dirá severamente el Dr. Hayek. Por eso el motivo fundamental de las facilidades que se les otorgan es el de colocarlos en una situación tal que no se vean precisados a reducir los salarios y en que puedan, por el contrario, elevar sus precios de venta.

El resultado ha sido una constante elevación del nivel de precios americanos. Su elevación ha sido mayor que la registrada en los salarios nominales. Y como los aumentos de los salarios nominales han sido compensados con exceso, toda la reducción de los «costos técnicos» que ha tenido lugar desde 1929, se ha convertido en ganancia. El tipo de estas ganancias para las grandes corporaciones ha aumentado considerablemente en el año y medio que ha transcurrido desde marzo de 1933, aunque, hay que decirlo, ese aumento se ha logrado casi exclusivamente inyectando más dinero.

Sin embargo, el carácter fundamental del *New Deal*, considerado como un esfuerzo enderezado a restablecer la costeabilidad del sistema productivo americano por el método inflacionista, ha sido completamente desvirtuado por la enorme variedad de recursos políticos con que se ha pretendido disfrazar aquel propósito. Esto explica la confusión en que ha caído no sólo el propio *New Deal* sino también sus críticos. El profesor Robbins, por ejemplo, no ha llegado a darse cuenta de la verdadera situación americana contemporánea. Dicho autor escribe:

«Es demasiado pronto aún para poder decir si la legislación americana de emergencia impedirá el resurgimiento de la actividad económica. Todas las medidas que han sido adoptadas están destinadas a los propósitos más diferentes. La Ley de la Recuperación Nacional tiende a elevar los costos y fomenta el monopolio; la del resurgimiento agrícola limita la producción y subvenciona a los que no producen. La política del oro intenta elevar los precios por un método que aumenta la escasez de ese metal, imponiendo, de paso, los máximos inconvenientes al mundo entero. El desequilibrio pre-

supuestal y los enormes gastos en obras públicas tienden a una inflación que fácilmente neutraliza los diversos obstáculos que en otros aspectos se han puesto al espíritu de empresa y que puede provocar un auge inflacionista, al cual, si el análisis de los capítulos anteriores es correcto, seguirá probablemente un colapso deflacionista. Por otra parte sería inútil intentar determinar con precisión la importancia relativa de estas influencias diversas que cambian tan rápidamente».⁵⁸

Nadie podrá negar el carácter aparentemente contradictorio de las sucesivas fases de la política americana. Los productores americanos han sido obligados a soportar un mayor peso sobre sus espaldas consistente en un costo más elevado, resultado de la reducción de horas de trabajo y de la fijación de un salario mínimo. ¿Cómo puede decirse, entonces, que el objeto de todo el programa es restablecer y aumentar las ganancias? La respuesta es sencilla. Con una mano se aumentan los costos, pero con la otra se aumentan los precios y la mano con que se aumentan éstos últimos se mueve siempre con más rapidez que la que aumenta los costos. Ahora bien, las ganancias, como hemos visto, consisten en la diferencia entre costos y precios. Por tanto, una forma, aunque a primera vista indudablemente excéntrica de aumentar las ganancias, es elevar costos y precios; pero elevando éstos últimos más rápidamente que aquéllos. Tan es, en esencia, la política de la administración de Roosevelt.

No es muy difícil explicar el hecho por el cual Roosevelt y sus amigos han elegido esa forma peculiar y equívoca de restablecer el tipo de ganancia. Generalmente, por razones de carácter político, es muy difícil que los gobiernos capitalistas a excepción de las dictaduras fascistas (y aun para éstas es peligroso), se decidan a establecerlo reduciendo únicamente los salarios sin contar con que, a menudo, les resulta políticamente imposible reducirlos. De ahí que tengan que recurrir a una elevación de precios lograda mediante manipulaciones monetarias, por más inconveniente que en opiniones del Dr. Hayek pueda resultar esta política. El Presidente Roosevelt, debido a las circunstancias peculiares del momento, no se ha atrevido a restablecer el tipo de ganancia dejando que los costos-salarios permanezcan constantes y elevando los precios. Como administración democrática, liberal, popular y de izquierda, se ha sentido obligado a aumentar realmente los costos-salarios; pero si se hubiera concretado a aumentarlos sin hacer, además, alguna otra cosa que com-

58 *The Great Depression*, pág. 128. (N. del A.).

pensara ese aumento, habría provocación completa. Las ganancias ya muy reducidas habrían desaparecido del todo. Por tanto, si había que elevar los costos-salarios, había también que elevar los precios y elevarlos en mayor proporción que los costos-salarios, con objeto de que las ganancias pudieran reaparecer en una escala suficiente para impulsar el sistema hacia una actividad más acentuada.

Estas circunstancias explican no sólo la confusa naturaleza del *New Deal*, sino también su carácter peculiar de duplicidad que para algunos olfatos delicados resulta nauseabundo. Con una mano se da mucho; pero con la otra se quita todo (e invariablemente un poco más que todo).

Ahora bien, ¿cuál será la opinión del Dr. Hayek acerca de semejante política? ¿No resulta claro que, según sus razonamientos, de todos los métodos ideados para atraer la recuperación, el *New Deal* es, sin comparación, el más inconveniente de los que hasta la fecha han sido adoptados por un gobierno capitalista? El Dr. Hayek considera que la única forma sana de restaurar la actividad económica es la reducción de costos-salarios, esquivando al propio tiempo la «reflación», para usar un término característico de los Estados Unidos. La mayor parte de los gobiernos capitalistas, sin embargo, salen de la depresión aplicando una política combinada de reducción de salarios y de expansión de crédito, aunque algunos, en situaciones particularmente difíciles, han recurrido exclusivamente al método poco recomendable de la expansión del crédito, sin alterar los salarios. ¿Cuál será la opinión del Dr. Hayek respecto de la administración de Roosevelt? La política del Presidente Roosevelt comienza por aumentar los salarios nominales y acaba por elevar suficientemente los precios para compensar con exceso el aumento de aquéllos. ¿Qué sucederá si en las teorías del Dr. Hayek hay, por lo menos, algo de verdad? ¿No es evidente que la recuperación se prolongará mientras la expansión de crédito (o la inyección de más dinero como diría Hayek) continúe con un ritmo cada vez más acelerado? Tan pronto como esta inflación cada vez más rápida se detenga (y ya hemos visto las razones por las cuales, tarde o temprano, tiene que detenerse), el volumen de inversiones sufrirá un rudo golpe, y el *New Deal* no será sino el Nuevo Colapso.

Es pues indudable, como lo demostraremos en capítulos subsecuentes, que la política de la actual administración americana constituye un específico casi perfecto para renovar la catástrofe. ¿Podemos conceder, sin embargo, la importancia que el Dr. Hayek concede al hecho de que el tipo de ganancia sea restablecido no mediante

la reducción de costos-salarios, sino mediante el «empujón» del nivel de precios de la inflación? ¿Será cierto que si se aplica el método inflacionista, la catástrofe es segura, en tanto que si se aplica el de la reducción de salarios aconsejado por el Dr. Hayek, la prosperidad será permanentemente? Recordemos los efectos tan diferentes que se obtienen de la aplicación de cada uno de esos métodos. La ventaja del método inflacionista consiste en que, a medida que los nuevos créditos se van filtrando al sector de bienes de consumo, se va estableciendo una fuerza de sentido contrario que, si no se contrarresta con nuevos créditos cada vez más grandes, despojará al sector de bienes de producción de sus factores no específicos, creándose, además, un tipo de demanda que el sistema no puede satisfacer. El método de reducción de salarios tiene la ventaja de que el dinero adicional concedido al sector de bienes de producción ha sido ahorrado: son los consumidores los que los proporcionan. Existe, por lo tanto, una reducción inicial de la demanda del sector de bienes de consumo de modo que cuando el dinero regresa a ese sector sólo queda restablecido el viejo nivel de la demanda de los consumidores, sin ningún aumento neto.

Esta es la distinción real. Hay fundadas razones para suponer que si la recuperación pudiera ser financiada exclusivamente por los ahorros voluntarios, obtenidos gracias a una reducción tal de salarios que la industria volviera a ser remuneradora a pesar de la constante reducción de precios, sería una recuperación más estable en el sentido de que sería gradual y de mayor duración de lo que son las recuperaciones que se obtienen por inflación. ¿Podemos aceptar, sin embargo, que la diferencia entre los dos métodos para restablecer el tipo de ganancia sea tan grande que uno provoque la crisis y el otro la soñada estabilidad permanente del capitalismo?

En el fondo, la diferencia entre los dos métodos es puramente monetaria. Son, si se piensa en ello, dos formas diferentes de reducir el poder de compra efectivo de los consumidores individuales (principalmente de los asalariados, como es natural).⁵⁹ El método inflacionista reduce el poder de compra elevando (o impidiendo que caiga) el nivel de precios. En este caso el dinero del público compra menos de lo que habría comprado. El método de reducción de salarios del Dr. Hayek lo reduce por el camino más simple y más directo

⁵⁹ Permítanos el lector precisar todas las implicaciones de esta observación. Es el caso que todos los métodos capitalistas para lograr la recuperación se reducen a *disminuir* el poder de compra destinado a los bienes de consumo, pues sólo así es posible que la producción de bienes de pro-

de quitar al público parte de su dinero. Puede ser que este método provocara, si pudiera ser adoptado, menos confusión e inestabilidad que el otro, pues depende menos de las mixtificaciones del dinero y del crédito. El asalariado no se ve despojado en secreto; se le despoja franca y abiertamente, privándole, además, de la oportunidad que le brinda el método inflacionista de luchar ulteriormente para mejorar su nivel de vida. ¿Puede señalarse mayor diferencia entre ambos métodos que ésta? ¿Puede suponerse que la adopción del método más directo de reducir los salarios se traduciría en una estabilidad permanente?

SUMARIO DEL CAPÍTULO VI

El Dr. Hayek admite la inevitabilidad de la inflación. La cantidad de dinero es indeterminable. En la práctica, afirma el Dr. Hayek, las crisis son inevitables debido a las mixtificaciones del dinero; teóricamente las crisis podrían evitarse si la cantidad de dinero pudiera fijarse permanentemente. Sorprendente carácter de esta conclusión. Suprema necesidad de que, en estas circunstancias, los ahorros lleguen a su máximo. Este objeto se logra dando al más rico y quitando al más pobre. Necesidad urgente, según el Dr. Hayek, de reducir los salarios y suprimir los servicios sociales. LA POLÍTICA REAL DEL DR. HAYEK CONSIDERADA COMO UN RESTABLECIMIENTO DEL TIPO DE GANANCIA. La política del infra-consumo se reduce, del mismo modo, a una política para el restablecimiento del tipo de ganancia.

Identidad de propósitos entre el Dr. Hayek y sus oponentes. La discusión se reduce meramente a la cuestión del método. La teoría del infra-consumo implica una elevación de precios. La teoría del

ducción sea costeable. Esto se debe a que el poder de compra arrebatado a los consumidores individuales se destina a aumentar la demanda de los bienes de producción. El lector objetará inmediatamente que no es posible que la producción de bienes de producción, cuyo único objeto es la producción de nuevos artículos de consumo, llegue a ser permanentemente costeable mediante la contracción del mercado de esta última clase de artículos. Esta objeción de sentido común, como veremos después, pone al descubierto las gravísimas dificultades con que hoy día tropieza el capitalismo. (N. del A.).

Dr. Hayek implica una reducción de salarios. Sin embargo, este hecho notable se halla desnaturalizado por el carácter peculiar de la situación contemporánea. Debido al progreso técnico los costos se reducen actualmente en forma rápida y constante. El piso se mueve bajo nuestros pies. Carácter dinámico de la actual situación económica. El Dr. Hayek comparado con la Reina Roja. Diferencia entre el método del Dr. Hayek y el de la teoría del infra-consumo. El New Deal a la luz de los razonamientos del Dr. Hayek. El profesor Robbins no entiende la política de Roosevelt. El verdadero propósito del New Deal es un esfuerzo enderezado a restablecer la costeabilidad de la industria americana. El método de Roosevelt consiste en elevar precios y costos aunque más los primeros que los segundos. La aparente excentricidad de este método se explica por las exigencias de la situación política del Presidente. Explicación del doble carácter del New Deal. El New Deal de acuerdo con los argumentos del Dr. Hayek es de una inconveniencia catastrófica. Diferencia entre ambos métodos para restablecer las ganancias. La diferencia principal consiste en determinar si la gran mayoría de la población debe ser despojada en forma franca, reduciendo salarios, u oculta, elevando precios.

CAPITULO VII

El dilema
entre
los beneficios
y la
abundancia

Los últimos cuatro capítulos los hemos dedicado a comparar las dos políticas que generalmente recomiendan los economistas burgueses para la cura y prevención de las crisis. Comparamos el método inflacionista de elevación de precios, aconsejado por autoridades como el profesor Fisher y Hobson, con el método deflacionista de reducción de costos, aconsejados por autoridades como el Dr. Hayek, el profesor Robbins y sus discípulos. Ambos métodos, como lo vimos, son diversas formas de restablecer el tipo de ganancia. Ambos se apoyan firmes, aunque tácitamente, en la perogrullada de que, en nuestro sistema actual, el restablecimiento del tipo de ganancia es una condición previa y absolutamente necesaria de la recuperación.

No obstante, cuando se examina más de cerca esta perogrullada, parece contener una paradoja. Comparemos una vez más los procedimientos surgidos por las dos escuelas. El método inflacionista aconseja la emisión de nuevas cantidades de dinero, la creación de monopolios, la destrucción en masa de las mercancías ya producidas, la «regulación» que, en la práctica, no equivale sino a reducir la producción de nuevas mercancías. El propósito de todas estas medidas es la elevación de precios. El método sugerido por el Dr. Hayek implica la reducción de salarios, la supresión de los servicios sociales y la reducción de gravámenes sobre el capitalista. Su propósito es la reducción de costos. Ahora bien, estos métodos alternativos: el de la elevación de precios o el de la reducción de costos son medidas

racionales para el propósito de restablecer el tipo de ganancia, pues, como ya sabemos, la ganancia es la diferencia entre precios y costos. Sin embargo, cabe preguntar, ¿estas medidas son igualmente racionales para el propósito más amplio de lograr la prosperidad? Eso depende de lo que se entienda por «prosperidad». Es indudable que lo que la mayor parte de la gente entiende por «prosperidad» es un estado de cosas en el cual todos y cada uno pueden comprar una cantidad conveniente de mercancías. ¿Será un método racional para lograr esa clase de prosperidad, reducir el poder de compra de todos, ya sea elevando los precios, ya reduciendo los salarios?

Es indudable que las ganancias aumentan cuando los precios suben o cuando los salarios bajan. También es indudable que un incremento de las ganancias es la única cosa que puede estimular al sistema capitalista para desarrollar mayor actividad. Por consiguiente, afirman todas las escuelas de economistas burgueses (la diferencia radica sólo en el método), si se desea la prosperidad deben elevarse los precios y reducirse los salarios, o ambas cosas. Pero, de la misma manera, ¿quién podrá dudar de que la elevación de precios y la reducción de costos *no* son los medios más adecuados para que la masa de consumidores obtenga una cantidad conveniente de mercancías? Por el contrario, es evidente que el único medio de lograr esto es crear una situación de *bajos* precios y *altos* salarios. Pero altos salarios significan altos costos, pues como ya lo hemos empezado a notar, costos y salarios⁶⁰ parecen ser las mismas cantidades de dinero, sólo que los primeros considerados desde el punto de vista de los productores y los segundos desde el punto de vista de los consumidores. Llegamos, pues, a la inevitable conclusión de que un método restablece las ganancias, en tanto que el otro — completamente opuesto — permite que la población adquiera una cantidad conveniente en mercancías. Pero lograr ambas cosas parece imposible. Pueden elevarse los precios y reducirse los costos restableciendo, así, las ganancias; pero una vez hecho esto será más difícil que el público pueda obtener mercancías. Por otra parte, si se reducen los precios y se elevan los costos, la ganancia desaparece, y hace un momento acaba-

⁶⁰ «Salarios» es el más amplio sentido del término, es decir, los pagos que se hacen a las personas por sus servicios en el proceso de la producción. Como ya hemos visto, el concepto «costos» no es tan preciso como parece. ¿Todos los costos son, en último análisis, costo-trabajo? En caso afirmativo no es necesaria una mayor explicación. ¿O es que existen otros costos? En este caso, la abundancia aumenta y se estimula con la reducción de esos costos. Posteriormente diremos mucho más acerca de esta cuestión. Pero basta por el momento». (N. del A.).

mos de convenir en que el único medio que permite que las ruedas del sistema de producción capitalista continúen girando, es restablecer la ganancia. Ahora bien, sabemos ya que el restablecer las ganancias se restringe el consumo. ¡A qué extrañas paradojas nos ha conducido nuestra argumentación!

Sin embargo, esto no es una novedad. Cada uno de nosotros probablemente, ha podido observar la característica fundamental de todos los específicos para la recuperación recomendados por los economistas y estadistas burgueses. Por un lado nos aseguran que todo irá bien, que la actual plétora de artículos que no han podido ser vendidos desaparecerá con sólo reducir los ingresos de la masa consumidora (Hayek). Por otro, nos dicen que todos estaremos en aptitud de comprar las cosas necesarias de que ahora carecemos con sólo elevar suficientemente los precios (prof. Fisher, Roosevelt y otros cien más).

Parece que hemos llegado al punto culminante de todos los que hasta aquí hemos discutido. Al finalizar nuestra discusión nos encontramos frente al hecho de que existe una extraordinaria antinomia entre los beneficios y la abundancia. Los medios de que nos valemos para incrementar las ganancias restringen la abundancia; los medios de que nos valemos para incrementar ésta reducen aquéllas.

Ahora bien, el sistema actual sólo puede funcionar cuando la producción es costeable. Tal es su característica fundamental. La ganancia es, como si dijéramos, el motor y regulador del sistema. Esperar que el desafortunado sistema capitalista funcione si la producción y distribución de los bienes no es costeable, es como esperar que un automóvil marche sin gasolina o sin volante. Pero lo que es peor aún, es que las mismas medidas que restablecen la costeabilidad, destruyen la posibilidad de la abundancia al reducir drásticamente el poder de compra de los consumidores. Pero si reflexionamos sobre esta cuestión, veremos que no hemos descubierto nada que pueda sorprendernos. Los economistas burgueses mismos nos han enseñado que lo que hace posible derivar una ganancia de la producción o de la distribución de una mercancía es su escasez. Cierta grado de escasez es indispensable de todas maneras, pues al parecer, la demanda no es suficiente por sí misma, ya que la cosa que los seres humanos necesitan más imperativamente es el aire. No obstante, ningún capitalista ha descubierto todavía la forma de obtener un provecho de su producción: existe en grandes cantidades. ¿Debe sorprendernos, entonces, el hecho de que, justamente en la medida en que otras mercancías comienzan a aproximarse a la condición del

aire, es decir, cuando comienzan a existir en abundancia, se haga más difícil derivar una ganancia de su producción? De otra manera: ¿no es natural que a medida que el capital es más abundante obtendrá un menor tipo de ganancia? Porque la ganancia puede considerarse como el precio del alquiler del capital y a medida que éste se hace más y más abundante, el alquiler que puede exigir tiende, naturalmente, a disminuir. El beneficio y la abundancia no son, pues, buenos compañeros.

Esto nos indica, después de todo, que en el fondo de lo que nos dicen los teóricos más extremos del crédito social, puede haber algo de cierto. Claro que esto halaga a la mayor parte de ellos. Pero a pesar de su insistencia en la paradoja de la miseria en medio de la abundancia, están mucho más lejos que los economistas profesionales de una visión clara de la antinomia entre los beneficios y la abundancia. El mayor Douglas y sus partidarios, suponen inocentemente que la abundancia, es decir, un estado de cosas dentro del cual la población goza del poder de compra necesario para adquirir todas las mercancías que pueden producirse gracias a los métodos modernos, es compatible con la supervivencia de un sistema cuyo funcionamiento y regulación dependen de la obtención de lucro. Sin embargo, un economista aficionado, Stuart Chase, se ha dado cuenta del dilema. Su libro más reciente, *The Economy of abundance* así lo revela. «La abundancia, escribe, no sólo es una promesa para la humanidad, es en todas partes una terrible amenaza para los intereses, reales o supuestos, de cierto grupo muy poderoso de hombres... La ganancia llega a su máximo cuando las mercancías son escasas».

Chase establece una clara distinción entre lo que él llama «vendibilidad» y «servicialidad». «Las mercancías, nos hace observar, se producen no para la 'servicialidad' — es decir, para el uso — sino para la 'vendibilidad'». Por «vendibilidad» entiende la producción de mercancías con objeto de obtener dinero a cambio de ellas, en la inteligencia de que este dinero debe bastar, nos aclara, para cubrir el costo y la ganancia. Por tanto, decir que los bienes se producen para la vendibilidad sólo es otra forma de decir que se producen con propósitos de lucro. Stuart Chase, pues, se ha dado cuenta de la dificultad. Esto, desgraciadamente, no le impide seguir manteniendo la mayor parte de las ilusiones más infantiles de las teorías del crédito social. Cuando llega el momento de ofrecernos un remedio, sólo nos aconseja que se distribuya más dinero entre la masa consumidora. Cree, pues, en la posibilidad de conservar la

característica central del sistema económico actual, como es la propiedad privada de los medios de producción, y, no obstante, acabar con la única fuerza que lo mueve y lo regula: el lucro.

En esta forma tenemos que convenir que los servicios de Stuart Chase, como los de todos los aficionados, se reducen a señalar la existencia del problema. Como nunca ha tenido una visión clara de sus propósitos, el hecho de que no hayan llegado a solución alguna, es inevitable. En primer lugar, ¿cuáles son sus propósitos? ¿Consisten, como los de todos los economistas profesionales y políticos burgueses, en reforzar la actividad del sistema haciendo que la producción de mercancías y la ocupación de obreros vuelva a ser costeable? O por el contrario, ¿tratan de dotar a toda la población del máximo de bienes posibles? Si su propósito es el primeramente señalado, deben adoptarse medidas exactamente opuestas a las indicadas para lograr el segundo. Pero por desgracia nunca ha decidido cuál de estas cosas se proponen. Es más, con la única excepción de Stuart Chase, ni siquiera se ha dado cuenta de que tienen que elegir. Hinchidos de esperanza, suponen que toda cosa que fomente la abundancia fomentará también las ganancias. Para ellos la abundancia y el lucro quedan comprendidos, sin excluirse, bajo el rubro general de términos tan vagos como el de «recuperación» o «prosperidad». De allí las confusiones en que incurren.

La observación de Chase relativa a que una política para restablecer las ganancias debe ser contraria a otra que se propusiera crear la abundancia ⁶¹ lo obliga a hacer el siguiente comentario acerca del *New Deal*.

«La administración de Roosevelt (febrero de 1934) no se decide aún a restablecer la 'vendibilidad' — popularmente conocida como recuperación — o a inaugurar un nuevo sistema económico basado en la 'serviciabilidad'. Hasta que se haga esa elección, el conflicto habrá de reflejarse en una gestión administrativa que marcha en zigzag». (Op. cit.).

Chase atribuye sus propias indecisiones al Presidente Roosevelt. Es necesario aclarar, sin embargo, que el Presidente Roosevelt y sus consejeros no están frente a una alternativa. Su propósito consiste

⁶¹ Más bien que crearía la abundancia si la producción capitalista pudiera llevarse adelante sin que hubiera ganancias. Si la política de Chase, del Mayor Douglas o de cualquier otro de los merolocos del crédito, pudiera aplicarse realmente, la producción se pararía, pues la ganancia no podría existir. Por consiguiente, la abundancia sólo puede existir después de la expropiación de los medios de producción y después de la organización de la producción para el uso, ya que sólo hasta entonces podría prescindirse de la ganancia.

en restablecer las ganancias y, parcialmente, están logrando su objetivo con vigor y brutalidad, aunque de un modo que el Dr. Hayek y su escuela calificaría como peculiarmente desastroso para la estabilidad del sistema. El Presidente Roosevelt ha expresado categóricamente, que lo que se propone es asegurar lo que él llama una «razonable ganancia» para la industria. Y toda su política no tiende sino a eso.

Vemos, pues, que en el fondo de la controversia entre aficionados y profesionales existe una confusión que pasa desapercibida. Lo que los profesionales demuestran es que los remedios de los aficionados no crean la abundancia que sus autores prometen, ya que, bajo el capitalismo, una condición previa no sólo de la abundancia, sino de la producción de cualquier mercancía, es la existencia de un tipo de ganancia suficiente para estimular los propietarios de los medios de producción. Pero una política como la del crédito social, suponiendo que pudiera llevarse a la práctica, que creara la abundancia, reduciría las ganancias a un nivel inferior a aquel tipo. En el instante preciso en que esa política empezara a crear la abundancia, las ruedas de la industria empezarían a detener su marcha. Cualquier intento para crear la abundancia sin un cambio de la propiedad de los medios de producción, se estrellará en el acto, pues no hay que olvidar que la abundancia acaba con las ganancias y que éstas, en tanto que los medios de producción sean objeto de propiedad privada, es una condición necesaria para la producción.

Esto explica por qué los economistas profesionales sostienen que el camino hacia la recuperación es crear la escasez, reduciendo los ingresos de la población, con objeto de aumentar las ganancias y estimular, así, a través de este rodeo, la producción. A la larga, sin embargo, los aficionados, en la persona de Stuart Chase, han comenzado a tomar la revancha comenzando por mostrar cuán extraño procedimiento es el de crear una escasez artificial como un primer paso hacia la abundancia. Y Chase ha logrado alcanzar un gran éxito al relacionar esa ansia extraordinaria por la escasez con la necesidad de restablecer las ganancias.

En consecuencia, debemos aceptar que cada una de las escuelas tienen razón al refutar a la otra. Los profesionales demuestran concluyentemente que el efecto de una política como la del crédito social, sería no la abundancia para todos, sino la completa paralización del sistema productivo por falta de ganancias. Por su parte, los aficionados afirman que los remedios recomendados por los profesionales no tienen, ciertamente, la virtud de crear la abundancia,

sino la de aumentar las ganancias y, por tanto, la de fomentar la actividad industrial a costa, eso sí, de crear y mantener artificialmente un estado de escasez para la casi totalidad de la población. Esta terrible confusión ha surgido por la falta de una definición del significado de términos como el de «recuperación» y «prosperidad». Los economistas profesionales — ahora lo comprendemos claramente — entienden estos términos como el restablecimiento del tipo de ganancias. (Entre ellos existe una querella intestina acerca de si ese restablecimiento puede lograrse creando un estado de escasez mediante una elevación de precios o mediante una reducción de costos. Pero esto no nos importa por el momento). Los aficionados, los merolicos del crédito social, entienden por «recuperación» y «prosperidad» una abundante dotación de bienes para toda la población, aunque desconocen el hecho de que, a menos de que el sistema social se transforme, la provisión de cualquier cantidad de bienes para todos, depende de la existencia de un tipo de ganancias adecuado. De allí que al proponernos sus remedios se desestime esa necesidad.⁶²

Debemos preguntarnos ahora si los economistas profesionales han considerado o no este dilema. ¿Acaso no nos han prometido también la abundancia? ¿Acaso no nos han dicho que el restablecimiento del tipo de ganancia es sólo un medio para este fin? Es claro que ellos tienen todavía un argumento que dar cuando alguien se atreve a decir que la reducción del poder de compra, ya sea mediante una reducción de salarios o de una elevación de precios, es una forma muy extraña de acabar con la plétora, ahora crónica, de mercancías.⁶³

⁶² Esta es, según creo, la paradoja que atormenta a E. F. M. Durbin, cuando afirma que el análisis del Dr. Hayek no toma en cuenta el hecho de que la demanda de bienes de producción está condicionada, en último análisis, por la demanda de los bienes de consumo. El Dr. Hayek ignora este hecho, aunque, en cierto sentido, como lo veremos después éste es justamente el mérito de su análisis desde un punto de vista capitalista. La preocupación del capitalismo no es la provisión de artículos de consumo, sino la acumulación de bienes de producción. Por consiguiente, para el capitalismo el objeto de la creación de los bienes de producción no es proveernos de más bienes de consumo. La creación, la acumulación de los medios de producción es para el capitalismo un fin en sí mismo. Este propósito absurdo es el responsable de la colisión del capitalismo y el medio ambiente. Pero esto es anticiparnos al tema de la cuarta parte. (N. del A.).

⁶³ ¿No es esto un espantoso resultado del grado de estupefacción mental producido por la educación capitalista, por la prensa, por la propaganda, las que, cuando trabajan a toda máquina, hacen que esta cuestión no sea planteada con mayor insistencia de lo que es? Recuerdo que la

En efecto, tienen ese argumento. Los más distinguidos economistas burgueses replicarían, si los he comprendido correctamente, en estos o parecidos términos: puede que sea paradójico iniciar el proceso de recuperación reduciendo el poder de compra de los consumidores. Ni más ni menos, tal es el caso. Solo así es posible restablecer la costeabilidad de la producción. «Si se quiere restablecer la costeabilidad, los costos tienen que ser reducidos», escribe el profesor Robbins. (O elevar los precios, por supuesto). Es indudable que algo de esta política aparentemente paradójica de tener que reducir inicialmente el poder de compra como el primer paso hacia la recuperación está latente, cuando se reflexiona en ello, en todo el análisis de Hayek y Robbins. Este hecho queda revelado en una frase muy significativa de éste último: Una forma de explicar el advenimiento de la depresión, es decir, que la demanda de los consumidores ha llegado a ser relativamente muy grande.⁶⁴ De esto se deduce, naturalmente, que el primer paso hacia la recuperación es la reducción de la demanda de los consumidores. No es muy difícil, por otra parte, comprender que la reducción de la demanda de los consumidores, esto es, la reducción de salarios, es la forma de restablecer las ganancias. Pero, ¿cómo refutan el Dr. Hayek y el prof. Robbins la afirmación de que si las ganancias se restablecen en esta forma la demanda de los consumidores se reducirá aún más?

Hay que observar, nos dirán, que lo único que debe reducirse es el tipo de los salarios nominales. La suma total de salarios pagados será efectivamente mayor, pues el restablecimiento de las ganancias habrá hecho posible emplear nuevamente a todos los obreros. El resultado de la reducción inicial de salarios será aumentar la ocupación y mantener, así, a aun incrementar, el poder de compra total, aunque cada asalariado, individualmente considerado, obtenga menos.

Pero ¿qué sucederá ahora? Por fin, todo irá bien, nos dicen nuestros profesores.⁶⁵ Los salarios nominales permanecerán constantes, es

afirmación solemne de los conservadores y laboristas británicos en 1931 respecto a que la única forma de acabar con la plétora de mercancías entonces existente, consistía en reducir los ingresos de toda la población, muy pocas veces se exhibió como una muestra de los contrasentidos y estupideces que aquéllos decían. Lo que naturalmente querían decir era que la reducción del poder de compra era la única forma de restablecer las ganancias. Y en esto tenían razón. (N. del A.).

⁶⁴ *The Great Depression*, pág. 70. (N. del A.).

⁶⁵ En el supuesto de que pudiera impedirse a las autoridades financieras que «inflen». (N. del A.).

verdad, pero los salarios reales comenzarán a subir continuamente y sin interrupción. La reducción permanente de los costos técnicos seguirá realizándose; los precios continuarán bajando y la producción aumentando. No obstante, las ganancias quedarán a salvo, ya que los costos se reducen proporcionalmente. La existencia de las ganancias permitirá el funcionamiento del sistema de producción a toda capacidad: la caída de los precios hará posible que la riqueza, siempre en aumento, se distribuya entre todos. Los ingresos nominales permanecerán constantes; pero los reales aumentarán continuamente. Habremos alcanzado el nirvana del equilibrio permanentemente progresivo. El sacrificio inicial de los trabajadores aceptando una reducción de salarios: la «decisión» de las autoridades al acometer por sí mismas la paradójica política de reducir salarios con el propósito de aumentar el consumo, será recompensado con amplitud.

Todo esto nos parece demasiado bueno para ser cierto. Una breve prolongación del racionamiento de Hayek y Robbins más allá del punto en el que, prudentemente, lo abandonan nos demostrará la triste verdad. Hemos dicho que las mejores técnicas reducen los precios de una manera continua. ¿De qué manera? Haciendo que el capitalismo produzca una cantidad determinada de bienes con menor número de obreros y, por consiguiente, con una cuenta de salarios menor. Esto es lo que se entiende por una mejora técnica. En consecuencia, tan pronto como se ha logrado una total ocupación gracias a los salarios más reducidos, comenzará a dejarse sentir una tendencia en sentido contrario para arrojar a los obreros a la calle. ¿Cómo neutralizar esta tendencia? Acabamos de ver que el camino seguido para que los obreros desocupados vuelvan nuevamente al trabajo fue el de la reducción de los salarios nominales. ¿No es claro que, siguiendo el mismo razonamiento, llegaremos a la conclusión de que el modo de prevenir que los obreros sean arrojados a la calle es reducir nuevamente los salarios nominales?

Dijimos que con objeto de restablecer la completa ocupación, los costos tenían que ser reducidos *más rápidamente* de lo que caen los precios (con objeto de evitar el tipo de ganancia). En otras palabras, los salarios nominales tienen que reducirse a medida que los precios y los costos caen, con objeto de que los salarios reales permanezcan constantes. Pero ahora, cuando hemos supuesto que el equilibrio, es decir, la completa ocupación, ha sido lograda, ¿seguirá siendo necesario reducir los salarios nominales para conservar constantes los salarios reales? Como el tipo de ganancia ha sido ya restablecido, resulta innecesario incrementarlo. No obstante, acabamos de ver

que parece indispensable hacer algo para prevenir la reaparición de la desocupación. ¿Será que el tipo de ganancia tiene también una inherente tendencia a caer?

Aquí surge un problema con el cual todavía no nos enfrentamos. Nos hemos referido con amplitud a la necesidad de restablecer el tipo de ganancia. Pero ¿cómo ha surgido esa necesidad? Decir que el tipo de ganancia fue abatido por la crisis no es resolver el problema. Como los mismos economistas burgueses insisten en su polémica con Hobson, debemos explicar el porqué de las crisis. Nuestro análisis debe arrancar el momento en que existe una total ocupación de todos los factores de la producción y demostrar cómo ocurren aquéllas. Ahora bien, la crisis es una caída rápida de la costeabilidad del sistema de producción. (Recordemos que así es como el profesor Robbins la define). Es evidente, pues, que debe existir algo que provoque esa rápida caída de la costeabilidad. A primera vista parece como si el tipo de ganancia y la ocupación tendieran siempre a caer, pues como ya lo observamos, todos los específicos de las escuelas burguesas en pugna, no son, de hecho, sino diferentes formas de aplicar al tipo de ganancia una respiración artificial, lo que, en sí mismo, es una fuerte presunción de la existencia de esa tendencia.

Es de gran importancia, por consiguiente, descubrir que el Dr. Hayek mismo conviene en que esa tendencia que ha pasado completamente desapercibida, existe. En uno de los párrafos de *Prices and Production* la describe precisando tanto la necesidad de que la ganancia exista si se quiere que el sistema capitalista de producción continúe funcionando, como su desastrosa tendencia a desaparecer, en la forma siguiente:

«La cantidad total de dinero recibida por lo producido hasta un momento determinado del proceso (de producción) excederá normalmente de la suma total pagada por todos los bienes y servicios utilizados hasta ese momento. Es más, ese margen (la ganancia) debe existir necesariamente si se considera que sin ella, no habría ningún aliciente para correr el riesgo de invertir dinero en determinadas ramas de la producción en lugar de dejarlo ocioso. La investigación de las relaciones de estos márgenes con las ventajas peculiares de los métodos muy complejos de la producción nos llevaría al corazón de los problemas de la teoría general del interés. Por consiguiente, debemos conformarnos y admitir como una de las conclusiones definitivas de esta teoría, que dichos márgenes — permaneciendo las otras

cosas iguales — se irán reduciendo a medida que los procesos de producción sean más complicados y viceversa». (Pág. 69).

En esa forma el Dr. Hayek nos dice que a medida que la producción se mecaniza más y utiliza más capital y menos trabajo (pues es esto lo que entiende por una producción más compleja), el tipo de ganancia — siempre que las otras condiciones permanezcan iguales — declina. Pero hagamos una observación a su punto de vista. De acuerdo con la propia demostración de Hayek, dentro del paraíso de un equilibrio capitalista permanente, al cual se nos permitía el acceso mediante el pago de una cuota consistente en una reducción inicial de los salarios, hay una formidable serpiente. Acabamos de ver que tan pronto como se logra una completa ocupación, el progreso técnico se encarga de arrojar nuevamente los obreros a la calle. Y ahora descubrimos que el Dr. Hayek mismo, nos dice que el tipo de ganancia, ese motor esencial del sistema, también tiende, y *por la misma razón*, a caer continuamente. Por tanto, es indudable que la única forma de neutralizar estas fatales tendencias es la reducción continua de los salarios nominales.

Tal es la ineludible conclusión a que conducen los razonamientos del Dr. Hayek. No será posible, pues, como a menudo lo sugiere el profesor Robbins, que una vez que ha sido restablecido el equilibrio los salarios nominales sean constantes y los salarios reales aumenten continuamente. Con semejante política de salarios no tardaría en aparecer una nueva crisis cuya manifestación sería una declinación de las ganancias y una reducción de la ocupación.⁶⁶ Si se quiere dar eficacia al método que proponen para *restablecer* el equilibrio, el mismo razonamiento debe demostrarles, lo mismo que a nosotros, que la única forma de *mantenerlo* es reducir continuamente los salarios nominales a medida que los costos técnicos caigan. En esa forma los salarios reales y el tipo de ganancia permanecerán constantes.

Pero, ¿podremos admitir que si esto se hace, las crisis habrán quedado eliminadas, lográndose, por tanto, un capitalismo estable. Examinemos cuál sería la situación. Los obreros serían lanzados a la calle constantemente por el progreso técnico. Los costos y los precios

⁶⁶ Un tipo decreciente de ganancias y un nivel también decreciente de ocupación son el mismo fenómeno observado desde diferentes ángulos. La reducción del tipo de ganancias hará imposible el funcionamiento de los establecimientos menos favorablemente situados. Sus obreros quedarán sin trabajo. De la misma manera, una desocupación creciente provocará una reducción de la demanda, una reducción de precios y, por tanto, una reducción de las ganancias. (N. del A.).

se reducirían permanentemente, pero aquéllos se reducirían más rápidamente que éstos, pues el patrón capitalista no sólo estaría en aptitud de producir una cantidad dada de bienes con menor número de obreros, sino que los salarios nominales de aquéllos que continuarán ocupados, seguirían reduciéndose constantemente. ¿Qué sucedería, por consiguiente, con el aumento neto de la riqueza resultante de las mejores técnicas? Desde luego los obreros no lo recibirían. Es verdad que su situación no empeoraría; pero tampoco sería mejor, pues si los salarios nominales se redujeran se reducirían también los precios, con lo que los salarios reales permanecerían constantes. ¿No resulta evidente que, dentro de ese mecanismo, todo el aumento de la riqueza lo recibe el patrón capitalista? ¿Y qué es lo que éste hace con él? Se supone que lo reinvierte en la industria, con objeto de crear el equipo necesario para hacer frente al constante progreso técnico que fue nuestro primer postulado, pues es así como puede lograrse que la ganancia siga existiendo y que la ocupación no desaparezca. Ahora bien, estas enormes acumulaciones equivalentes a todo el aumento de la riqueza social, deben usarse para establecer las nuevas fábricas que habrán de dar ocupación a los obreros que continuamente están siendo arrojados de las ya existentes.

Convengamos que esto sea el equilibrio capitalista o, por lo menos, su definición. Si este estado de cosas pudiera perpetuarse, parecería que, de acuerdo con los razonamientos del Dr. Hayek, las crisis no volverían a presentarse. La reducción de salarios reales dejaría libre todo el aumento de la riqueza social para la acumulación. Las ganancias quedarían aseguradas y la producción de nuevos medios de producción, la construcción de nuevas fábricas, ferrocarriles, puentes, la explotación de nuevas minas, etc., etc., sería en una escala tan enorme, que los obreros continuamente expulsados de las industrias existentes volverían a encontrar trabajo.

Para decirlo en términos de nuestros dos sectores: en el sector de bienes de consumo se daría ocupación a un número de obreros cada vez más reducido, pues una producción dada de bienes de consumo requerirá cada vez menos y menos obreros. Por el contrario, en el sector de bienes de producción se requerirá un número de obreros cada vez más grande. Para decirlo con las palabras del Dr. Hayek: la estructura de la producción se alargará más y más y más. Para decirlo en lenguaje más corriente: los medios de producción aumentarán en forma constante y considerable; pero la producción misma, es decir, la dotación de artículos de consumo para la gran masa no aumentará para nada.

Parece, pues, que por primera vez nos damos cuenta de la verdadera naturaleza del capitalismo. Este sistema tan extraño, si pudiera funcionar en su forma más pura, realizaría una función y sólo una: desarrollaría en forma gigantesca e indefinida la capacidad para producir; pero sin poder detenerse nunca, así sea por un instante, a producir realmente, a producir, esto es, una mayor cantidad de artículos de consumo.⁶⁷ No podría producir nunca más bienes de consumo de los necesarios para la vida, la eficiencia y el poder de reproducción de la población.

Los razonamientos de sus mejores teóricos, parecen conducir directamente a la conclusión de que si el sistema suspende por un momento su tarea y destina parte de sus energías siempre crecientes, no al desenvolvimiento de nuevas fuerzas de producción, sino a producir realmente, se verá complicado en una crisis, en una reducción de ganancias y en una desocupación crónica. Por otra parte, si una fracción del incremento siempre creciente de la riqueza, se substrahe de las manos de los capitalistas,⁶⁸ si los salarios nominales no se reducen continuamente, de manera que los salarios reales no suban: si se crean impuestos sobre la acumulación y se establecen servicios sociales a beneficio de los trabajadores o — lo que es peor — si se intenta atenuar con la inflación las dificultades prácticas de esta política draconiana, el sistema comenzará a paralizarse, el tipo de ganancia sufrirá un rudo golpe, la crisis será inevitable. Si cualquier aumento de la riqueza deja de invertirse en nuevos medios de producción, el mecanismo del sistema dejará de funcionar. El aumento del capital dejará inmediatamente de ser suficiente para dar ocupación a los obreros que han sido arrojados por el mecanismo de la producción: los costos dejan de caer más rápidamente que los precios; nada habrá ya que compense cada nuevo hundimiento del

⁶⁷ Históricamente el capitalismo no ha funcionado «en su forma más pura». Por el contrario, ha incrementado la cantidad de artículos de consumo y ha estado sujeto a crisis de carácter catastrófico. Por otra parte, como veremos, el *standard* de vida con el capitalismo dota a la población, puede en sí mismo elevarse, es decir, puede llegar a ser necesario preparar técnicamente a los obreros en lugar de mantenerlos en un estado de ignorancia. (N. del A.).

⁶⁸ O, por la misma razón, si una parte del aumento de la riqueza no se reinvierte y se destina, por ejemplo, a ampliar los gastos superfluos del rico. La esencia pura del capitalismo depende a tal grado del poder adquisitivo del rico que después de cubiertas sus necesidades corporales, no se tolera que los gastos superfluos impidan la acumulación y la reinversión. En las condiciones modernas de gran productividad es fácil, sin embargo, exagerar los efectos cuantitativos de los gastos superfluos del rico. (N. del A.).

tipo de ganancia. La ecuación del equilibrio se rompe. Prolongando, pues, los razonamientos de los economistas burgueses un poco más allá del punto en que lo detienen nos damos cuenta de las verdaderas condiciones de la estabilidad capitalista.

Esas condiciones son la acumulación indefinida y siempre más acelerada y el crecimiento, también siempre más rápido de los bienes de producción. Existen, además, indicios de cuál debe ser este ritmo de acumulación; si se quiere que el sistema no se paralice, los medios de producción deben aumentar al tipo de acumulación del dinero, que podría considerarse entre 3% y 5% compuesto anual.

Esta es una cuestión que ha impresionado mucho a los observadores americanos contemporáneos. Stuart Chase, Doane, Basset Jones y otros han observado que el capital, computado en términos monetarios, o «deudas», como muchos de ellos prefieren llamarlo, ha aumentado realmente durante la era capitalista, a un tipo que puede fijarse entre el 3% y 5% compuesto anual. Esto les hace creer que los medios de producción han aumentado también en la misma progresión, pues los valores, las acciones, los bonos, etc., representan la propiedad de esos medios de producción. Estos observadores americanos (la mayor parte de ellos técnicos o bajo la influencia de técnicos) han quedado sorprendidos de su descubrimiento, pues están convencidos de que en cualquier forma en que se hayan desarrollado las cosas en el pasado, los medios físicos de producción no pueden seguir desarrollándose en esta progresión, es decir, al tipo de 3% a 5% compuesto anual.

De todas maneras, ¿cómo puede seguir viviendo un sistema que sólo puede evitar sus crisis periódicas, si destina todo su incremento anual de riqueza para que esa riqueza aumente más rápidamente todavía el año siguiente y así *indefinidamente*? El análisis de Hayek y Robbins, sin duda, conduce directamente a la conclusión de que el capitalismo es un sistema de esta clase. Para que el sistema pueda funcionar sin crisis, todo el capital debe invertirse con objeto de producir una mayor cantidad de bienes de producción. La cantidad de bienes de consumo no debe ser aumentada bajo ningún pretexto.⁶⁹ A medida que el progreso técnico continúa y es posible producir la cantidad existente de bienes de consumo con menor número de obreros, los obreros así expulsados deben ir a trabajar al sector de bienes de producción. Y este proceso seguirá indefinidamente hasta que el 1% de los obreros esté ocupado en la producción de bienes

⁶⁹ Excepto cuando el nivel de salarios necesario para preparar obreros del tipo requerido se eleva. (N. del A.).

de consumo no sólo para sí mismos, sino para el otro 99% ocupado en acumular indefinidamente los bienes para la producción de una mayor cantidad de artículos de consumo que, sin embargo, nunca serán producidos, pues para entonces sólo el 0.5% de los obreros serán necesarios en el sector de bienes de consumo, en tanto que el sector de bienes de producción contará ya con el 99.5%, y así hasta el infinito.

En este cuadro hay indudablemente un deseo incontenido de ser congruente. No tiene falla lógica; pero ¿acaso no es la lógica de la locura? ¿No es este descubrimiento de las verdaderas condiciones de la estabilidad capitalista una reducción al absurdo más que una solución? Si el capitalismo es un sistema que debe — si quiere evitar la crisis — aumentar indefinidamente los medios de producción; aunque nunca pueda aumentarse la producción misma — en el sentido de producir artículos de consumo — ¿cómo puede la humanidad seguir soportando su existencia? ¿Acaso la producción de artículos de consumo no es el objeto racional, aunque no capitalista, de todo sistema económico?⁷⁰

Conviene que recapitulemos las conclusiones de la primera parte. ¿Qué impresión nos ha dejado la revisión de las teorías de las diversas escuelas de economistas burgueses, tanto aficionados como profesionales?

El descubrimiento principal que hemos hecho es el motivo de sus disputas intestinas. *Su discusión se contrae a determinar cuál es el método mejor para restablecer un tipo de ganancia abatido.* Claro que tan pronto como nos damos cuenta del motivo de su disputa, ésta nos interesa menos. Sin embargo, no es posible dejar de reconocer el nivel intelectual mucho más elevado de la escuela «ultra-deflacionista» de Hayek-Robbins cuando la comparamos no sólo con la de los maniáticos del crédito, sino con las otras escuelas de los economistas profesionales. Esto tiene su importancia, pues cuando más minucioso es el examen que la escuela «deflacionista» hace, más impracticables son los remedios que ese análisis los obliga a proponer. Su propio realismo teórico la obliga a proponer una de las políticas más fantásticas. Los partidarios de esa escuela se han dado cuenta de cuáles son las verdaderas condiciones para la existencia del capitalismo, aunque consideran que es casi imposible que esas condiciones puedan volver a restablecerse. ¿Debe sorprendernos

⁷⁰ La cuestión de la amplitud con la que el Dr. Hayek describe las condiciones que crearían un capitalismo estable, será tratado en la cuarta parte y en el primer capítulo de la quinta. (N. del A.).

entonces la inconsolable desesperación del último capítulo del más reciente de los libros del profesor Robbins?⁷¹

Hemos descubierto, por otra parte que, desde otro punto de vista, aun el sector más superficial de los «amateurs» esgrimía un último argumento que modificaba considerablemente el pensamiento original de aquéllos. Los profesionales demuestran fácilmente que los remedios de los aficionados son ineficaces para acabar con la plétora y la crisis, y que, por el contrario, desorganizan totalmente cualquier sistema dirigido y controlado por el espíritu de lucro. Los aficionados, por su parte, se defienden diciendo que al demostrar eso, los profesionales quedan colocados frente a un dilema fundamental, dentro de su propia tesis. En efecto, el remedio que éstos proponen para nuestra intolerable condición de pobreza en medio de la abundancia, es el de aplicar varias medidas que primero intensifican y en seguida consolidan nuestra trágica incapacidad para disfrutar de la enorme cantidad de mercancías de la que, como sabemos, podríamos disfrutar. En esta forma, podemos concluir fundamentalmente que cada escuela puede refutar a la otra. Cada una se da cuenta de uno de los aspectos del dilema entre los beneficios y la abundancia, pero no de los dos.

Finalmente, en el último capítulo comenzamos a darnos cuenta, prolongando un poco los razonamientos del Dr. Hayek del verdadero carácter del sistema capitalista. El capitalismo, como pudimos observarlo llenos de asombro, parece ser un sistema que sólo puede acumular para los efectos de una acumulación futura. Dotado de una capacidad sin precedente para crear nuevos y siempre más estupendos medios para la producción de bienes de consumo, está condenado a dedicar una parte siempre más pequeña de sus recursos para la producción real de éstos. El capitalismo ha sido el instrumento más poderoso para el proceso de industrialización del mundo; pero una vez cumplida esta tarea parece incapaz de realizar cualquier otra.

¿Qué decir de este atisbo fugaz de la verdadera naturaleza del sistema que la discusión de sus perturbaciones nos ha permitido tener? Lo primero que tenemos que decir es que se trata sólo de un atisbo. Nos hemos dado cuenta de una cosa que puede ser el carácter

⁷¹ *The Great Depression*, pág. 197: «Puede que este acceso de fiebre desaparezca. No es probable, sin embargo, que la inestabilidad económica del mundo moderno disminuya. Las tendencias que la provocan, y que ya hemos examinado en capítulos anteriores, no han desaparecido durante esta depresión. Por el contrario, se han robustecido». Véase, sin embargo, todo el capítulo XIX. (N. del A.).

ter esencial y verdadero del capitalismo; pero que también puede no serlo. No es posible afirmar que hemos *demostrado* que el capitalismo es un sistema de esta naturaleza. Lo único que hemos hecho hasta aquí es sugerir que es de esa naturaleza.

Por otra parte, hemos dejado sin resolver diversos problemas de importancia. Así por ejemplo, descubrimos una gran ambigüedad en el concepto de costos. Hicimos notar que parecía haber dos formas de reducir esos costos: mejorando la técnica de producción o reduciendo los salarios. Pero un examen más detenido nos demostró que una mejora de la técnica de producción es lo mismo que una producción con menos número de obreros. Por tanto, las dos formas de reducir los costos consisten en pagar con el mismo tipo de salarios a un menor número de obreros o en pagar con uno más reducido el mismo número. Este descubrimiento parecía demostrarnos realmente que el costo-trabajo es, en último análisis, una especie de costo muy amplia. Pero esto estaba muy lejos de aclararnos por completo el problema.

Lo más notable de todo, sin embargo, fue que no pudimos sino señalar la causa del fenómeno más importante: la tendencia decreciente del tipo de ganancia. Encontramos amplias pruebas de que el tipo de ganancia declina. Es verdad que no cae en una forma suave y constante, sino con rápidos y catastróficos saltos que llamamos crisis. También encontramos que el análisis del Dr. Hayek resultaba adecuado para explicar por qué la caída toma esta forma oscilatoria y muy irregular; aunque no lo es para explicar el hecho mismo de la caída. Es verdad que una reducción de la ganancia en un período de rápido aumento de la abundancia potencia, no era inesperada, puesto que las ganancias y la escasez parecen estar asociadas en cierto modo, aunque todo esto nos pareció muy vago. Finalmente comentamos la propia declaración del Dr. Hayek acerca de que el tipo de ganancia declina pero sin detenerse a explicar por qué.

Hasta estos momentos estamos expuestos ciertamente, a que se nos critique porque después de haber discutido las diversas explicaciones acerca de la naturaleza del capitalismo y sus crisis no hemos ofrecido, por nuestra parte, una explicación sólida o satisfactoria. Y lo que es peor, la perspectiva que nos ofrece el proceso de nuestra investigación no parece prometedora. ¿O acaso podrá conducirnos a una solución de nuestro problema?

En primer lugar hay que precisar cuál ha sido el proceso de nuestra investigación. Hasta aquí nos hemos apegado a la línea seguida por

varias escuelas de economistas burgueses. Hemos adoptado también las categorías y conceptos del pensamiento económico con los que ellos trabajan. Sin embargo, como vimos al principio de nuestra investigación, el cuerpo principal de la economía burguesa moderna se ha desarrollado ignorando la existencia de nuestro problema. Los economistas burgueses contemporáneos, como tales, ignoran la existencia de las crisis. Economistas burgueses contemporáneos como Hayek, Robbins o Keynes, sólo pueden acercarse al problema por una especie de puerta falsa: el tema especial y separado de la teoría monetaria. ¿No era de esperarse, por tanto, que el uso de las categorías y conceptos de la economía burguesa moderna sólo podía conducir a resultados incompletos? ¿No será necesario, antes de que podamos resolver nuestro problema, buscar una forma completamente nueva de análisis? ¿No necesitamos, después de todo, las categorías y conceptos de una teoría económica para la que sea posible un conocimiento del fenómeno de las crisis?

El desarrollo de nuestra investigación a través de esta primera parte nos ha demostrado la necesidad de un nuevo equipo más poderoso para la tarea que nos hemos asignado. Por ello antes de intentar una nueva explicación del problema de las crisis capitalistas, debemos lanzarnos tras un nuevo equipo de categorías y conceptos económicos.

SUMARIO DEL CAPÍTULO VII

El restablecimiento del tipo de ganancia considerado por todos los economistas burgueses profesionales como una condición previa para la recuperación. Lo único en que no están de acuerdo es en la cuestión del método. La paradoja de una elevación del tipo de ganancia como un método para lograr la recuperación en el sentido de la abundancia. Incremento de las ganancias mediante una elevación de precios y una reducción de costos. Incremento de la abundancia mediante una reducción de precios y una elevación de costos. La antinomia del lucro y la abundancia. Stuart Chase atisba la verdad, pero sin darse cuenta de la necesidad imprescindible de que las ganancias sigan existiendo. En esto se asemeja a todos los mercedarios del Crédito.

Los economistas burgueses nos ofrecen, no sólo la abundancia, sino el lucro. Aumento del poder de compra no obstante los salarios bajos, a través de una creciente ocupación. Su pretensión de que este procedimiento asegura un equilibrio permanentemente progresivo. Refutación de esa pretensión con sus propios razonamientos.

La renovada tendencia hacia la desocupación y hacia la reducción de ganancias. Estas tendencias sólo pueden compensarse mediante continuas reducciones de los salarios nominales. En esta forma los salarios reales permanecen constantes. ¿Se habrá descubierto, al fin, el equilibrio capitalista? Recapitulación de las condiciones de ese supuesto equilibrio. Un procedimiento indefinido y siempre más acelerado de acumulación considerado como la condición principal. Los estadísticos americanos sorprendidos ante sus propios descubrimientos. Descubrimiento anticipado de la naturaleza íntima del sistema capitalista. Su aptitud para aumentar indefinidamente los medios de producción, pero nunca la producción de los bienes de consumo.

Recapitulación de la primera parte. Carácter incompleto de nuestro análisis. ¿Se necesita un nuevo equipo de categorías y conceptos económicos?

segunda parte

de la economía política a la ciencia económica